Apoyo al celibato



Alex McAnders

APOYO AL CELIBATO

Por
Alex McAnders

McAnders Books
Derechos de autor © 2026

*****

Apoyo al celibato

Capítulo 1

Esto es lo que sé con total seguridad. El número de tíos con los que te acuestas es directamente proporcional al número de veces que lloras a moco tendido en el pasillo de los helados a las tres de la mañana, y a mí se me ha acabado el Lactaid. Ya lo sé, podría comprar más Lactaid. Pero también podría dejar de enamorarme de cualquier tío que me sostenga la mirada.

No cualquier mirada, obviamente. Tampoco soy un psicópata. Hablo de esa mirada buena de verdad. La que dice: *quiero llevarte a casa, hacerte guarrerías y luego tenerte a mi lado cuando salga del armario ante mi madre*.

La clase de mirada que dice que esto es amor verdadero. Y que jamás volveré a respirar sin ti enroscado en mí, metiendo tu aliento en mis pulmones. Pensando, siendo, sintiendo lo que tú sientes hasta que nuestros latidos se vuelvan uno.

No. Se acabó todo eso. Así que, sumando a los chicos a la lista de cosas que no me devuelven el amor, he hecho un pacto con mi nuevo compañero de habitación. Lo hemos hablado todo el verano y, solo este semestre, los dos vamos a ser célibes. La razón por la que hemos decidido vivir juntos es para ser el apoyo al celibato el uno del otro.

Cada vez que a uno de los dos le entre la tentación, hablaremos con el otro. En momentos de debilidad, nos buscaremos. Y como ninguno de los dos es el tipo del otro, no hay riesgo de enamorarnos.

Es el plan perfecto. Y después de pasar semanas afinando cada detalle, nos hemos mudado juntos, a punto de empezar lo que podría ser el mejor momento de nuestras vidas.

—Tengo algo que decirte, Tea. No te va a gustar —dijo Jordan, entrando con la misma ropa que llevaba la noche anterior.

—¿Es que alguien te echó algo en la bebida en la residencia de ancianos donde hiciste voluntariado? Ten en cuenta que solo hay una respuesta correcta —dije, como si fuera obvio.

—En realidad, anoche no hice voluntariado en una residencia de ancianos.

—¡No! —dije, escandalizado.

—Fui a una fiesta.

—¡Mentiroso!

—Conocí a un tío.

—¡Traidor!

—Follamos.

—¡Me agarro el collar de perlas!

—Y ahora estamos enamorados.

—¡Demonio inmundo!

—Lo siento. No quería. Simplemente pasó.

—¿En una noche? ¿Qué somos, lesbianas?

—No sé qué decir.

—Di que no vas a volver a verlo. Di que hicimos un pacto, que ves lo equivocadas que fueron tus acciones y que humildemente solicitas mi perdón.

—No puedo. Lo quiero.

—Ni siquiera lo conoces.

—No me hace falta. Me puso la mirada.

Me quedé en silencio. No se podía negar *la mirada*. Si un tío te ponía la mirada que decía que estaba dispuesto a tener tu bebé y que seguiría intentándolo hasta conseguirlo, ¿qué se suponía que ibas a contestar?

Había encontrado el amor verdadero. Y, además, el último viernes antes de que empezaran las clases. La vida era injusta.

¿Cómo era posible que a mí nunca me pasara algo así? ¿Era yo tan imposible de querer? ¿No había ningún tío que me quisiera lo bastante como para ir pasándome entre todos sus amigos, en plan *mira de lo orgulloso que estoy de él*?

—Bueno, qué pena que vuestro pacto de celibato signifique que no puedes acostarte con él en todo el semestre. Va a ser duro. Pero imagina lo mucho más fuerte que será vuestra relación al final.

—No voy a ser célibe. No lo entiendes, Tea. Lo quiero.

—¿Lo quieres? ¡Si ni siquiera lo conoces! —grité.

—Pero sí. —Jordan se tocó el pecho—. Aquí.

—No —dije, amargo.

—Solo piensas eso porque no sabes lo que se siente cuando te quieren.

Se me tensó todo el cuerpo. Sus palabras fueron una daga directa al corazón. Se lo había contado en confianza y lo había usado como un arma. ¿Qué se suponía que debía decir a eso? Tenía que ser algo que lo destrozara hasta dejarlo hecho un montón de gelatina en el suelo.

—Pues tu imitación de Britney lame el culo.

Jordan soltó un jadeo.

—Y no en el buen sentido que dice que te quiere.

—¡Perra! —respondió Jordan, proclamando mi victoria.

Salí de la residencia hecho una furia, conteniendo las lágrimas. No era porque Jordan hubiera encontrado el amor y yo no. O sea, no *del todo*. Era por el sitio miserable en el que me había quedado. Yo quería lo que él tenía.

Por eso vivíamos juntos. A diferencia de Jordan, yo necesitaba espacio lejos de los tíos para crecer. Necesitaba su apoyo. ¿Cómo iba a conseguirlo ahora, sabiendo que él tenía lo que yo quería? No podía. Mi vida se había acabado.

Crucé el pasillo pasando por todas las puertas abiertas donde compañeros de habitación que no se habían traicionado estaban deshaciendo maletas, bajé las escaleras y entré en el patio. Los recién llegados empujaban baúles desde los coches de sus padres hacia donde fuera que les tocara.

Hasta hace unos minutos, tenía ganas de todo esto. En el pueblo pequeño del que vengo no hay mucho que hacer siendo un joven, guapo y gay. East Tennessee University era mi escape. Vale, no la exploraría como en primero. Pero eso no significaba que no pudiera seguir pasándolo bien.

Por ejemplo, no me di cuenta de lo divertidos que podían ser los partidos de fútbol hasta que llegué aquí. Como en cualquier pueblo americano que se respete, el fútbol del instituto era la vida cada viernes por la noche. Pero ¿cómo se suponía que iban a enterarse de que yo era gay si no me rebelaba contra la masculinidad tóxica bajo la que nos obligaban a vivir?

Creo que el mensaje quedó claro. Y con mis días revolucionarios ya atrás, llegué a la universidad y le di una oportunidad.

¿Tuvo algo que ver con que East Tennessee tuviera el equipo de fútbol más gay del país? O sea, *duh*. El primer jugador abiertamente gay de la NFL salió de aquí. Cuando pasó eso, esta universidad se convirtió en la Meca gay. Por eso estoy aquí. Y cuando estés en Roma… te acuestas con todos los romanos.

En mi caso eso significó la mitad del equipo de béisbol y un par de jugadores de baloncesto. Ya, ya lo sé: soy un putón. #NoSlutShaming #BienMontadoYGuardadoMojado #JesúsTomaElLubricante #RezaPorMí

Pero por eso hice el pacto con Jordan. Sabía que las cosas tenían que cambiar. Sabía que mi culo putón estaba fuera de control.

Vi el problema. Estaba intentando arreglarlo. Y ahora, sin remo, sin timón y a la deriva, estaba perdido.

Mirando a los que llegaban, me pregunté con cuál de los universitarios buenorros me acostaría esta noche. ¿Sería el rocker con barba dudosa que colaba a escondidas el terrario de la iguana en su habitación? ¿O el aspirante a Indiana Jones con fedora, que seguramente haría cosas creativas con su látigo? Y con látigo me refería a pene… pero también a látigo, porque llevaba uno colgado del cinturón.

Dios, tenía que largarme de aquí. Así fue como me metí en líos el año pasado. No fue culpa mía. No sabes lo que es crecer en un sitio donde eras la

única persona gay.

Si había otros, no me lo decían. Crecí pensando que nadie me aceptaría jamás. Y luego, por fin, cuando el primer chico me miró, ¿qué podía hacer yo sino caer de cabeza en su regazo y no volver a respirar hasta que me quisiera?

Te desmayas una vez con una polla dura bajándote por la garganta y la voz corre. ¿Quieres hacerte popular rápido? Demuestra ese nivel de compromiso con tu oficio. ¿Qué puedo decir? Era un artista. Pero como Picasso saliendo de su época azul, se me había acabado todo eso y estaba listo para entrar en mi siguiente capítulo.

Apartándome de la tentación, seguí caminando. Como la vida en el campus no empezaba hasta el lunes, me fui hacia el pueblo. No tener coche me había vuelto muy cómodo con las calles de alrededor. Y en verano no había cambiado nada.

Lo más cerca del campus estaban los restaurantes de comida rápida y las tiendas de segunda mano. Más allá, los bares y el supermercado. Más lejos, la ferretería. Y después de eso, la tierra prohibida. Ahí es donde vivían los del pueblo.

No tenía nada contra los locales, sobre todo porque nunca interactuaba con ellos. ¿Cuánto se supone que hay que hablar con los repartidores de DoorDash? No mucho, ¿no? Tienen sitios a los que ir. Y, por eso, la tierra prohibida era un misterio.

Por ejemplo, ¿quién iba a decir que el pueblo tenía un mercado de agricultores? Yo no lo supe hasta que giré a la derecha y me lo encontré. Nunca había ido a uno.

En mi pueblo nadie compraba jabón artesanal. Y si alguien intentaba llevarlo a una feria escolar, cuidado: te llaman *el niño del jabón* durante un año. Es algo por lo que ningún crío de ocho años vestido a tope debería tener que pasar.

Apartando mi infancia traumática, entré en mi primer mercado de agricultores lleno de esperanza. Era exactamente como me lo había imaginado.

Bajo el arco cubierto de la iglesia local había puestos de verduras, bayas y flores. Quería comprarlo todo. Era producto recién salido de la granja. De donde yo vengo no existe eso de «recién salido de la granja». Lo único que teníamos eran verduras de segunda mano que los vecinos te endosan de su huerto. ¡Trágico!

—¿Puedo probar una? —pregunté a la vendedora de bayas con una emoción imposible de esconder.

—Toma —dijo la mujer, clavando un palillo en una frambuesa y dándomela.

Es que donde yo vengo, las bayas te las tienes que recoger tú. No teníamos palillos para comerlas. ¿Y el sabor extra que aporta un palillo? ¡Increíble!

¿Cómo podía saber algo tan dulce? Casi, casi me hacía olvidar el sabor amargo de la traición de Jordan. Casi.

Oliendo y probando de todo mientras avanzaba despacio por el pasillo, solo me detuve para disfrutar de los sonidos suaves del grupo de tres que tocaba para nuestro entretenimiento. Madre, padre e hijo tocaban banjo, guitarra y mini-guitarra. Eran muy buenos.

Era agradable tener un poco de cultura por una vez. Mira, esto era lo que me faltó en primero. Gente real haciendo cosas de gente real.

Cuando te pasas cada minuto de cada día en busca de chicos buenorros, te pierdes todo esto. Empiezas a ver a todo el mundo como agujeros que puedes rellenar. O, en mi caso, posibilidades de rellenarme los agujeros. Como el del banjo, cuyo digitado tan fino me llevó la vista hacia su traste… abultado.

—Qué buenos son, ¿eh? —dijo una voz a mi lado, y yo subí la mirada rápido por encima de la frontera del banjo.

Al girarme para ver quién hablaba, me encontré con un hombre de aspecto salvaje en el puesto de al lado. Con una barba castaña de unos veinte centímetros y el pelo rígido hasta los hombros, aquel tipo de cejas tupidas me dedicó una sonrisa desdentada.

—Que son buenos —repitió, animándome a acercarme.

Me sentí generoso, acepté y di un paso hacia él. Era el primer puesto con un surtido de mermeladas y miel. No sabía mucho de mercados de agricultores, pero aquello lo convertía en el rey abeja del grupo. Una cosa era sacar cuatro cosas de la tierra y cobrarlas a precio de oro. Otra, envasar conservas y robarle a las abejas.

—¿Eres estudiante de la universidad? —preguntó, para mi sorpresa.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Tengo un don para estas cosas —dijo con una sonrisa que hizo caer migas de su barba—. Sage.

—Teagan —respondí, estrechando la mano áspera que me ofrecía por encima del puesto—. ¿Y esto lo haces tú? —pregunté, mirando la selección.

—Sí —dijo, sonriendo.

—¡Guau! ¿Está bueno?

—Lo mejor del estado.

—¿En serio?

—Puedes probarlo si quieres —dijo, sacándome una sonrisa.

—Supongo que puedo probar.

Ignorando cuánta gente habría usado la cuchara que sacó, lo vi abrir un tarro de mermelada de frambuesa sin precinto y coger un poco. Me tendió el utensilio y lo probé.

—¡Guau! —dije, genuinamente sorprendido—. ¡Está buenísima!

—¿Ves como te lo decía?

—No, en serio, está buenísima —dije, clavando la mirada en el tarro.

¿La quería en mi vida? Un poco sí. No había sentido un cosquilleo así desde que conocí al amor de mi vida. Fue la noche del concierto de la orquesta del año pasado. Parecía una película.

Había un asiento libre a mi lado mientras yo estaba sentado solo, a lo mío. Como siempre, soñaba con que algún tío misterioso y buenorro lo ocupara. Esa noche, uno lo hizo.

Era un chico ligeramente bronceado, con nariz marcada y un pelo increíble. Se le notaba el rollo fuerte y callado. Y cuando dijo: «Hola. Creo que ese es mi asiento», me enamoré. Apenas podía oír la música por la química chisporroteante entre nosotros.

¿Era gay? ¿Con ese pelo y la forma en que me miraba? Tenía que serlo. Y estaba claro que íbamos a estar juntos para siempre.

Sí, debería haberle preguntado su nombre o haberle pedido el número antes de que se fuera. Pero yo estaba tan seguro de que él conseguiría el mío… La tensión entre nosotros era palpable. Incluso hubo un momento en el que nuestros antebrazos se rozaron. No había manera de que no le gustara.

No sé qué pasó, la verdad. Si era destino, lo volvería a ver, ¿no? Eso pensé. Pero en un campus de 13.000 personas, volver a cruzarte con un tipo fuerte y callado es más difícil de lo que crees.

En cualquier caso, sé que es el amor de mi vida. No había forma de que no fuéramos a acabar juntos. No podía imaginar un mundo en el que eso no pasara. Solo era cuestión de tiempo.

—¿No crees que ya va siendo hora? —preguntó el hombre, con más paja pegada a la franela de la que imaginarías.

—¿Hora de qué?

—No sé. De que te pase algo bueno.

No entendí lo que quiso decir, pero no podía estar más de acuerdo.

—No sabes ni la mitad. Hice un pacto con mi compañero de habitación este verano y lo rompió la primera noche —expliqué.

—¡Oh, no! ¿De qué era el pacto?

Me debatí cuánto quería contarle a un Grizzly Adams de bolsillo. No iba a ganarle a nadie en una pelea, pero tampoco necesitaba que me siguiera a

casa y montara un nido de paja delante de mi puerta.

—Ya sabes, encontrar al amor de mi vida —dije, como quien no quiere la cosa.

—Oh, eso es dented.

—¿Eso es qué? —pregunté, seguro de no haber entendido.

—He dicho que eso es dented.

—¿Por qué?

Me miró y sonrió.

—No sé. Has dicho que estabas buscando al amor de tu vida y me ha salido decir que era dented.

—Oookaaay.

Con él mirándome como un tipo que haría que los osos agarraran su miel al verme, decidí seguir mi camino.

—¿Cuánto cuesta la mermelada?

—Cinco dólares.

—Me llevo dos, por favor.

El tío estaba claramente como una cabra, pero no iba a pagarla con las conservas.

—¿Tienes una bolsa para esto? —pregunté cuando me dio los tarros.

—Reutiliza, recicla —dijo, sin darme nada con lo que apañarme.

—Claro —dije, retrocediendo.

—It's dented —me gritó.

—It's dented —respondí, fingiendo que era un saludo.

Pues vaya ida de olla, decidí, avanzando hacia el siguiente puesto. Poniendo distancia entre nosotros antes de volver a pararme, me pregunté cómo se convierte alguien en una persona así. ¿También conoció una vez al amor de su vida en un concierto y, al no volver a encontrarlo nunca, cambió su perfil de Grindr a osos y se mudó para estar más cerca de ellos?

¿O casi se atragantó hasta morir con un jugador de béisbol bien dotado y acabó huyendo al bosque por miedo a los bates? Porque ambas serían explicaciones razonables.

En cualquier caso, no había forma de que algo así me pasara a mí. Y la mera sugerencia de que yo hubiera entrado en un agujero de gusano, en plan Twilight Zone, y acabara de comprar mermelada a mi yo del futuro era ridícula. Cualquiera que considerara eso había perdido la cabeza.

Me quedé todo lo que pude en el mercado de agricultores. No fue hasta que los vendedores empezaron a recoger sus puestos cuando emprendí el camino de vuelta. Después de haberme largado con todas las de la ley,

estaba seguro de que le había dado a Jordan tiempo suficiente para ver el error de sus actos.

¿Cuántas veces había conocido a un tío y pensé que estaba enamorado? Demasiadas como para contarlas. Jordan y yo habíamos conectado porque a él le pasaba igual.

Darle tiempo le ayudaría a darse cuenta. Lo necesitaría. Yo no era precisamente conocido por tener mucha fuerza de voluntad. Alguien podría pensarlo por motivos de garganta profunda. Pero te aseguro que la única razón por la que me desmayé fue porque me dio pereza levantarme.

Así que, si no tenía a Jordan para que me cogiera de la mano y me frenara de hacer todas las cosas que quería hacer, iba a repetir todos mis errores del pasado. Y no puedes ir a la enfermería tantas veces diciendo que se te ha quedado la mandíbula trabada. Llega un punto en que la gente empieza a sospechar.

Pero, más calmado y listo para negociar, volví al campus y me dirigí a mi habitación. Con un poco de suerte, Jordan estaría allí y lo arreglaríamos. Sabía que no podría conseguir todo lo que quería, pero él y yo podríamos hacerlo funcionar.

—¿Quién eres tú? —pregunté, abriendo la puerta de mi habitación y encontrándome a un desconocido plantado allí.

Estaba sujetando una caja. Curiosamente, era distinta de las cajas que ya estaban allí. Las de Jordan, sobre todo. En la habitación había un conjunto completamente nuevo de cajas.

—¿Eres Tea? —dijo el tipo grandullón de hombros anchos, pelo oscuro y un bulto de un 8,5.

—¿Y tú quién eres? —pregunté, sin fijarme en absoluto en cómo la franela se le tensaba en el pecho mientras sostenía la caja pesada.

La dejó en el suelo y, desde luego, sin enseñarme para nada su culo musculoso y prieto, se incorporó, sonrió y me ofreció la mano.

—Soy Rylan.

—¿Se supone que debería saber quién eres? —pregunté, sin cogerle la mano.

—Ah, perdona. Por lo visto tu compañero de habitación está enamorado de mi compañero de habitación. Y dijo que vosotros dos teníais algún tipo de pacto de celibato. Él iba a ser tu apoyo al celibato.

—Dime que esto no está pasando —murmuré.

—Como él y mi compañero planeaban follar muchísimo, pensó que no sería buena idea que siguiera aquí. Así que me preguntó si podíamos intercambiar las habitaciones.

—Oh, no.

—Y yo dije: ¿por qué no? Así que… ¡soy tu nuevo compañero de habitación!

—Oh, Dios.

—Y si te preocupa ser gay delante de mí, no te preocupes. Yo estoy bien con eso. Yo no practico, si me entiendes. Pero lo respeto.

—Esto no puede estar pasando.

—Así que, lo que necesites, aquí estoy. Puedes contar conmigo como tu nuevo apoyo al celibato —dijo, con unos hoyuelos del tamaño de agujeros negros.

Así que, en conclusión: «¡Mierda!»

Capítulo 2

A ver si dejamos unas cuantas cosas claras. Yo no me depilo con cera. Mi cuerpo de delfín es todo cosecha propia. Segundo: Jordan no puede hacerme esto. No puede decidir sin más con quién voy a vivir. No puede plantar una bomba sexy en mi residencia y largarse.

—No vamos a dormir juntos —le solté, manteniéndome firme.

—Eh, espera —dijo, alzando las manos—. Creo que has entendido mal. Eres mono y todo eso, pero soy hetero.

¿Ha dicho que soy mono? ¡Eh!… ¿Esto es el amor?

—Mi habitación —aclaré a toda prisa—. Quiero decir, mi habitación. El dormitorio.

Señalé la puerta dentro de nuestra habitación para dejarlo claro. Era una residencia de primero. Ni Jordan ni yo éramos de primero. Pero elegimos ese cuarto porque tenía lo que podía describirse como una especie de salón y, detrás de una puerta, un espacio cerrado.

Jordan y yo habíamos hablado de poner las dos camas detrás de la puerta y usar el resto como zona de estar. Iba a ser perfecto. Nos permitiría socializar platónicamente hasta la hora que quisiéramos sin molestar al otro.

Sin embargo, no había manera de que yo compartiera mi habitación con un completo desconocido. ¿Y si en mitad de la noche le daba por quererme? ¿Y si me veía dormido, me miraba hasta que ya no pudiera resistirse, se deslizaba suavemente encima de mí, me sujetaba las manos por encima de la cabeza y se salía con la suya?

Tal y como estaba de grande, no habría forma de que me resistiera.

«No, no», suplicaría, mientras el calor de su pecho musculoso me envolvía. Seguro que la tiene grande, así que, al ir metiéndose en mí —estoy desnudo, por cierto: esa noche dormí inocentemente desnudo—, me subiría las piernas a los hombros y me tomaría mientras yo, sin aliento, le rogaba que parase.

De lo grande que sería, lo único que podría hacer sería gemir.

«Sí», me quejaría.

Pero no lo diría en serio. Lo diría porque sería demasiado para mí. Y él, mirándome con esa cara que decía que me quiere a su lado cuando se lo cuente a su madre, explotaríamos los dos.

No sería así como yo querría que pasara la primera vez con mi marido, pero ya estaríamos atrapados en ello. Esa sería nuestra historia y yo se lo echaría en cara para siempre. Me arrancó como una flor silvestre: fuerte y rudo. Viril y brutal…

—¿Te está dando un chungo? ¿Llamo a alguien? Sé hacer RCP —ofreció Rylan, preocupado.

—¿Qué? No. Yo… ¿de qué estás hablando?

—Que decía que ni se me ocurriría dormir en tu habitación. Iba a montar mis cosas aquí fuera. ¿Te parece bien? O sea, por la mañana probablemente tendrías que pasar por delante de mí. A veces duermo hasta tarde. Soy más de noche. Pero bajaré el volumen. No quiero molestarte.

—Más te vale no molestarme. No quiero ni una sola de tus payasadas de chico hetero. Las que sean. Este año tengo que centrarme en las clases. No puedo estar pensando si voy a volver y encontrarme a alguna tía desnuda en tu cama cada noche —dije, tanteando lo hetero que era en realidad.

—Ah, no. No sé si has hablado con Charlie, pero, como tú, este semestre he pasado página. Sé que suena divertido lo de tener una chica distinta cada noche. Y, la verdad, estaba bastante bien.

—Pero este año lo importante es el fútbol. Así que, si lo piensas, vivir contigo también me viene bien. Porque, ya sabes, me veré obligado a tener sexo en su casa.

Me quedé mirando a aquel montón humeante de putón hetero plantado delante de mí y gemí:

—¿Quién es Charlie?

—¡Ah! Mi antiguo compañero de habitación. El del que tu compañero está enamorado.

—Ya veo.

Rylan me miró con ojos enormes de cachorro.

—Entonces, ¿qué? ¿Te parece bien que vivamos juntos? —preguntó, con más vulnerabilidad de la que debería tener cualquiera que pudiera destrozarme a polvos en cualquier momento.

¿Qué se suponía que debía decir? No era como si fuera a conseguir que Jordan volviera.

Además, según él, está enamorado. O sea que seguramente estarán juntos para siempre y vivirán felices y comerán perdices. Nadie necesita estar cerca de ese tipo de energía.

Suspiré.

—Vale.

—Lo dices en serio —se iluminó.

—Sí. Puedes mudarte.

—Gracias —contestó, rodeándome con los brazos, presumiblemente para cargar conmigo a la fuerza hasta mi cama—. No te vas a arrepentir —siguió, separándose y reprogramando lo de apropiarse de mi cuerpo inocente

para más adelante—. Y te prometo que no vas a tener sexo mientras yo esté cerca.

—A ver… —empecé, dejando un pequeño margen.

—No. Lo digo en serio. Todas tus partes gay se van a encoger y a morir antes de que las uses otra vez.

—Bueno, no es que esté buscando que se me encogan y se mueran…

—Pero lo harán. Voy a mantenerte tan célibe que vas a olvidarte de lo que se siente al tener sexo. Pasará tanto tiempo que te olvidarás de los tíos buenos. Y, joder, hasta puede que vuelvas a probar con mujeres.

¿Pero qué demonios he hecho! No quiero que mis partes gay se me encogan… sea lo que sea que eso signifique. Me gustan mis partes gay. De todas mis partes, eran mis favoritas.

—Quizá esto no sea buena idea.

—Te prometo que sí lo es. No solo voy a ser el mejor compañero de habitación que hayas tenido; tus bajos se van a quedar secos y agrietados de la sequía sexual interminable que vas a sufrir.

—Tu manera de hablar es…

—Ahora, si me disculpas, tengo que traer unas cuantas cajas más. ¡Y en cuanto vuelva, que empiece la sequía! —anunció, agitando las llaves y sonriendo.

Viéndolo irse, no podía estar más claro que había cometido un error. No sabía aún cuál, pero era innegable. Sí, había dicho que quería ser célibe este semestre, pero no lo decía en serio.

Por eso hice el pacto con Jordan. El año pasado él era todavía más putón que yo. Obviamente, los dos íbamos a acabar cediendo. Pero nos daríamos explicaciones perfectamente razonables mientras lo hacíamos.

'Oh no, me he acostado con él.'

'Pero, cari, estabas borracho. Sabes que no puedes beber tequila después de un partido. Ese es tu desencadenante.'

'Tienes razón. Esta vez no cuenta.'

'Exacto, Tea. Tú no eres un putón. Tú solo eres un alcohólico.'

Suspiro. 'Siempre sabes qué decir.'

Y luego me secaría las lágrimas de las mejillas y nos haríamos mamadas platónicas el uno al otro. Así era como se suponía que iba a ir.

¿Y ahora resulta que se enamora del primer tío con el que se acuesta? ¿Qué se supone que haga yo con eso? ¿Y encima tengo que vivir con un hombre que amenaza con volverme hetero? ¡No voy a dejar que me intimiden!

Estaba a punto de empujar las cajas del hetero-terrorista al pasillo cuando una se abrió mágicamente. La cinta americana, normalmente

implacable, no puso ninguna resistencia… cuando tiré de ella. Era como si quisiera que viera lo que había dentro. Y lo que encontré me heló.

Era una caja llena de lana. Un suministro interminable. Había distintos colores y grosores. Y enterrada en el fondo había una bolsa llena de instrumentos de asesinato. ¡Dios mío! ¿Qué clase de mierda retorcida le iba a eso…?

Espera. Espera. Olvida eso. Eran agujas de tejer. ¡Dios mío, mataba gente con agujas de tejer!

¿Así iba a acabar mi vida? ¿Colgado de un macetero de ganchillo? ¡Qué indignidad!

Volví a sellar la caja a toda prisa, retrocedí hasta mi dormitorio y eché el pestillo. Todo esto había sido demasiado de golpe. No estaba listo para ser un cadáver guapo. ¡Era demasiado joven!

Acurrucado bajo las sábanas, pensando en cuántas decisiones malas más podría haber tomado, me permití considerar lo imposible. Quizá mi nuevo compañero no era un asesino en serie que tejía a sus víctimas un jersey mal tallado antes de apuñalarlas. Quizá había otra explicación.

¿Era Rylan secretamente un señor de sesenta años? No. Estaba en el equipo de fútbol. Entonces, ¿podía ser que tuviera novia y estuviera guardándole la lana?

Eso era, ¿no? Alguna de las muchas chicas con las que se había liado estaba guardando su lana en casa de Rylan. ¿Pero quién? Por lo que dijo, podría ser media universidad… siempre y cuando no tuvieran partes gay.

Sin embargo, en el lado positivo, eso me dice una cosa: a mi nuevo compañero le van los que tejen. Tiene que ser eso, ¿no? O, bueno, quizá no los que tejen en general, sino alguien que teje.

Yo podría tejer. No es que me importe lo que piense de mí. Solo digo que tejer es una habilidad muy fácil de aprender. Si abuelas medio ciegas con artritis podían, desde luego alguien que habría sido un cadáver guapísimo también podría… humilde alarde.

Y no es que me importe ni nada, pero ¿y si a Rylan se le escapara y me pillara tejiendo? ¿Es posible que cualquier sentimiento que tenga por los de genitales limitados se transfiera a mí? O sea, no es que me importara, pero… ¿podría?

Eso sí que sería gracioso. ¿Enamorarse de mí porque sé tejer? Sería ridículo.

¡Eh! ¿Me pregunto lo difícil que es tejer? No puede ser tan difícil, ¿no?

Me puse un vídeo de cómo tejer y lo quité a los dos minutos. Tejer tenía que ser la actividad más aburrida del mundo. No había manera de que yo

hiciera eso jamás. Yo no.

Pero… ¿cuánto cuesta la lana? ¿Es de esas cosas caras? ¿En plan, su caja de lana es en secreto su fondo de pensiones?

Entré en la tienda online de Yarn Barn y resultó que la lana era carísima. Cada ovillo de la caja de Rylan costaba unos 30 dólares. Tenía casi 500 dólares en suministros. Quienquiera que fuera para quien lo guardaba estaba claramente obsesionado. Necesitaba ayuda. Yo no quería saber nada de eso.

Sin embargo, en un tema totalmente no relacionado: ¿qué gracioso sería que yo comprara un ovillo? O sea, ¿no sería súper kitsch? Podría ser el sexy tejedor gay célibe. Podría ser mi rollo. ¿Quién necesita chupar pollas cuando tienes tejido, no?

¿Sabes qué? Me lo voy a comprar… por la broma. Ni siquiera voy a tejer. Solo lo pondré en mi mesilla con las agujas clavadas… lo cual significa que también tengo que comprar agujas.

Mírame, haciéndome un hobby de mentira. Esto era exactamente lo que esperaba cuando decidí fingir que iba a ser célibe. Sí, has oído bien. Nunca tuve intención de ser célibe. Decir que lo sería fue solo una dramatización.

Hola, soy dramático. Y ahora, en apoyo a mi drama, voy a comprar lana y agujas. Será un tema de conversación cuando invite a la mitad del equipo de béisbol a mi habitación.

Verán la lana y preguntarán: «¿Tejes?» Y yo diré: «Hago mis cosillas». Y pensarán que soy profundo y misterioso.

Vale. ¡Tengo un plan!

Pasé la hora siguiente… o dos, eligiendo la lana y las agujas que crearan el mejor ambiente, encerrado en mi habitación comprando y escuchando a Rylan meter el resto de sus cajas.

Las agujas que compré tenían puntas de colores y estaban unidas por un cable. No sabía por qué estaban conectadas, pero me imaginé colgándomelas al cuello y diciendo: «Ay, Dios mío, llevo todo el día tejiendo».

Y luego, con cara de agotado y hecho polvo, me dejaría caer en la silla y suspiraría.

—¡Eh, Tea! —oí, devolviéndome a la realidad.

¿Debería responder? No sabía si yo seguía aquí dentro. Podía fingir que no. No le debía mi atención. Y desde luego no iba a ayudarle con una cremallera atascada, si era por eso por lo que llamaba.

—¿Sí? —respondí, sintiéndome generoso.

—Iba a ir a pillar cena, por si te apetece.

Espera, ¿qué estaba pasando aquí? «Pillar cena». ¿Esperaba que nos hiciéramos amigos? Hace horas había amenazado con volverme hetero.

—No tengo hambre, gracias —le dije, marcando límites claros.

—Vale. La próxima.

—Sí. La próxima —dije, demostrando que jamás me rendiría.

Cuando lo escuché cerrar la puerta al salir, me relajé. Había estado muy tenso todo el rato. Libre, salí de mi habitación y miré sus cosas. Tenía un montón. Y, sinceramente, me escandalicé.

Tenía un neón que ponía «Put beer here» sobre el contorno de una mujer desnuda con mucho dolor de espalda en su futuro. No había manera de que fuera a colgar eso en ningún sitio en el que yo viviera. Y si se pensaba que lo haría, estaba muy equivocado.

Lo que no me molestaba tanto era el otro neón, el que era solo el contorno de un tío musculado en bikini blanco. Eso era raro. ¿Por qué tendría eso? Entendía que lo hubiera enterrado tan al fondo de la caja. Pero ¿por qué lo tendría, sin más?

Como no soy un fisgón, lo devolví todo a las cajas exactamente como lo encontré. Lo último que quería era que pensara que estuve revisando su ropa interior como un depravado. Ni siquiera me interesaría un tío que usa el tipo de bóxers que él tiene. Uf. ¡Heteros!

En fin. Lo importante era que no tenía nada que pudiera usar de inmediato para matarme. Eso ya era algo. Y, como lo había sugerido, ahora yo tenía hambre.

Y eso me planteó otro problema. No quería que pareciera que lo estaba siguiendo. Si entraba en la cafetería minutos después que él, estaría a una colección de uñas de los pies de ser un acosador. Yo era muchas cosas… no necesitaba añadir «acosador» a la lista.

Eso significaba que no podía ir a Commons como una persona normal. Me tocaba limitarme a pillar patatas y un sándwich en la cafetería del campus.

Tener a Rylan de compañero ya estaba empezando a ser una carga en mi vida. Odiaba esto. Lo odiaba a él. O quizá a quien odiaba era a Jordan.

Eso es. Jordan era el que me había puesto en esta situación. Por una vez en mi vida estaba tomando decisiones buenas. Había encontrado un compañero de habitación aparentemente cariñoso que había jurado ayudarme a mantenerla dentro del pantalón. Y, de alguna manera, acabé con un compañero de habitación de verdad cariñoso que realmente planeaba ayudarme a mantenerla dentro del pantalón. ¡Nadie pidió eso!

Aun así, era lo que me había tocado y tenía que lidiar con ello. Me han llamado flexible. Y también parecía que se me daba bastante bien fluir con la corriente.

Después de cenar mi cena ridículamente pequeña en el café DK's, en Pearson's, di una vuelta por el campus sin ganas de volver a casa. No es que pensara de verdad que Rylan fuera un asesino ni nada. Solo que no me apetecía encerrarme en mi habitación diminuta el resto de la noche.

Saqué el móvil, me deslicé por la lista de contactos y me detuve en el número que merecía mi ira.

—¿Dónde estás?

—¿Tea?

—No finjas que no sabes quién soy. Dime dónde estás.

—Estoy un poco en medio de algo —me dijo Jordan.

—Espera, ¿estás teniendo sexo?

—¿Qué? ¡No! Nos estábamos liando.

—Ibas a tener sexo. Eso es todavía peor.

—¿Cómo va a ser peor?

—No me hagas explicarlo. Dime dónde estás y dile a «Charlie» que se vuelva a meter eso en los pantalones. Y sí, sé quién es.

En realidad no sabía nada de él más allá de su nombre, pero Jordan merecía ponerse paranoico. Quizá ya me había acostado con él. Quizá estaba embarazado de su hijo. Vale, lo segundo era menos probable, pero Jordan no lo sabía, ¿a que no?

Marché por el campus con el nombre de la residencia y el número de habitación de su novio y llegué espumando, listo para cantarle las cuarenta.

—¿Cómo te atreves a hacerme esto? Confié en ti. ¿Cómo has podido traicionarme así?

Vi a Jordan en la puerta, nervioso, con el pelo revuelto. Tenía la culpa escrita en la cara. Charlie no estaba mejor. Los dos estaban rojos y medio vestidos.

—¿Acabáis de tener sexo?

—¿Qué? —protestó Jordan—. ¡No!

—¡Dios mío, sí!

—¿Qué?

—Te llamé hace tres minutos —protesté.

Jordan iba a negarlo hasta que dejó la actuación y volvió al lado de su novio.

—Vale. Hemos tenido sexo. Y precisamente por eso me mudé.

—¿Quieres decir, por qué me mandaste a vivir con un psicópata asesino?

—No es un psicópata. Rylan es buen tío —dijo el tipo despeinado, pecoso y con pinta de jugador de fútbol, defendiendo a su excompañero de habitación.

—Y tú debes de ser Charlie —dije, seguro de que su culo de armario no estaba listo para mi sarcasmo gay nivel cinco.

—Encantado. Jordan ha dicho muchas cosas bonitas de ti.

—Os conocéis desde hace un día. ¿Qué demonios te puede haber contado de mí?

—Que eres demasiado bueno para ser célibe.

Se me ablandó el corazón.

—¡Sí que te ha contado todo sobre mí! ¡Aaah! —dije, sentándome al otro lado de Jordan, con muchas cosas, pero no todas, perdonadas.

—Es horrible, Jordan. Es como un monstruo hetero infestado de hoyuelos —dije, agarrándole el brazo y apoyando la cabeza en su hombro.

—Tiene un montón de hoyuelos, ¿verdad? —recordó Charlie, mirando a la nada.

—¡Y tiene neones, Jordan! ¡Neones!

Jordan se giró hacia Charlie.

—No me dijiste que tenía neones.

—No pensé que fuera relevante.

Jordan se volvió hacia mí.

—En cualquier caso, por todo lo que Charlie me contó de Rylan…

—…En un día —añadí.

—Por todo lo que me contó, Rylan es buen tío.

—¿Cómo va a ser ÉL buen tío? —pregunté, incorporándome para enfrentarme a mi traidor.

—Para empezar, vivió con Charlie todo el año pasado sabiendo que era gay y lo mantuvo en secreto.

—O sea, ¿me estás diciendo que no es la peor persona del mundo? Vaya listón más alto —le solté.

—También fue él quien nos presentó a Charlie y a mí. Anoche, en el evento de bienvenida, Rylan se puso a hablar conmigo. Cuando se dio cuenta de que yo era gay, me presentó a Charlie diciendo que encajaríamos genial. Y encajamos.

—O sea que es el culpable.

—No deberías culpar a nadie. ¿No lo ves? Charlie y yo estábamos destinados. Ahora estamos enamorados y tú tienes a alguien que de verdad va

a ayudarte a ser célibe. Porque, seamos realistas, yo no iba a aguantar —confesó.

¿Es que nadie entendía que ese era el punto? Se suponía que íbamos a mentirnos juntos. Y ahora me tocaría mentirme solo, y eso apestaba.

—No quiero vivir con el hetero horrible —admití, apoyando la cabeza otra vez en su hombro.

—No todos los heteros son horribles —me tranquilizó Jordan, apoyando su cabeza en la mía—. Quizá este sea de los buenos.

—Es de los mejores —añadió el novio de Jordan.

—Nadie te ha preguntado, Charlie. ¿Tú eres gay siquiera? —ataqué—. No lo eres, ¿verdad? Jordan, tu novio ni siquiera es gay —le informé, suplicándole que cambiara de idea.

Como no respondió, volví a apoyar la cabeza en su hombro.

—Va a obligarme a beber cerveza y a ir a fiestas de fraternidad.

—Ya bebes cerveza y vas a fiestas de fraternidad. Así conociste a la mitad de los tíos con los que te has liado.

—No. Así conocí a todos.

—¿Ves? No será tan terrible. Piensa en todo lo que te van a empotrar. ¿No quieres que te empotre un jugador de fútbol de armario que te convierta en su secreto y luego finja que no te conoce cuando te ve en público? —preguntó, cariñoso.

—Supongo.

—Rylan puede ayudarte con eso. Seguro que conoce a un montón de tíos de armario que te darán eso.

—Pero se supone que este año voy a ser célibe —dije, mirando a los ojos comprensivos de mi excompañero.

—Creo que los dos sabemos que eso no iba a pasar.

—Ves, tú sí me entiendes.

—Ya. Pero ahora estoy enamorado. Así que esta tendrá que ser la última vez que hablemos.

—Lo sé —le dije, aceptándolo.

—Ni siquiera llegamos a hacernos mamadas platónicas que fingiríamos que no significan nada.

Jordan se encogió de hombros, decepcionado.

Charlie nos miró.

—Espera, ¿eso es algo que los compañeros de habitación pueden hacer?

Jordan y yo nos miramos.

—Sí. Claro —dijimos los dos, sorprendidos de que lo preguntara.

No supe si la expresión de Charlie era más de shock o de arrepentimiento.

—Ni siquiera es gay —le recordé a Jordan su mala decisión.

Y Jordan abrió la boca para responder, pero no pudo.

Al verlos a los dos mientras salía de su habitación, admiré un poco a Jordan. No todo el mundo podría aceptar algo tan horrible en su pareja como ser hetero. Era mejor hombre que yo.

Deambulando por el campus todavía sin ganas de volver a casa, oí música salir de una fraternidad. Vale, las fraternidades eran como la estantería de rebajas del súper para tomar malas decisiones. Pero ¿qué daño podía haber en echar un vistazo?

No es que fuera a encontrarme a un chico para llevármelo a casa. No es que ahora mismo me sintiera especialmente vulnerable por haber sido rechazado por alguien en quien confiaba, lo que me hizo tirar a la basura un año entero de planes porque la persona con la que lo planeé encontró a alguien que le gustaba más que yo y ahora nadie me va a querer jamás porque soy imposible de querer. No. Yo solo iba a la fraternidad a por leche.

Entré en Alpha Beta Male, la menos popular de las fraternidades deportivas, y enseguida me di cuenta de que era el primero en llegar. Para no parecer un gay desesperado, empecé a beber. Cuando conseguí bajar la segunda cerveza, había llegado un poco más de gente, pero ya me daba igual.

Había olvidado esta sensación. Con un puntillo y contento, el mundo volvía a ser mi ostra. Todo era posible y con cualquiera.

Sintiendo la música, empecé a bailar. Podía hacerlo durante horas. Y cuanto más bailaba, más gente se unía. No digo que mi baile estuviera manteniendo viva la fiesta, pero le estaba chupando el pezón como un bebé borracho en una boda con barra libre.

¿Y me importaba que un montón de tíos buenos me estuvieran mirando? Mirad todo lo que queráis, chicos. Esta noche estoy fuera de límites… a no ser que tengáis leche, claro.

De verdad necesitaba pillar leche. Leche larga y dura. Leche espesa y rechoncha. Ni siquiera necesitaba pajita. Porque… gravedad… y polla. ¿Estoy borracho?

—¿Quieres otra cerveza? —me preguntó un vaso alto de leche con chocolate.

—Estoy sequísimo —proclamé, como si no hubiera bebido en meses.

—Te traigo una.

—Voy contigo —dije, siguiéndolo hasta el barril.

—Soy Deshawn. ¿Tú cómo te llamas? —preguntó el tipo de manos como palas.

—Tea.

—¿Como la letra?

—Como la bebida. ¿Juegas al baloncesto?

—¿Estás intentando averiguar si se me da bien lo de las pelotas?

—¿No podría estar preguntándolo solo porque eres negro?

—Lo soy, ya ves.

—¿Bien dotado?

—Un jugador de baloncesto. ¿Te va la madera?

—Sí. La llevo aquí —dije, señalándome la garganta—. Se entra por detrás.

Se rio.

Al llegar al barril, cogió mi vaso y lo llenó.

Me lo devolvió y pregunté:

—¿Vas a tomar una?

—No. Tengo entrenamiento por la mañana.

—Eso queda lejísimos. ¿Vas a hacer que beba solo?

—Si bebo contigo, igual no puedo controlarme —dijo, con una sonrisa ladeada.

—¿Te da miedo robarme un riñón y venderlo en el mercado negro?

—Puede ser. ¿Cómo lo has sabido?

—Tus ojos. No paran de bajar más allá de mi ecuador.

—Me has pillado —dijo, sonrojándose.

Me levanté la camiseta, enseñándole mi vientre lampiño y plano.

—¿Eso te da ganas de beber?

—Joder, estás buenísimo.

—¿Tu habitación arriba?

—Hay habitaciones arriba.

—¿Sigues pensando en la madera?

—¿Y tú? —preguntó, dedicándome esa mirada.

¿Si lo quería? Joder, sí. No había querido a nadie tanto. Sus ojos me contaban todo lo que necesitaba saber. Creció en Virginia. Tenía un hermano llamado Jake. Y su perro de la infancia se llamaba Fluffy.

Yo nunca necesitaba más que una mirada. Y justo cuando di un paso para besar sus labios deliciosos, me quedé congelado al oír mi nombre.

—¿Tea? —dijo una voz ahora demasiado familiar, acercándose por detrás.

Detuve mi asalto, me giré y vi a la última persona que quería ver.

—Tea, ¿qué haces aquí? —preguntó Rylan, alegre.

—¿Qué te parece que hago? —dije, intentando espantarlo.

—Rylan —dijo, ofreciéndole la mano a Deshawn.

—Deshawn —respondió el que iba a ser mi novio, no tan entusiasmado.

—¿Estás hablando con mi colega Tea? Genial, ¿eh? Nosotros dos nos liamos.

Se me cayó la mandíbula.

—No nos liamos —le solté a Deshawn, rápido.

—También nos enrollamos. Un polvo de escándalo.

—Ni de coña —dije, alucinado.

—¿No? —me preguntó Deshawn.

—Ah, lo dice porque me pegó una ETS —le dijo Rylan.

Lo habría negado, pero la mandíbula ya se me había dislocado de lo rápido que tocó el suelo.

Los ojos de Deshawn iban de Rylan sonriente a mí.

Rylan se inclinó y le dio un golpecito en el pecho a Deshawn con el dorso de la mano.

—No te preocupes. Un poquito de penicilina y se quitó enseguida… en los dos. Ahora estamos más limpios que una patena.

—Ya veo —dijo Deshawn, demasiado distraído como para ver mi cabeza explotando.

—Pero pasadlo bien —siguió Rylan—. Como te decía, se lo pasa bien. Pregúntaselo a cualquiera de aquí.

—¿Sabes qué? —dijo Deshawn, enderezándose—. Paso. Tengo entrenamiento por la mañana. Pasad buena noche —dijo el indiscutible nuevo amor de mi vida, alejándose.

Recolocándome el cerebro dentro del cráneo, me giré hacia Rylan.

—¿Qué has hecho?

—¡Te he cubierto! La mejor manera de seguir hetero es quitarte la tentación. Confía en mí. Y de nada —dijo, orgulloso—. Siempre puedes contar con Rylan Dent.

Y mi compañero se dio la vuelta y se fue.

Me estaba dando un ictus. Eso era. Nada de eso había pasado de verdad. Rylan no acababa de decirle a alguien que yo le había pegado una ETS. Eso sería una locura. Demented. dented. Dent.

Si hubiera pasado, el rumor correría por toda la fraternidad a cualquier tío disponible. ¿Quién sabe cuánto tiempo me perseguiría un rumor así? Nadie querría acostarse conmigo jamás.

En una noche, Rylan me había arruinado la vida. ¿Por qué lo haría? Rylan Dent era la peor persona que había conocido. ¡Era un demente! dented. Dent.

Espera. ¿Qué dijo el tipo del puesto de mermeladas del mercado? Dijo que era dented. Yo dije que me preguntaba por el amor de mi vida y él respondió que sería dented. Rylan Dent. dented.

¿Iba a ser Rylan Dent el amor de mi vida?

Miré atrás y vi al inútil bailando como una rata almizclera herida agitando maracas. Al verme mirar, me saludó con la mano.

Dios… ¡estoy jodidísimo!

Capítulo 3

—¡Santo Xochipilli, el dios azteca de los gays!—proclamé, despertándome empapado en sudor frío.

¡Qué sueño tan loco! No, más bien fue una pesadilla. En ella, mi nuevo compañero de habitación, Jordan, se mudaba y lo reemplazaba este hetero espantoso que le decía a un tío buenísimo que yo le había pegado una ETS. ¿Cuánto bebí anoche? No vuelvo a beber en mi vida.

Todo se sentía tan real. Había letreros de neón y algo sobre tejer. En el sueño, yo había vuelto a casa, había vomitado en el baño sin acertar en el váter y luego había dejado una nota firmándola: «el novato cuestionablemente buenorro de la habitación 5; P. D.: probablemente soy gay». Fue una locura.

Pero, obviamente, nada de eso había pasado. Si hubiera pasado, no podría volver a mostrar la cara en el campus jamás. Tendría que hacer las maletas, mudarme a algún sitio donde no hablaran inglés y convertirme en ese extranjero raro del que nunca estás seguro de si es un espía. O sea, parecen muy majos, pero son un pelín demasiado simpáticos y no paran de preguntar si el gobierno ya ha reemplazado a las palomas.

No. Todo en el planeta Tierra es exactamente lo que era cuando me desperté hace dos días. Mi compañero de habitación sigue estando a una semana de crecimiento de pelo de dejar de ser un twink. Y yo sigo siendo la reina del baile: deseado por todos, poseído por nadie. Y no hay nada que pueda pasar que me convenza de lo contrario.

«Sweet Caroline, bum bum bum», oí cantar desde el otro lado de la puerta de mi dormitorio. «Los buenos tiempos nunca parecieron tan buenos. Tan buenos…».

—Tan buenos, tan buenos—murmuré entre dientes—. Oh, Dios mío… ¡vivo con un hetero!—dije, incorporándome de golpe.

¡Esto no puede estar pasando! No, no, no. Esto NO puede estar pasando. Eso significaría… No. No, no, no.

Salté de la cama y mi pie tocó el suelo justo a tiempo para que decidiera que ya no se dedicaba a sostener mi peso, permitiendo que mi cara se reencontrara con el suelo, un lugar en el que había pasado la mayor parte de la noche después de quedarme dormido con la mano dentro del váter.

Puedo hacerlo. Puedo huir del país, aprender un idioma nuevo y convertirme en un experto en fabricar drones espía con forma de paloma. Solo necesitaba unos años de ingeniería y una obsesión por los minirobots sexuales que me encarrilara hacia la ciencia palomil.

¡Ugh! ¿A quién quiero engañar? Odio a los pájaros desde que unos cuervos me acosaron en el instituto. Todavía no puedo ver uno sin escuchar sus insultos homófobos.

Tenía que lidiar con esto. Tenía que resolverlo. Empezaría por enfrentarme al hetero horrible que había causado todo esto. Estaba justo al otro lado de mi puerta, torturándome con la peor canción conocida por el ser humano.

«Siempre he tenido la sensación de que nunca lo harían».

—¡Oh, no, no!—seguí, profundizando mi descenso a la hetero-dom… o, como lo describiría Rylan, Tetópolis.

Tenía que pararlo, decidí, invocando la voluntad de los dioses.

—¡Xochipilli, escucha mi súplica!—declaré, encontrando la fuerza para arrastrarme por el suelo. Se me estiraba la cara, pero seguí. Con el labio de abajo recogiendo todas las pelusas del camino, estiré alto hacia el pomo, me enganché y abrí la puerta de un tirón.

¿Debería haber apartado la cara primero? Mira, en retrospectiva siempre se ve todo clarísimo. Lo importante era que la puerta estaba abierta. Ya tenía línea de visión con Rylan, que estaba sentado sin camiseta en su cama con los auriculares puestos.

—¡Eh!—gemí, peleando por llamar su atención.

No se movió. Su «no mirarme» era el problema. Necesitaba la atención de Rylan Dent. Oh, mierda. ¡Dent! ¡Dented! ¡El gnomo sabio del mercadillo con la mermelada mágica! Él había dicho que Rylan iba a ser el amor de mi vida.

¿Cómo podía ser? Era horrible y hetero. Y lo peor de todo: llevaba franela. Jamás podría amar a alguien así. Pero… ¿y si…?

—¡Dios mío, Tea! ¿Estás bien?—gritó Rylan, girándose y viéndome con el culo en alto y la cara contra el suelo, la boca llena de… ¿claras de huevo derramadas?

Rylan se apresuró, empujó la puerta y también mi cabeza para poder entrar. Me miró desde arriba, y yo se la solté.

—Ayuda—supliqué, reservando lo devastador para cuando estuviera de pie.

—¿Intentabas ir al baño? ¿Volver a la cama?—preguntó, ofreciéndome las manos para ayudarme a levantarme.

De vuelta sobre mis patas de cervatillo, me apoyé en él y capté un vistazo de su mitad de la habitación. Había colgado el letrero de neón. No el completamente apropiado del tío musculado en bikini blanco. En la pared que

yo vería cada vez que saliera de mi cuarto, había colgado el de «Put beer here» con la trampa de tetas.

—Iba a…—empecé, ya sin saber qué era más importante: echarle la bronca por lo que dijo de que yo le había pegado una ETS o hacer que quitara el delito de odio colgado en la pared. Me aparté de él y me puse en pie solo.

—Iba a venir a decirte que eres un gilipollas.

Rylan se quedó de verdad en shock.

—¿Un gilipollas? ¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—¿Qué has hecho?—pregunté, impulsado por una indignación justiciera—. Tú sabes lo que has hecho.

Tras ver suficiente televisión, sabía que esta era la mejor estrategia. Mantén al otro adivinando por qué estás enfadado, por si acaso ha hecho algo que todavía no has descubierto. Así te aseguras una relación perfectamente sana durante de 2 a 5 temporadas. Incluso más si os renuevan.

—¿Hablas de lo de la ETS?

—Claro que hablo de eso. ¿Le dijiste a ese tío que yo te había pegado una ETS? ¿Qué coño estabas pensando?

—¡Lo siento!—dijo, levantando las manos como si intentara evitar que yo lo atacara—. Intentaba ayudar.

—¿Ayudando a asegurarte de que no vuelva a follar nunca?

—Dije que ya estaba curado. Y dije que yo también lo tenía.

—Que es otra cosa. ¿Le dijiste que nosotros habíamos follado?

—Era la única forma de que tú me hubieras pegado la ETS.

—¿O sea que dijiste que habíamos follado?

—Dije que estuvo bien.

—Estabas diciendo que habías follado conmigo, así que claro que estaría bien. No existe un mundo en el que «follar» con «Tea» no sea igual a bien.

—Claro. Eso es lo que pensé.

Espera… ¿«eso es lo que pensé»? ¿Qué hetero se plantea si follar con un tío estaría bien?

—Quiero decir… si yo fuera alguien que folla con tíos, follar contigo estaría bien—aclaró.

Su frase me desarmó por completo.

—¿Por qué dirías eso?

—¿Decir qué?

—¿Que follar conmigo estaría bien?

Me miró, viendo que me relajaba un poco.

—No sé. Pensé que eres guapo y tienes una barbilla ancha, así que probablemente podrías desencajarte la mandíbula.

Se me cayó la boca.

—Exacto. Y pareces de los que serían generosos en la cama. Así que…—se encogió de hombros.

Cerré la boca de golpe.

—Primero: jamás dices algo así a un gay a menos que estéis en medio de una charla sucia con los pantalones bajados. En ese caso, diría: buen trabajo. Segundo…—una sonrisa tímida se me coló en la cara—. ¿Crees que soy guapo?

—Sí, no. Estás buenísimo. Estás de escándalo. Cualquier tío tendría suerte de estar contigo—dijo con una sonrisa alegre.

Me quedé mirándolo, como si nunca lo hubiera visto. Rylan estaba completamente enamorado de mí. El tipo del puesto de mermelada, el de la pinta mugrienta, tenía razón. El amor de mi vida sería dented porque era Rylan Dent.

Pero la pregunta era: ¿Rylan sabía que estaba enamorado de mí? Con esa cara bobalicona, y aun así de algún modo adorable, probablemente no. ¿Y se daría cuenta alguna vez si yo seguía montando un drama por lo que dijo, aunque se lo mereciera por completo?

Noté el pecho cerrárseme y tuve mi respuesta. La cabra montañesa con forma humana tenía razón. Rylan sería el amor de mi vida y yo tenía que hacer todo lo posible para ayudarle a verlo.

Quizá no era el momento de mencionar el letrero de neón, cuya luz de repente pareció brillar más fuerte. ¿Lo vio alguien más? ¿O solo yo?

—Sí, bueno, no debiste decir que yo te pegué una ETS. No mola—le dije, hablando en «bro», su idioma nativo.

—Totalmente, no mola. Culpa mía.

—Sí. Culpa tuya. Y… fútbol.

—¿Qué?

—Cerveza.

—Ahh—dijo, encantado—. Un poco de «hair of the dog».

—Exacto. Perros peludos—dije, ya lanzado.

—¿Qué?

—Tengo que ir a vomitar—le dije, notando un retumbar en las entrañas.

—Sí, tienes—dijo sonriendo antes de escoltarme.

Volviendo a la escena del crimen de anoche y viendo que estaba casi limpia, me tiré al suelo y cuestioné mis decisiones vitales. Resultó que estaba

vacío y no quedaba nada que echar. Pero aun así… ¿cómo podía Rylan ser el amor de mi vida?

Vale, estaba bueno… si te iban los deportistas… que me iban. Y vivió con un gay y le guardó el secreto durante un año. Eso estaba bien. Y se mudó conmigo solo para ayudarme a mantenerme célibe.

¿Podría su cerebro de jock ser tan tonto como para no saber que decirle a alguien que yo le pegué una ETS era literalmente lo peor que podía hacerme? Umm… ¿y se arrepentía de verdad, no? La gente comete errores. O sea, yo no, pero no puedo exigir a los demás mi nivel. Si no, ¿quién quedaría para que yo me sintiera superior?

Vale. Lo perdono. Ahora solo tengo que averiguar cómo ayudarle a darse cuenta de que está enamorado de mí. O… ¿lo estoy haciendo enamorarse de mí?

No voy a ser un espectador en mi propia vida. No me siento a esperar a que pasen cosas. Yo hago que pasen. Sea hetero o no, podría hacer que Rylan se enamorara de mí. Solo tengo que averiguar qué le gusta y hacerlo. Además, tenemos que pasar tiempo juntos.

Sacando la cabeza del váter, miré el baño compartido. En la pared, junto al interruptor, había un horario de los eventos de esta semana. Con la primera semana de clases llegaban oportunidades de eventos para conocer gente, sobre todo para novatos, pero abiertas a todos.

Se suponía que animaban a los nuevos estudiantes a hacer amigos. Y también a que los nuevos compañeros de piso se conocieran mejor. ¿Qué mejor oportunidad para enseñarle a Rylan por qué debería estar enamorado de mí?

De camino a la habitación, me recibió un zumbido. Era como ese pitido agudo que ponen en los aparcamientos de los supermercados y que solo pueden oír los adolescentes. Venía del letrero de neón de Rylan.

¿Podría estar ajustado para emitir un sonido que solo los gays pudiéramos oír? ¿Por eso los gays nunca van a bares deportivos? ¿Porque el conglomerado de letreros de neón lo quiere así?

Me tapé los oídos y busqué a Rylan. Se había ido a desayunar. Cerrando la puerta tras de mí, me tumbé en la cama unos minutos intentando ignorar el zumbido.

El primero de los eventos para «conocerse» se llamaba «Roomie Roundup». Lo describían como bingo de compañeros de cuarto… lo cual yo imaginaba que incluía estar atado a tu compañero mientras pescas con los dientes. Porque, como no soy una abuela de ochenta años en un crucero, no tenía ni idea de qué era el bingo.

Fuera lo que fuese, me daría la oportunidad perfecta para que Rylan se enamorara de mí y se convirtiera en el amor de mi vida. Guau. Rylan como el amor de mi vida. ¿Qué aspecto tendría eso?

¿Él con chanclas, calcetines de vestir y pantalón corto mientras hace una barbacoa en nuestro jardín? ¿El pantalón corto le enseñaría demasiado muslo blanco? ¿Tendría una camisa hawaiana favorita que se pone para hablar de césped con los vecinos?

¿Eso es lo que hacen los heteros, no? ¿No comen hamburguesas bajo letreros de neón que dicen «Put burgers here»?

¿Ese era el futuro que me esperaba con Rylan? Me dio un escalofrío solo de pensarlo.

Apretándome la mano contra los oídos para bloquear el zumbido, decidí que no podía más. Me levanté, me cambié por algo limpio y salí pitando de mi cuarto, pasando junto al letrero, para ir a comer algo.

—Juro que no fui yo—decía el novato cuestionablemente buenorro de la habitación 5 a un tipo en el salón—. ¿Por qué iba a dejar una nota?

—Aquí vive más gente también, ¿sabes?—dije, a nadie en particular.

—¡No fui yo!—me gritó el de la habitación 5 en mi dirección, sin negar ni por asomo que quizá era gay. ¡Lo sabía!

Sintiéndome un poco mejor, centré mi atención en lo importante: los gofres. Los domingos en Commons eran el día de los gofres y, con la resaca que llevaba, los necesitaba en mi vida. Cruzando el quad, y a toda la gente que no había incriminado a un novato por vomitar en un armario, me escondí del sol juzgón y me colé en la cafetería.

¿Estaba preparado para encontrarme con el nuevo amor de mi vida? Sí. Para lo que no estaba preparado era para que me plantaran delante a mi archienemigo.

Ya me conoces: yo nunca juzgo. Pero si juzgara, juzgaría que odio a Gabriel y todo lo que representa. Porque, aunque no hay una forma correcta de ser gay, sí hay una forma buena y una forma mala. Gabriel sería un gay bueno.

Ahí estaba, en la fila de los gofres. Mirando a todos los demás lugares del mundo donde podría estar, esperé, rezando para que al menos alguien se pusiera entre nosotros. Pero cuando mi necesidad de meter el brazo hasta la muñeca en un montón de gloria empapada en sirope superó mi amor propio, me arrastré y me dejé caer detrás de él en la fila de cinco personas.

Si me quedo aquí muy quietecito, quizá…

—¡Teagan! ¿Qué tal?—dijo, saludándome con una sonrisa de gay bueno.

—Gabriel. Bueno, yo…

—Eh-eh—dijo, levantando un dedo—. Es Gay…

Esperé a que continuara. Como no lo hizo, hablé.

—Yo no…

—Bre-EL-A.

—Vale, yo…

—Gay…

—No estoy seguro…

—Bre-EL-A. Respeta mi cultura—insistió.

—Eres de Wisconsin—le recordé.

—Pero el nombre es italiano—dijo, con una sonrisa tan engreída que podría alimentar un concierto de Kanye West—. Se lo estaba comentando a mi novio, Brad. Es el nuevo pívot titular del equipo de baloncesto. Y ya sabes lo que eso significa.

—La tiene enorme. Sí, ya lo pillo.

—¡No!—Gay-bre-EL-a dijo, escandalizado—. Significa que este año vamos a hacer más voluntariado con el programa extraescolar del instituto que el año pasado.

—¿Y cómo iba yo a saber que te referías a eso?

—Porque tendrá más perfil. Así que, obviamente, usaremos su creciente estatus de celebridad para empoderar a la juventud. Eso lo sabes.

—Claro. ¿En qué estaría pensando?

—«Bendita sea la luz que brilla». Ese es el mensaje impreso en mi vela más vendida. Mi cuenta de Etsy está explotando ahora mismo. ¿Te puedes creer que en seis meses haya tenido mi primer mes de 10.000 dólares? De verdad: «bendita sea la luz que brilla».

Lo miré, alucinado con la cantidad de mierda que podía cagar con el culo tan apretado. ¿Cómo no se ha asfixiado la polla de su novio ahí dentro? Con un apretón, Gabriel podría cortársela. A lo mejor eso es lo que bendice la luz que brilla.

—Te toca—dije, señalando el gofre que estaban sacando de la plancha.

—Ah, gracias.—Mientras lo recogía, me preguntó—: ¿Tienes grandes planes para el semestre?

—Ah, sí—dije, negándome a dejar que su bendita luz me eclipsara—. Es gracioso que menciones lo de Etsy porque yo también tengo una de esas cosas y, la verdad, me va bastante bien.

—¿Ah, sí?—dijo, tocándome el antebrazo, encantado—. ¡Eso es fantástico! ¿Qué vendes?

—Tejer… tej… er. Tej… es… una tienda de tejido—dije, oyéndolo por primera vez yo también.

—Increíble. Las velas inspiracionales es hacia donde va el mercado, pero seguro que tú también te va bien—dijo condescendiente.

—Oh, ya me va bien. ¡Muy bien! ¡Los tejidos están volando de las estanterías!

—¿Ah, sí? Qué gracioso, porque no tenía ni idea de que tejieras.

—¿Me estás vacilando? Soy gay, claro que tejo. Llevo tejiendo toda la vida.

—Dame tu usuario de Etsy. Me muero por verlo. Podemos hacer promoción cruzada. ¡Oh, puedes hacer un abrigo monísimo para velas! A mi gente le encantará. Me encanta esa idea. Me encanta. ¿A que a ti también te encanta?

—Qué genial.

—Tengo las manos ocupadas y mi novio me espera, pero mándame tu usuario. No lo voy a soltar. Vamos a hacer esto.

—Por supuesto—le dije, antes de verlo cruzar el comedor hacia el tío más alto de la sala.

Brad lo saludó con un beso. ¡Ugh! No quería que mis hijos vieran eso.

¿Por qué dejo que me afecte? ¿Fue su pelo perfectamente ondulado y su sonrisa perfecta? Si Earring Magic Ken tuviera un bebé con Allan, sería Gabriel. Supongo que no hace falta ser anatómicamente correcto para ser un capullo.

—Gracias—le dije, agitando el plato hacia la mujer que dudaba en ponerme un segundo gofre—. Es que no quiero tener que volver a hacer cola.

Me miró. No con buena cara. Y luego me puso otro gofre.

—Gracias—dije otra vez—. Perdón—les solté a las cinco personas esperando detrás de mí.

No lo entendía. ¿Cómo podía ser que Gabriel lo tuviera todo tan montado? No tenía nada especial. Se lavaba el culo con la ducha anal como el resto. Y con lo estrecho que era, no había manera de que fuera bueno en la cama. Entonces, ¿cómo era un gay con todo mientras yo no tenía nada?

Yo no me despertaba un domingo por la mañana con esa pinta. No tenía un negocio, y menos uno que facturara 10.000 al mes. Y desde luego no tenía novio. Él simplemente era mejor siendo gay que yo.

Eso hacía todavía más importante que ayudara a Rylan a darse cuenta de que yo soy el amor de su vida. Vale, quizá Rylan no sea el pívot titular del equipo de baloncesto… ni gay. Pero seguro que sería un novio hetero

estupendo y cariñoso. Uno que, al entornar los ojos, pudiera verme exactamente como su tipo.

Pero… ¿cómo hacía esto? ¿Cómo me convertía en el tipo de Rylan? Quiero decir, yo era como un flotador de piscina: depilado, con el tono muscular de una pajita flexible. No gritaba «masculino», precisamente. Y en la oscuridad, ¿no son todos los agujeros iguales?

Aunque… ¿llegaría nuestro cuarto a estar lo bastante oscuro con ese letrero de neón? Puede que no.

Aun así, había cosas que podía hacer. Y las haría en cuanto lograra que aceptara ir a Roomie Roundup, también conocido como «bingo, estás enamorado».

Mucho mejor después de mis dos gofres, volví a mi cuarto solo para descubrir que Rylan aún no estaba. El letrero sí… y seguía encendido. Lo apagué y me metí en la cama. Dormité lo que parecieron diez minutos y, al salir de mi dormitorio, el neón estaba otra vez encendido y la parte de Rylan vacía.

Me lo había perdido y no tenía ni idea de dónde estaría. Como nuestra habitación estaba a pocos pasos del salón, me senté allí un rato, uniéndome a los novatos incómodos que veían anime.

—Juro que no destrocé el baño—dijo el de la habitación 5 al entrar en el salón y verme.

¿Seguíamos con esto?

—Seguro que no—le dije, volviendo a prestar atención al niño animado, blanco y de pelo canoso, que gritaba en la tele.

—Te digo que no fui yo.

Lo ignoré mientras se sentaba en el salón, en la silla de al lado. Genial. ¿Cómo lo iba a ignorar ahora?

—Pero sé quién sí lo hizo. Y estaban intentando incriminarme—dijo, captando mi atención.

Me giré justo a tiempo para verlo sacar algo de una bolsa de lona. Eran dos agujas de tejer enormes y un ovillo de lana. ¡Lo sabía! ¡Era gay!

—Te lo diría, pero pensarías que estoy loco—siguió, mirándome con ojos de loco.

Oh, esto iba a estar bien.

—No voy a pensar que estás loco. ¿Quién fue?

Desenrollando la lana y enganchándola a una de las agujas con la forma más rápida que he visto moverse unas manos en mi vida, empezó a tejer sin mirar siquiera hacia abajo.

—Es una sociedad secreta de tejedores.

—¿Una sociedad secreta de tejedores?—pregunté, sorprendido.

—¿Has oído hablar de los Illuminati? Son así. Están detrás de todos los eventos sociales del campus. Mueven los hilos de todos como si fueran marionetas.

—¿Los Illuminati del tejido?—precisé.

—Exacto. Y me incriminaron con lo del baño porque saben que estoy tras ellos.

—O sea, los Illuminati del tejido te incriminaron por vomitar en el baño porque… ¿qué? ¿Creen que vas a destapar su plan de reemplazar al presidente de la universidad por una marioneta… hecha de calcetines tejidos?

—¿Tú crees que podrían? Ni se me había ocurrido. Pero tendría sentido.

Miró a la tele y yo seguí mirándolo, intentando decidir si hablaba en serio. No lo tenía claro. Pero lo que sí tenía claro era que el tío sabía tejer. En el minuto que llevábamos hablando, ya había tejido dos vueltas de lo que parecía una bufanda. Era definitivamente gay.

—Deberías exponerlos—dije, principalmente porque estaba aburrido.

Se volvió hacia mí con una intensidad para la que no estaba preparado.

—¿Tú crees que debería? Debería, ¿verdad?

—Quiero decir, ya te han incriminado con el desastre del baño. ¿Quién sabe con qué te incriminarán después? ¿Tirar basura? ¿Cruzar por donde no toca? ¿Entrar en la habitación de un estudiante y destrozar su ofensivo letrero de neón heteronormativo?

—¿Qué? No. A ellos les da igual eso. La gente de esta universidad acaba siendo alcaldes y gobernadores. Quieren poder político.

—Claro. Y pensar que el único que se interpone es tú. ¿Cómo duermes por las noches?

—No duermo—dijo, ya por la cuarta vuelta.

Era un auténtico chalado, pero sabía tejer. Supongo que había tenido mucho tiempo para practicar en el manicomio del que acababa de graduarse.

Por aburrido que fuera el anime, me costaba no mirar su progreso de reojo. El tío era una máquina. Una máquina de tejer, loca y probablemente gay. ¿Cómo no podía ser mi tipo?

Su enfermedad mental era un puntazo. ¿Y quién puede resistirse a un buen armario? Pero, por desgracia, los únicos «probablemente gay» que me gustaban eran atletas. Esas miradas desesperadas de deseo… Las mamadas nocturnas seguidas del insistente: «No soy gay. Y como se lo cuentes a alguien, te encuentro».

¿Encontrarme y hacer qué? ¿Suplicarme otra? Sí, ¿quién no alienaría a su mejor amigo por alguien así?

Pero no, este era el tipo triste de «probablemente gay». El de: «me pillaron jugando con Barbie de crío, así que metí esos sentimientos tan al fondo del armario que ni Draco ni Harry podrían encontrarlo al salir» tipo.

—Entonces deberías exponerlos—dije, siendo la persona motivadora que soy—. No se les puede permitir salirse con la suya. Si eres el único que lo sabe, todo depende de ti.

—Sí. Quizá… debería—dijo, mirándome y pensándolo—. ¿Me ayudarías?

—Claro.

—Genial—sonrió—. Soy Percival.

—Oh, no tuviste ninguna oportunidad, ¿verdad?

—¿Qué?—preguntó, confundido.

—Nada. Soy Teagan. Pero puedes llamarme Tea.

—Encantado. ¿Eres novato?

—Oh, Dios, no.

—Ah—dijo, desanimado.

—Pero es genial que tú lo seas—añadí, con mi habitual espíritu motivador—. Es una experiencia que solo se vive una vez. Te va a encantar.

—¿Sí?—respondió, recuperándose.

—Sí. Las fiestas son geniales. Y los tíos…—le di una mirada cómplice y un codazo.

—Soy hetero.

—Claro que sí. Y nadie pensaría jamás lo contrario.

—¿Te gusta esto de aquí?

—No podría estar más feliz.

—Me daba un poco de cosa venir.

—¿Por los Illuminati del tejido?

—O sea, sí. Pero también… la uni es tan grande, ¿sabes?

—Ya. Puede sentirse grande al principio. Pero cuando te orientas, no está mal. Arrastrarte a clase un viernes por la mañana con resaca puede ser un coñazo. Pero hay trucos, como saltártelas—ofrecí con una sonrisa.

—¿Por qué tendrías resaca un viernes por la mañana?

—Ah, claro. Tú no lo sabes. Aquí, el jueves es el viernes.

—¿Entonces qué es el viernes?

—El viernes es el viernes oficial.

—O sea… el viernes es el viernes. Pero llamáis viernes al jueves para poder emborracharos.

—Lo estás pillando.
—Yo no bebo.
Lo miré, conteniendo las lágrimas.
—Sí… tú nunca tuviste ninguna oportunidad.

Capítulo 4

Volví a ofrecerme a ayudar a Percival en su búsqueda de los Iluminati del punto, salí de la sala común y seguí con mi domingo de vagueteo. Como no vi a Rylan ni en la comida ni en la cena, no fue hasta que volví a la habitación por la noche cuando me lo encontré.

—Estás aquí —dije, notando cómo se me aceleraba el corazón.

—Ey, ¿qué tal? —respondió, jugando a un videojuego en el portátil, en la cama—. ¿Quieres que me ponga los auriculares?

—Ah, lo que sea —dije, encaminándome hacia mi cuarto mientras buscaba una transición decente—. Sigo cabreado por lo que le dijiste a Deshawn.

—¿Quién?

—El tío de la fiesta de anoche, cuando dijiste…

—Ah, sí. Lo siento mucho por eso. Se lo mencioné a Charlie y…

—¿Se lo mencionaste a Charlie? —pregunté, deseando que jamás volviera a pronunciarse en voz alta.

—Sí. Y él me lo explicó. Me siento fatal por ello —dijo Rylan, con cara de que realmente se sentía así.

—Bueno, sé cómo podrías empezar a compensármelo, si quieres arreglar las cosas entre nosotros.

—Oh, me encantaría.

Me volví a mirarlo, con el corazón otra vez a mil. Sentía que podía pedirle cualquier cosa y me la daría. Había dos cosas que quería: que me llevara a *Roomie Roundup* y que quitara ese neón horrible que zumbaba.

Como *Roomie Roundup* nos llevaría a enamorarnos y pasar el resto de nuestras vidas juntos, iba a pedir eso primero. Después, ¡ese letrero iba a caer!

—¿Has oído hablar de *Roomie Roundup*? —pregunté, luchando por contener la emoción.

—¿No es ese bingo hortera que hacen en la primera semana? Charlie me arrastró el año pasado. Fue bastante penoso —dijo, riéndose.

Se me hundió el corazón. Lo último que quería era que pensara que yo era penoso. ¿Y ahora qué se suponía que tenía que hacer?

—Quiero decir, no fue penoso. Fue bastante divertido, la verdad —dijo, mirándome como un ciervo deslumbrado—. Eh… ¿querías ir o algo?

—No, es penoso. Tienes razón. No quería ir —dije, disimulando bastante bien mi desamor.

—Tienes cara de estar con el corazón roto.

—No lo estoy.

—Podemos ir si quieres. No, el año pasado fue penoso solo por el tío que lo organizaba. Pero la parte del bingo fue divertida.

—¿En serio?

—Oh. Muy divertida —confirmó.

—¿Seguro?

—Totalmente. —Rylan me miró nervioso—. ¿Tú… tú querías ir?

—O sea, lo estaba sacando porque era penoso. Pero si tú querías ir…

Rylan me miró, confuso.

—Supongo que no hace falta que vayamos.

—Pero si estás insistiendo en que vayamos…

—O sea, no estoy insistiendo…

—Suena a que estás insistiendo. Así que…

—No quiero que pienses que estoy insistiendo…

—Demasiado tarde. Sin marcha atrás. Estás insistiendo. Y como estás insistiendo… —puse cara de derrota—. Supongo que iré.

—¿Guay? —preguntó, confundido.

—Sí, guay —le informé.

Rylan se relajó con su adorable sonrisa de golden retriever.

—Guay.

Me quedé ahí de pie mirándolo. Estaba intentando decidir si podía pasar por todo eso otra vez para que quitara el neón. Técnicamente, él había sido quien me invitó a *Roomie Roundup*, aunque no parecía que quisiera ir.

Se me tensó el pecho, seguido de un nudo en el estómago. Cuando noté ese zumbido familiar bajo la piel, decidí dejar lo del neón para luego. Este no era el momento. ¿Y si le pedía que lo quitara y cambiaba de idea sobre llevarme a *Roomie Roundup*?

No. Ya había conseguido la más importante de las dos cosas que quería. Mejor no tentar a la suerte. Después de pasarlo como nunca en el bingo de compañeros de habitación, me acompañaría de vuelta y lo sacaría como quien no quiere la cosa.

Diré: «Estaba pensando en ese letrero». Él se meterá y dirá: «No te gusta, ¿verdad? Sabía que no debía haberlo colgado». Yo diré: «Si me quieres…». Y ni siquiera tendría que terminar. Él dirá: «Te he querido desde el momento en que te vi. Tú serás el amor de mi vida como yo lo seré del tuyo. Y como prueba de mi devoción, ahora y siempre, lo quitaré».

Yo diré: «Si insistes». Él dirá: «Insisto, igual que insistiré el día que nos casemos». «Ay, Rylan, ¿me estás pidiendo matrimonio?» «Si me aceptas, me convertirás en el ex-hetero más afortunado del mundo». «Sí, sí, se lo diré». Y

entonces me pedirá que lo acompañe cuando le cuente a su madre que ha sido gay todo este tiempo.

—¿Tea? —dijo Rylan, devolviéndome a la realidad.

—¿Qué?

—Te he preguntado si había algo más. Llevas un rato ahí plantado mirándome.

—Ah, no —dije, avergonzado—. Solo… pensando en… —Como no se me ocurría nada que no fuera una locura, me giré, entré en mi cuarto y cerré la puerta.

—Qué suave —me confirmé a mí mismo y me dejé caer en la cama, mortificado.

No había forma de que Rylan fuera a quererme si no le daba una buena razón para hacerlo. Quiero decir, ¿por qué iba a hacerlo? Seguro que le gustaban chicas con más sílabas en el nombre que puntos de CI. Ya sabes: Georgia-Evangeline y Dixie-Emmanuelle.

Bueno, yo también soy del sur. ¡Podía ser una princesa sureña!

Me metí en el armario, aparté mi pasillo de vergüenza de franelas y busqué mis estereotipos gays. No tenía muchos porque, hola, Tennessee. Pero tenía algunas opciones que permitirían que Rylan entornara los ojos y viera a la chica de sus sueños.

Mi visión era: top negro ajustado, minifalda de cuadros plisada, medias discretas y mocasines negros contundentes. Pero ¿las medias serían retro en el mal sentido? Quizá.

Mi segunda opción era depilarme las piernas e ir con calcetines blancos de deporte. Saqué mi kit de cera y me puse manos a la obra. Cuando mis piernas estaban tan suaves como un par de tetas talla doble D zafándose de una multa por exceso de velocidad, me lo probé todo. Mirándome en el espejo de la puerta, estaba listo para el primer día de clase y para que Rylan cambiara de bando.

Me desvestí y me metí en la cama. Dormí dos horas. Estaba demasiado emocionado. Me desperté y, pasando a toda prisa junto a Rylan hacia el baño, me duché, hice mi ritual matutino y volví a la habitación. Cuando llegué, Rylan se había ido. ¿Cómo?

No había estado fuera más de diez minutos. Vale, quizá veinte. Treinta como máximo. A ver, mi pelo no termina así por arte de magia. Era el primer día de clase. Todos los tíos buenos en cuyas camas no iba a acabar este semestre me iban a ver por primera vez. Tenía que causar impresión.

¿Rylan se había largado pronto para no tener que hablar conmigo? ¿Ya me había vuelto demasiado? ¿Y por qué seguía dejando el neón encendido al

salir? El zumbido era ensordecedor.

Lo apagué y entré en mi cuarto, sentado preguntándome si ya lo había estropeado. Habría sido récord. Normalmente desaparecían después de que yo se la comiera. ¿Ves? Por eso quería vivir con Jordan. ¿Dónde estaba mi apoyo al celibato?

Me vestí con el conjunto que había montado la noche anterior y me miré al espejo con no demasiada confianza. Parecía una colegiala japonesa maldita a ser un triste chico gay por sonrojarse risueño con los tíos demasiadas veces.

Lo que sea. Ya estaba hecho y me lo iba a poner. Así que alcé la barbilla, pensé en Gaga, me puse cara de póker y empecé mi *Bad Romance*.

Atravesando la residencia y luego el campus, no pude evitar sentir la brisa de la mañana azotando mis piernas recién depiladas y colándose bajo la falda. Me hormiguearon las partes y fue lo mejor de despertarme.

Lo que no tenía claro eran todas las miradas. Yo era un chico con minifalda en el este de Tennessee. Aquí seguramente no habían visto algo así en su vida. Da igual. Solo tenían envidia. Los chicos querían ser yo y las chicas tenían miedo de que les robara a sus novios.

Entrar en Commons fue, honestamente, un alivio. Había más gente, pero al menos no había ventanas de residencia desde las que me pudieran disparar. Sí, me miraban incluso más, pero en este espacio cerrado podía vacilar a cualquier atacante hasta dejarlo seco.

—Ey —dijo un chico, lanzando el primer ataque.

—Ey —respondí, defendiéndome con valentía.

—Hola —dijo otro, golpeándome con una sonrisa coqueta.

—Hola —dije, preguntándome si estaría malinterpretando la atención.

Me dirigí a la cola de los huevos revueltos con la cabeza un poco más alta, cogí el desayuno y busqué una mesa. Siempre era incómodo desayunar solo, pero me había acostumbrado. A finales del año pasado desayunaba con Jordan. Pero ahora que tenía novio, me tocaba…

—Ey —dijo un chico, sentándose a mi lado fuera de mi campo de visión.

—Ey —dije, girándome en modo coqueteo total—. ¿Percival?

—Tea, ¿no?

—Sí —dije, completamente decepcionado.

—¿Te importa si me siento aquí? —preguntó, ansioso.

Miré alrededor, a todos los tíos buenos a los que podía estar ocupándoles el sitio.

—Adelante —cedí.

—¿Estás nervioso por las clases?

—¿Por qué iba a estar nervioso por las clases?

—Ya sabes, por lo de… —se inclinó en plan conspirador—. Los Iluminati del punto.

—Claro. Sí, no. He estado pensando en ello toda la noche —dije otra vez, mirando alrededor a todos los chicos cuya mañana podría estar mejorando.

—¿Qué llevas puesto? ¿Es parte de nuestro plan?

Lo miré, confundido.

—Para pescarlos y tumbarlos —aclaró.

—Sí, así elijo todos mis looks: por lo probable que sea excitar a la gente que se esconde en la oscuridad.

Pensándolo bien, excitar gente en la oscuridad no era mala idea.

—Guay. Listo. Quizá debería ponerme algo así.

Lo miré en blanco. El tío era gay seguro. O eso, o era la persona más despistada que había conocido.

—Entonces, ¿qué clases tienes? —preguntó, claramente ansioso por su primer día.

Suspiré. No me lo iba a quitar de encima. Esta iba a ser mi mañana.

—Biología 1020, Física 1020, Química 1010, Geología 1010 y Estadística.

—¿Eres de ciencias?

—Indeciso.

—Yo también estoy indeciso. Pero estoy pensando en Historia. La única manera de derrotar sociedades secretas es conocer su historia. Tengo la esperanza de crear mi propio grado. Algo como… historias de sectas.

—Guau, de verdad estás metido en esto.

—Las sectas son reales. Hubo una en la que el líder consiguió que todos se suicidaran bebiendo Kool-Aid. Hubo otra que pensaba que venían alienígenas a llevarse sus almas. Así que todos se compraron las mismas zapatillas y se suicidaron en sus literas.

—Fascinante —dije, definitivamente nada fascinado.

—Sí, si nadie las combate, quién sabe qué podría pasar.

—¿En plan que podría extenderse por el planeta, haciendo que la gente adorara a un tío cuya única prueba de que existió son historias escritas décadas después de que naciera, pero atribuidas al testimonio ocular de gente que supuestamente lo siguió por ahí?

—Supongo —dijo, sin tener muy claro de qué hablaba—. Yo tengo mi seminario de primero, las obligatorias y Historia universal. Esto es un poco

locura, ¿no?

—¿Que Rihanna no haya sacado un álbum completo desde 2016?

—Hablo de que estemos en la universidad. Es fuerte, ¿no?

Miré a Percival. Me recordaba a un carlino puesto de poppers. No me preguntes cómo lo sé. Suspiré.

—¿Sabes dónde es tu primera clase?

—O sea, más o menos.

—¿Tienes el mapa del campus?

—Sí.

—Sácalo.

Lo sacó de la mochila y lo puso en la mesa. Le indiqué todas sus clases del día y el mejor sitio para comer según por dónde le pillaban. No era cómo esperaba pasar mi primer día de ir feroz, pero era lo que había.

Terminé el desayuno sin que ningún otro tío me echara el vistazo y dejé a Percival en la mesa para volver a mi habitación a preparar lo del día. Biología no se iba a hacer sola. Y, con más confianza de la que había tenido en un tiempo, crucé el campus hacia mi primera clase.

Cuando acabó mi día, me sentía súper mono. Cruzar las piernas con minifalda provocaba más reacción de la que habría imaginado. Incluso se me cayó el boli y un chico se lanzó a recogerlo. Si Rylan no hubiera estado destinado a ser el amor de mi vida, podría haberlo pasado muy bien este semestre. Y si lo nuestro no salía bien, aún podría.

—¡Tea!

Me giré y casi me chocó con alguien.

—¡Rylan! —proclamé, sorprendido.

En el silencio, los ojos de Rylan me peinaron como un peluquín. Se me tensó el pecho mientras lo hacía. Aunque a otros chicos les había gustado lo que llevaba, ninguno era Rylan. Me lo había puesto por él. ¿Qué diría?

—Estás…

La frase se le quedó colgando. ¿No le gustaba? ¿No parecía lo bastante chica para que se lo creyera? ¿Me había estado engañando a mí mismo?

—Entonces… ¿listo para *Roomie Roundup* esta noche? —le pregunté, intentando cambiar de tema.

—Sí. Totalmente. Es en lo único en lo que he podido pensar todo el día —respondió, sin que me quedara claro cuánta ironía llevaba.

—Yo también —dije, haciéndole corazoncitos con los dedos como el personaje de anime que me sentía.

—Ya —dijo, perdiendo el tono entusiasta.

¿Cómo lo había estropeado tan rápido? Sentía que lo tenía y luego subí el factor mono y lo perdí. ¿Estaba siendo más gay que chica? Tenía que acordarme de eso.

—En fin, he venido a por mi correo. Nos vemos en la habitación —le dije, queriendo largarme.

—Yo también voy para allá. Te acompaño —insistió, dejándome casi sin aliento.

Recogí mi correo y lo vi hacer lo mismo. Me colgué la mochila al hombro, le sonreí y me uní a él. El silencio mientras caminábamos era ensordecedor. Quería hablarle de mil cosas: de dónde era, qué le gustaba hacer, con quién le gustaba hacerlo. Pero cuando abría la boca, no salía nada.

—Entonces… eh… ¿qué tal tu primer día de clases? —preguntó, rescatándome.

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Bien. El entrenamiento fue duro. Me levanté tarde. Y para cuando llegué ya me había ganado cuatro vueltas. No soy de mañanas.

—¿Entrenamiento de fútbol americano?

—Sí, lo tengo por la mañana. Así que la mayoría de días tengo que levantarme pronto.

—Ah, ¿por eso no estabas esta mañana? —dije, aliviado de que no se hubiera ido para no verme.

—¿Pensabas que estaba desayunando?

—No. Pensé que me estabas poniendo los cuernos con otro compañero de habitación —dije, riéndome.

—¿Qué?

—Era una broma —dije, oyendo de golpe lo loco que sonaba—. Ya sabes, porque vamos a *Roomie Roundup* esta noche.

—Ah, vale —dijo, sin ocultar su confusión.

Volvimos al silencio hasta que Rylan dijo:

—Supongo que debería preguntarte cosas sobre ti.

—¿Qué?

—Para esta noche —explicó, dejando claro lo mucho que lo estaba estropeando… y no en la forma que me gustaba.

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué quiero saber? —repitió como si no hubiera nada que quisiera saber de verdad y solo lo hubiera dicho para tapar mi culo aburrido y caliente —. Ah, ya sé. ¿De dónde eres?

—De un pueblito a unos treinta minutos de Memphis. ¿Y tú?

—De Willow Creek.

—¿Dónde está eso?

—A una hora y media al noreste de aquí.

—O sea, que si yo plantara una tienda allí, iría con la tienda ya montada —dije, haciendo un gesto descaradamente sugestivo con la mano.

—¿Qué?

—Que creo que ya has dejado clara tu… posición —dije, como si estuviera hablando de algo importantísimo.

—¿Que soy fullback?

—¡Ugh! ¿Ya nadie es top? ¡Y se dice *total bottom*! ¡Tíos hetero!

—¿De qué hablas?

—Espera, ¿de qué hablas tú?

—De mi posición en el equipo.

—¡Ah! Vale, yo también.

—Antes era offensive tackle. Pero el entrenador me cambió este año. Dijo que había que aprovechar mi gran cerebro —dijo, sonriendo.

—Ya… claro. El «cerebro» —dije, siendo una borde total.

—¿Qué?

—Nada. Es genial que te hayan ascendido. Seguro que te lo merecías.

—Pero luego llegué tarde esta mañana y amenazó con devolverme.

—Vaya, eso apesta. ¿Te cuesta levantarte?

—Solo cuando me cuesta dormirme.

—¿Te costó dormirte anoche? —pregunté, esperando que fuera porque pensaba en mí.

—Un poco.

—¿Pensabas en algo en concreto?

Rylan me miró entre confundido y estreñido.

—Supongo que tenía muchas cosas en la cabeza.

—Yo también.

—¿Sí? ¿En qué estabas pensando? —preguntó, con una mirada imposible de descifrar.

¿Cómo decía que estaba imaginando lo que pasaba después de que su culo hetero me poseyera? …Celibato.

Parpadeó.

—¿En serio?

—Sí. No puedo dejar de pensar en ello. Celibato en mi cama. Celibato en la ducha. Celibato en un spa masculino, en la sauna, con quince personas mirando.

—¿Mirándote ser célibe?

—En el peor sentido.

—¡Guau! Te apasiona el celibato.

—A veces pienso tanto en ello que tengo que cambiarme los pantalones.

—¿Por pensar en el celibato?

—El celibato es sexy —expliqué.

—Entonces haré lo posible por apoyarte en ello —tartamudeó.

—Gracias —dije, esperando ponérselo difícil.

Al llegar a nuestra habitación fue raro, porque sentía que debía encerrarme en mi cuarto, aunque técnicamente compartíamos ambos espacios y mi cuarto era bastante más pequeño.

—¿Cuándo quieres que vayamos? —pregunté, en el umbral de mi puerta.

—Cuando tú quieras.

—Quizá en treinta minutos. Así me da tiempo a cambiarme.

—No tienes por qué cambiarte. O sea, si no quieres. O sea, lo que tú quieras. Solo quería decir que… estabas bien.

—¿Bien?

—Lo siento. ¿No debería haberlo dicho? ¿He dicho algo mal?

—No —dije, intentando no hacerme un nudo con la calidad del cumplido—. Bien es… bien. Gracias. Igual no me cambio —dije, sonriéndole antes de entrar en mi cuarto y cerrar.

Oh, está tan enamorado de mí. Lo ve clarísimo: estábamos destinados. Ahora, ¿cómo podía dejarlo aún más claro? ¿Qué haría incuestionable que éramos almas gemelas con un destino escrito por el mismísimo Xochipilli?

¡Teníamos que ganar *Roomie Roundup*! Eso era. Era la única manera de demostrar lo perfectos que éramos. Emocionado con la idea, irrumpí en mi puerta y me encontré a Rylan sin camiseta, en calzoncillos, con unos vaqueros en la mano.

—¡Oh! —dije, sobresaltado.

—Ey, he decidido cambiarme —me dijo como si el bulto de sus bóxers no fuera lo bastante grande como para alterar la gravedad de la Tierra.

—Ya. Yo, eh…

Ayúdame. No podía apartar la mirada.

—¿Quieres que vayamos ya? —ofreció.

—No, yo…

Por favor, que alguien me mate y me saque de mi miseria.

—¿Te vas a poner los pantalones o no?

—Ah, claro. Tu celibato —dijo, avergonzado.

Rylan se tomó un momento y se puso los vaqueros, rompiendo la maldición y devolviendo el demonio a su guarida.

—Perdona. Supongo que no pensé…

—¿Qué? —pregunté, muy interesado en lo que iba a decir.

—Nada. Es que no estaba pensando. Tendré más cuidado a partir de ahora.

—O sea, no tienes que tener tantísimo cuidado. Esta es tu habitación también. Deberías sentirte cómodo andando por aquí con lo que quieras. Y si por lo que sea tuvieras que pasearte desnudo…

—No, no —me cortó—. Tu celibato es importante. Estoy aquí para apoyarte. Tengo que respetar tus deseos.

Fue entonces cuando me fijé en el resto de su carne ligeramente bronceada. Cómo su pecho redondo y musculoso descendía hacia un mar de abdominales marcados. Cómo sus hombros anchos conectaban con bíceps tensos sin siquiera estar flexionados.

—Claro. Deseos —dije, preguntándome cómo se sentirían sus dedos gruesos tirándome del pelo.

—¿Ibas a decirme algo?

—¿Qué?

—Has entrado todo lanzado como si fueras a decir algo.

—Ah, ¡eso! —dije, recordando que tenía ojos y encontrándomelos—. Iba a decir que vamos a ganar *Roomie Roundup*.

—¿No es estilo bingo?

—Sí, pero también va de cuánto sabemos el uno del otro.

—Pero si nos acabamos de conocer.

—¿Seguro? —dije.

Rylan se quedó congelado. No solo dejó de moverse: tenía la cara de lo último que ven unos faros antes de encontrarse con la madre de Bambi.

—Lo decía en el sentido cósmico.

—Ah. Como que estaba destinado a ser tu apoyo al celibato o algo así.

—Eso. Así que ganaremos. Tenemos que ganar.

—¿Y cómo vamos a hacerlo?

La respuesta me golpeó como una luz divina salida de la mente del mismísimo Dios.

—¡Haremos trampas!

Capítulo 5

—Tea, no estoy seguro de que deberíamos estar haciendo trampas —dijo Rylan mientras cruzábamos el campus camino del evento.

—Entonces no lo pienses como hacer trampas. Piénsalo como responder selectivamente… con opiniones.

—No creo que sea lo mismo.

—Claro que sí. Lo has dicho tú mismo. Va a haber una persona en el escenario cantando los números. Nosotros tendremos cartones de bingo con una cuadrícula en blanco de cinco por cinco. Cuando la persona diga el número, tenemos que decidir en qué casilla del cartón lo ponemos.

—Una vez decidamos dónde poner el número, nos harán la pregunta sobre nuestro compañero de habitación, que en nuestro caso es el uno el otro. Si sabemos la respuesta a la pregunta, nos llevamos esa casilla.

—Pero, en lugar de eso, lo que vamos a hacer es esperar a que hagan la pregunta para elegir casilla. Si sabemos la respuesta, la colocamos en una fila para hacer bingo. Fácil.

—¿Y eso cómo es «responder selectivamente… con opiniones»?

—Responderemos selectivamente a las preguntas con la opinión de que debería ser después de saber cuáles son. Es casi no hacer trampas.

—No lo sé, Tea. ¿De verdad quieres ganar así?

Me paré y me giré hacia Rylan, que se paró conmigo.

—Rylan, puede que tengas razón. Esto puede ser lo peor que hagamos en la vida.

—Eso es lo que digo. Yo…

—Pero no lo sabremos hasta que lo intentemos —dije alegremente, antes de meter a Rylan por las puertas del salón.

Mirando alrededor a todos los pobres perdedores, solo sentí satisfacción. Pensar que toda esa gente creía conocerse la mitad de bien que yo y el hombre destinado a ser el amor de mi vida. Era triste, la verdad.

—Deberíamos sentarnos al fondo —le dije a Rylan.

—¿Para poder llevar a cabo nuestro… —bajó la voz— plan nefasto?

—No, por el espacio para las piernas —dije, negándome a admitir nada.

Cuando me senté y vi que sus ojos vacilaban, enderecé la espalda y me incliné hacia él. Pinchándole el pecho con un dedo severo, dije:

—No te vas a acobardar conmigo, ¿verdad?

Con cara de susto, respondió:

—No. Lo tengo controlado.

No tenía pinta de un hombre que «lo tuviera controlado». Tenía pinta de un hombre que jamás había tenido que arrancarse el pelo de las piernas para impresionar a un chico. Tenía pinta de un hombre que jamás había pasado veinte minutos de rodillas para atender a un tío al que no volvería a ver. En otras palabras, no parecía un hombre en absoluto.

—Más te vale —dije con la suficiente amenaza como para que entendiera que iba a enamorarse de mí.

—Bienvenidos a todos. Espero que os estéis adaptando bien. Cada año organizamos una serie de actividades para dar la bienvenida a los nuevos estudiantes y ayudaros a conocer un poco mejor a vuestros nuevos compañeros de habitación. Recordad: esto no va de competir. Va de pasarlo bien y conoceros un poco mejor.

Miré a Rylan para asegurarme de que no se le ocurrían ideas raras. Teníamos que ganar. Ganar demostraría que estábamos destinados el uno al otro. Le mostraría a Rylan y al mundo que yo merecía que me quisieran… quiero decir, que estábamos destinados al amor.

—¿Podéis repartir los cartones de bingo y los bolígrafos, por favor? —dijo el hippie despeinado desde delante del escenario a las cuatro personas, una en cada esquina de la sala.

Llamando sutilmente la atención de Rylan, se las señalé. Él me devolvió una mirada en blanco. Volví a gesticular hacia ellas. Negó con la cabeza y encogió los hombros, confundido.

¿Qué le pasaba a Rylan? Estaba actuando como si nunca hubiera tenido que esconderse dos días en unos arbustos mientras seguía a un tío para averiguar si tenía novia o no.

«Espabila», le indiqué.

Luego señalé sutilmente con dos dedos mis ojos y después a cada una de las cuatro personas que repartían los cartones. Rylan asintió con la comprensión de alguien que, tras rebuscar en la basura de un tío, encuentra un envase de base de maquillaje vacío en un tono demasiado otoñal para su color de piel.

—Gracias —le dije dulcemente a la chica que nos dio los cartones. No sospechó nada.

Ya acomodado en mi asiento, volví a escanear la sala. Habría unas veinte parejas. La mayoría parecían perdidas, como si hubieran entrado por error. No eran rival para nosotros. Quienes quizá sí lo eran, eran los dos que llevaban franela a juego. En este campus, los estampados de franela estaban destinados a coincidir tarde o temprano. Pero esos dos tenían pinta de haberlo hecho a propósito.

—Deberíamos haber coordinado lo que llevábamos —le susurré a Rylan.

—No creo que me quedara bien esa falda —respondió tristemente.

Tenía razón. No tenía las piernas para eso. Esta aventura estaba condenada desde el principio. Pero ya estábamos dentro y no había marcha atrás.

—Pregunta número uno —dijo el presentador, sosteniendo una hoja delante de él—. Venga, todo el mundo, elegid una casilla en vuestro cartón y escribid el número uno.

Todos los demás pringaos escribieron inmediatamente el uno en una casilla. Mirando de reojo a los cuatro moderadores, me cubrí la parte superior del cartón con la mano y fingí escribir un número. Nadie pasó a comprobar nada. Yo era un genio.

Luego miré el cartón de Rylan. Había hecho lo que le dije. Su cartón seguía vacío. Su cara, sin embargo, era la de un hombre al que han pillado con una base de maquillaje que le encaja con el tono de piel.

—¿Todo el mundo ha escrito el número uno en una casilla?

—Sí —dije en voz alta.

Pringaos.

—Genial. Entonces, la pregunta es…

Me preparé. Sería la primera casilla del resto de la vida de Rylan y la mía juntos.

—¿De qué ciudad es tu compañero de habitación?

Me quedé en blanco. ¿No habíamos hablado de esto? Juraría que sí. Yo dije que era de las afueras de Memphis. Él dijo…

—Todo el mundo, escribid el número dos.

Espera. Yo todavía estaba intentando recordar la uno. Juraría que me lo había dicho.

—Vale. Ahora, que nadie mire. ¿De qué color son los ojos de tu compañero?

¿Ojos? ¿Rylan tenía siquiera ojos? Podía decirte cómo eran sus pezones. Eran pequeñitos y tiesos. Estaban en un mar de rosa que me llamaba mientras dormía.

—Escribid el número tres.

Más despacio. Esto no era justo. No esperaba preguntas imposibles.

—¿A qué clase ha asistido hoy tu compañero de habitación?

Mierda. Estábamos jodidos.

Por suerte, solo nos hicieron dos preguntas más antes de que el señor y el señor Matchy Match cantaran bingo y se lanzaran hacia el escenario.

Aprovechando la distracción, me incliné hacia Rylan.

—Vale, nuevo plan —le dije.

—¿Nuevo plan?

—Como solo están haciendo preguntas que nadie podría saber jamás, vamos a hacer esto.

—No me parecieron tan tramposas.

—Claro que lo eran. Nadie puede saber ese nivel de detalle sobre alguien.

—Ellos sí —dijo Rylan, señalando a los leñadores clonados, tan satisfechos, restregándonos su compatibilidad por la cara.

—Ya veremos si pasan el control antidopaje.

—¿Les estás acusando de tomar sustancias para mejorar el rendimiento?

—¿Yo? ¡Jamás! Pero quién sabe lo que Reagan Bray, de Tupelo, Mississippi, podría escribirles en un email a los jueces…

—Tea, ¿no te lo estás tomando un poco demasiado en serio?

—¡Nunca! Y no me han dejado otra opción que desatar el infierno.

—¡Las preguntas no eran para tanto!

—¡Eran imposibles de saber y ellos lo sabían! —insistí.

Rylan me miró y suspiró exactamente como todos mis casi-relaciones después de una discusión; como si yo hubiera tenido razón en todo. Y la tenía. Porque yo no tolero la competencia desleal.

—Vamos a necesitar un truco —dije, pensándolo—. ¡Ya lo tengo! Nos dan el número que hay que escribir primero, ¿verdad?

—Eso es lo que están haciendo.

—Vale. Pues, sea el número que sea, vamos a inventarnos la respuesta más popular que empiece por la letra correspondiente en el alfabeto inglés.

—No lo pillo —dijo con cara de confusión comparable a la de un caniche gay que se desmayó en el Orgullo y se despertó en la caseta de un bulldog.

—A ver. Imagina que vuelve a salir el uno y preguntan el cumpleaños de tu compañero. La primera letra del alfabeto es la A. Así que la respuesta obvia es agosto.

—¿Por qué no abril? Empieza por A.

—No. Pero lo obvio es agosto.

—¿Por qué es obvio?

—Porque…

Lo pensé. A, b, c, d, e, f…, o, p, q, r, s, t, u.

—No, tienes razón. Lo obvio es abril. Vale, lo pillas. Sería el 1 de abril. ¿Entendido?

—Supongo. ¿Seguimos teniendo que esperar para escribir el número?

—No, ya no hace falta, porque podremos contestar cualquier pregunta.

—¿Todo el mundo listo para la segunda ronda? Nuestra pareja ganadora de la primera ronda ha demostrado lo bien que se conoce, así que en esta habrá un ganador nuevo.

Miré a los gemelos Doublemint, tan engreídos como un chicle sin masticar. Los ignoré y volví a concentrarme.

—Voy a saltarme preguntas para que sea un poco más difícil. Número diecisiete. Todo el mundo, escribid el 17.

¿Diecisiete? Vale. Lo tengo. Escribí el 17 en mi cartón y empecé a contar letras con los dedos.

«A, B, C, D, E, F, G.» ¿Eso es 7? «H, I, J, K…»

—La pregunta es…

«L, M, N, O, P…»

—¿Cuántas cajas trajo tu compañero al mudarse?

¡Q! ¡El 17 es Q! ¿Q? ¿Qué número empieza por Q? ¿Quintillón? No se lo creerán jamás.

Miré mi cartón. Lo había puesto en la parte superior de la fila central. Da igual. Haría la línea de bingo horizontal por el centro en lugar de vertical.

—El siguiente número es… voy a saltar. Número veinticuatro.

Vale. Esto debería ser fácil. Hay 26 letras en el alfabeto inglés. Retrocede dos letras y te queda… Z, Y, X.

—La pregunta es: ¿cuántos hermanos tiene tu compañero de habitación?

¡Mierda!

Los números seguían saliendo y las respuestas seguían siendo imposibles de encajar. Miré a Rylan, que me hizo un pulgar arriba. Pobrecito, dulce hijo del verano.

En vez de perder el tiempo con esa ronda, decidí idear un plan mejor. Para cuando alguien gritó bingo, ya lo tenía. Lo había complicado demasiado. Mi nueva idea debería haber sido la primera.

—Nuevo plan —le dije a Rylan mientras la nueva pareja más compatible de la sala recogía su premio.

—¿Seguro que quieres seguir con esto? Lo de antes era bastante complicado. Tenía que contar letras con los dedos. Y las palabras que iban con ellas no tenían sentido.

—¿En serio? Qué gracioso, porque a mí el sistema me parecía facilísimo. Pero este será más fácil. Lo juro.

Rylan suspiró… otra vez.

—Vamos, Rylan. Recuerda, me debes una por lo del… —me incliné más— tema de la ETS.

—No, tienes razón. Te debo una. ¿Cuál es el nuevo plan? Te escucho.

A duras penas conteniendo la emoción, le dije que sacara el móvil y se lo pusiera en el regazo.

—Vale —dijo, a regañadientes, obedeciendo.

Yo saqué el mío y se lo enseñé.

—Puedes poner el número donde quieras del cartón. Y cuando salga la pregunta, te escribo el dato correcto por mensaje. Es genial.

—Supongo. ¿Tienes mi número?

—¿Que si tengo tu número?

¿Tenía su número? ¡No!

—Pregunta número seis.

—¿Cuál es tu número? —le susurré.

—4, 3, 4… espera, ¿cuál era?

—¿Cuántas clases de ciencias está cursando tu compañero este semestre? Para algunos, esto debería ser fácil.

La sala se rió.

—Tres. No, cuatro —susurré.

—No, es 4, 3, 4, te lo digo. Es lo otro lo que se me ha olvidado.

—No, te estoy diciendo la respuesta a la pregunta. Es cuatro.

—Shhh —dijo una moderadora acercándose por mi izquierda.

Le sonreí y me hundí en el asiento. Con una idea nueva, miré alrededor para asegurarme de que nadie nos miraba y metí la mano en el regazo de Rylan. Lo que agarré se sentía más blando que un móvil.

—¡Eh! —chilló Rylan.

Retiré la mano a toda velocidad y evité que se me salieran los ojos de las órbitas. Si la siguiente pregunta era «cuándo fue la primera vez que tu compañero dejó embarazada tu mano», no nos haría falta hacer trampas.

—Intentaba coger tu móvil —susurré, avergonzado.

—Eso no era mi móvil —aclaró.

—Ya lo sé.

—Eso era… —se inclinó y me susurró— mi polla.

—Lo he pillado.

—Estabas agarrándome la polla.

—Sí, sí, lo sigo pillando. ¿Me pasas tu móvil, por favor?

—¿Para qué quieres mi móvil?

—Yo escribiré las respuestas. Tú pon los números donde quieras.

Con el móvil de Rylan en la mano, esperé la siguiente pregunta.

—Pregunta 22.

Miré a Rylan; él me miró a mí. Le asentí con confianza y, acto seguido, recordé la sensación de mi mano en su regazo. ¡Guau! No era precisamente pequeño. El bulto en sus calzoncillos no mentía.

—La pregunta es: ¿cuándo dio tu compañero su primer beso?

Mmm, fácil. Fue cuando yo tenía dieciséis. Con Colleen. No es que yo estuviera confundido. Es que ella era muy agresiva.

Después de escribirlo, le enseñé la pantalla a Rylan. Abrió la boca, sorprendido, y se rio. Yo me reí con él.

—Pregunta 31. ¿Los padres de tu compañero están actualmente divorciados o casados?

Escribí: «Sheila y Bruce, sí, Bruce, siguen casados. Son una advertencia de treinta años sobre los peligros del matrimonio heterosexual».

Cuando se lo enseñé a Rylan, se partió tanto que tuvo que esconderse la cara y la risa.

—Pregunta 42. ¿Qué trabajo le gustaría más tener a tu compañero?

Escribí: «Esta es difícil. Durante mucho tiempo quise ser Yoko Ono. Pero eso es menos un trabajo y más una pasión. Ahora, quizá uno de esos pequeños seres humanos a los que los ricos pagan para que equilibren bandejas de copas en la cabeza mientras juegan al croquet. A ver si hay suerte».

Rylan casi se muere. Seguimos así hasta la última pregunta. Antes de que pudiera escribir mi respuesta, Rylan gritó:

—¡Bingo!

Lo habíamos logrado. Habíamos ganado, demostrando que éramos más compatibles que todos esos perdedores incompatibles.

—¿Podéis subir al escenario, tú y tu compañero, por favor?

Era esto. Nos iban a reconocer por lo que éramos. Y el resto de mi plan para hacer que se enamorara de mí iba a encajar bailando.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó el presentador.

—Yo soy Rylan y este es mi compañero Tea. O Teagan, si nos puntúan por precisión —bromeó Rylan.

—Genial. Pues parece que os conocéis muy bien. Eran preguntas difíciles y las habéis acertado enseguida.

Me metí:

—Supongo que simplemente nos conocemos. Destino —añadí con un encogimiento de hombros satisfecho.

—Vale. Genial. Pues vamos a comprobar vuestras respuestas.

—¡Vamos allá! —animé, entusiasmado.

—Pregunta 22. ¿Quién fue el primer beso de tu compañero? Si puedes susurrármelo, Tea.

Se lo susurré al presentador, cuyo cuello de la camisa olía a pino.

—Rylan, ¿quién fue el primer beso de Tea?

—Colleen. Sí, lo sé. A mí también me sorprendió.

—Besaba bien —confirmé, poniéndome en plan súper gay.

El grupo se rió.

Seguimos dando respuestas así hasta llegar a la última. Él había cantado bingo antes de que yo pudiera contestarla.

—Vale, la pregunta final. ¿Qué diría tu compañero que ha sido el momento más embarazoso como compañeros de habitación?

Tuve que pensar como Rylan. Tenía que ser yo viéndolo en ropa interior. Acababa de pasar y el número de la pregunta era el 21, que es la U en el alfabeto inglés. Así que, obviamente: underwear.

—Tea. Queda una. ¿Qué diría tu compañero que ha sido tu momento más embarazoso hasta ahora?

Me incliné hacia el bosque de pinos con patas y le susurré:

—Que yo le vi en ropa interior. Estaba muy bien.

El presentador se rió.

—Vale. Ahora, Rylan, ¿qué dirías que ha sido lo más embarazoso hasta ahora?

Rylan se metió los dedos en los bolsillos y me miró, dudando. Yo asentí, animándole a decirlo.

—Vale. Como parece que le parece bien que lo cuente, es una historia graciosa. Veréis, mi compañero Tea me ha pedido que le ayude a mantenerse célibe este semestre.

Oh, no.

—Y estábamos en una fiesta y él estaba hablando con alguien. Y empezó a parecer que se estaba metiendo mucho en ello, si sabéis a qué me refiero. Así que para ayudarle con lo de su celibato, ya sabéis, para disuadir a la persona con la que hablaba, eh… dije que él me había pegado una ETS.

Mi barbilla se desprendió de mi cara y rodó suavemente por el suelo.

—No es verdad. Definitivamente no es verdad. No sé por qué lo dije. No estaba pensando. Me dejé llevar por ayudarle a no tener sexo y pensé: «¿Qué mejor forma?». Pero quiero aclarar que definitivamente no es verdad. Me lo inventé. Y todo el mundo debería sentirse completamente seguro teniendo sexo con este buenorro de aquí.

Por desgracia, en algún punto a mitad de su discurso, me morí.

—Perdón. Tea en realidad dijo: «Verte en ropa interior».

—Ah —dijo Rylan, sorprendido—. Sí, supongo que eso también.

—Bueno, sigamos con el juego. Gracias por participar, chicos —dijo el presentador a una sala llena de gente haciendo lo peor imaginable: desnudarme con la mirada—. La siguiente pregunta es el número 44.

El resplandor de la luz cegadora hacia la que me estaban empujando iluminó nuestro camino al bajar del escenario. Bajando las escaleras, seguí andando hasta que estuvimos fuera. ¿Necesitaba la piel que iba dejando mientras mi mandíbula se arrastraba por el suelo? Volvería a crecer.

—Algo me dice que la he vuelto a cagar —admitió Rylan, tímido.

—¿En serio, «Las nuevas aventuras de Nancy Drew»? ¿Qué te lo ha chivado?

—En realidad, que estabas más callado de lo normal.

Me paré y me giré hacia él.

—¿Le has dicho a todo el mundo que te pegué una ETS… otra vez?

—¡No, dije que no me la pegaste! Estaba aclarando el asunto.

—Aclarándolo dejándolo oficialmente en acta. ¡Lo graban y lo meten en los archivos de la universidad!

—¿De verdad?

—¡No lo sé! ¡Pero podrían! Y si lo hacen, ¡mi nombre quedaría para siempre mencionado en la misma frase que «ETS»!

—Estaría diciendo que no tienes una.

—¡Nunca mencionas el nombre de un gay en la misma frase que una ETS! ¡No se hace!

—Joder, no lo sabía.

—Claro que no. Y es porque eres heterosexual y lo único de lo que tienes que preocuparte es de qué color de franela combina con qué vaqueros. Spoiler: ¡todos! Es vaqueros y franela.

—Yo también me preocupo por cosas —dijo débilmente.

—¿Ah, sí? ¿Quieres comparar decisiones vitales difíciles?

—Bueno, yo…

—¡Era una pregunta trampa! ¡Porque ser gay no es una elección!

—Lo siento mucho, Tea. Solo intentaba arreglarlo.

—Pues no. Lo has empeorado. Muchísimo.

—Es que no hago nada bien, ¿verdad? —dijo, apartándose de mí y yéndose deprisa.

Se le veía herido. ¡Bien! Suspiro. No, no bien.

—Rylan, espera.

No esperó. Siguió andando. Y no pensaba perseguirlo con esta falda.

Al volver a la habitación, encontré a Rylan en su cama, herido y mirando al vacío. Me sentí mal. Sabía que no era un mal tío que hubiera intentado hacerme daño. Solo era un chico heterosexual que no conocía las normas. Suspiro.

—Eh —dije, apoyando la espalda en la puerta principal.

—Eh.

Miré el neón, esa cosa horrible: represión sexual en forma de tubo luminoso. El plan después del evento era pedirle que lo quitara. Ahora no me salía. Ya se sentía mal por lo que había dicho. No quería restregárselo y darle un azote. Al menos, no sin mis chaparreras sin entrepierna.

—Si quieres que me mude, me mudo —ofreció, bajito.

—No quiero que te mudes —admití.

—No entiendo por qué no. Si yo fuera tú, querría que me fuera.

—Sí. Pero yo soy mejor persona que tú —expliqué—. Mira, ¿ahora entiendes por qué lo que dijiste no estuvo bien?

—Lo pillé después de que me lo explicaras. Pero ¿no quieres vivir con alguien al que no tengas que explicarle cosas?

¿Quería eso? La verdad, no sonaba tan mal.

—¿Y quién sería ese?

—No sé. ¿Jordan? Podría decirle que no nos ha funcionado y que tenemos que volver a cambiarnos.

Pensé en lo que sería volver a tener a Jordan aquí, con su novio durmiendo en la habitación. ¿De verdad quería escucharles teniendo sexo… sin invitación a unirme? No.

—Mira, has cometido un error. Todos cometemos errores.

—¿Incluso tú?

—Oh, por Dios, no. Si hay algo que un tío que se ha jurado un año de celibato jamás ha hecho, es equivocarse.

Los dos nos reímos.

—Entonces, ¿estamos bien? —preguntó Rylan, con mejor cara.

—Ni de lejos. Pero podríamos estarlo. Hasta entonces, me debes muchísimo, muchísimo… —dije señalándolo, mientras volvía a mi cuarto.

—Estoy a tu merced —bromeó Rylan.

—Qué pena, porque a mí me gustan los tíos top.

—Si no fueras célibe… —dijo, dejándome congelado en el sitio—. Es broma.

—Claro, broma —dije mientras mi vida romántica desfilaba ante mis ojos—. Me voy a dormir ya.

—Vale. Buenas noches.

—Sí —dije, con la mano delante de mí, redefiniendo el concepto de «up-skirt».

Oh, estaba enamorándose de mí. Estaba enamorándose taaaanto.

Capítulo 6

Tras cerrar la puerta y desnudarme, me puse a pensar en todas las señales de que Rylan ya estaba enamorado de mí. Había aceptado ir conmigo a Roomie Roundup. Había seguido mi plan. Y toda la noche me estuvo mirando como un león mira un trozo de carne.

Quiero decir, no es que lo pillara haciéndolo. Pero lo notaba. Notaba cómo sus ojos me manoseaban, como un león manosea su primera comida. Me mordían, y mis jugos se le desbordaban en la boca. Sorbiéndome, yo me apretaba contra el fondo de la garganta de su mirada, haciéndole toser. Se apartaba y volvía a devorarme, y yo echaba la cabeza atrás, agarrándome a sus pestañas.

—Sí. Así— le dije. Pero a él le daba igual. Sus ojos sabían lo que querían, y mi cuerpo era suyo para tomarlo.

Agarrándome al respaldo de la silla, gemí. Todo el auditorio nos miraba. A su mirada le daba igual. Me tomaba. Me poseía. Y cuando ya no podía más, exploté, disparando garganta abajo.

Volví de golpe al presente y me encontré con la polla en la mano, pringada de zumo de ojos. Miré alrededor de mi habitación. ¿Había estado gimiendo de verdad? ¿Cómo de insonorizada estaba la puerta?

En voz de gemido, dije:

—Eh, Rylan, pregunta importante.

Rezando para que Rylan no contestara, esperé con el corazón latiéndome en el fondo de la garganta.

—A la una. A las dos— dije, suplicándole en secreto que siguiera en silencio.

—¿Qué pasa?— respondió, atándome desnudo a un poste y usando mis huevos como pelota de tetherball.

—Eh…— dije, volviendo a cruzar hacia la luz por segunda vez esta noche. —¿Tienes una tirita? Me he dado un golpe en el dedo del pie.

—¡Oh!— dijo, con un alivio insultantemente obvio.

A ver, yo no quería que supiera que acababa de darme placer pensando en sus ojos bajándome a mí. Pero si lo supiera, lo mínimo sería que a él le dieran ganas de pajearse con eso hasta quedar destrozado, en carne viva y arrepintiéndose de todas sus decisiones vitales.

—Creo que no. Pero puedo conseguirte una— dijo Rylan, dulce.

—No, da igual. Sufriré. Estaré bien.

—¿Seguro?

—No es mucha sangre. Seguro que se quita al limpiarlo— dije, buscando un calcetín.

—Si estás seguro…

Tumbado en la cama mirando el techo, no estaba seguro. O, más exactamente: lo estaba y, luego, con cada segundo que pasaba, lo estaba menos. ¿Rylan estaba enamorado de mí? Quiero decir, ¿por qué alguien no iba a estarlo? Pero ¿y si no?

Me habría encantado seguir con esa línea de pensamiento tan perturbadora, pero, por desgracia, no pude. El neón de Rylan empezó a zumbar y no paraba. Durante las dos horas siguientes, ese quejido agudo fue lo único que oí.

Intenté taparme los oídos con una almohada. No lo bloqueaba. Nada. Lo único que me salvó fue quedarme dormido… o sea, hasta que se coló en mis sueños.

—Hola, señor Hombre Malvavisco Stay Puft. ¿Te apetece dar un paseo en bici conmigo y con todos los personajes de anime sin camiseta jamás dibujados?

—Me encantaría, pero ¿qué es ese zumbido?

—Sí, esclavito Teagan, también lo oímos. Igual deberíamos ponernos camisetas.

—No podéis poneros camisetas. Os dibujaron sin ellas.

—Sacaremos camisetas a juego de nuestros pantalones. Y, ya que estamos, también nos cubriremos los pies.

—¡Nooo!— dije, despertándome bañado en sudor frío.

La luz entraba en la habitación y brillaba sobre mi pecho jadeante, que sufría trágicamente por falta de gente mirándolo. Era de mañana y estaba solo. Cuando propuse un año de celibato, esto era lo que quería. Ahora me daba cuenta de que despertarme sin mechones «perfectamente explicables» en el pelo era una estupidez. ¿Quién querría esto?

A este paso, casi mejor donaba mi polla a un zoológico de contacto. Al menos tendría algo de acción. Podría ir entre el pato que muerde y la oveja con TEPT por las excursiones de infantil.

Me di la vuelta y me enterré la cara en las manos. Se me estaba yendo la olla. Era por el zumbido. Necesitaba salir de aquí. Así que, arrastrándome fuera de la cama más temprano de lo que ningún ser humano lo había hecho jamás, me puse ropa que cubriera mi pecho depilado y suave, y me escapé al baño.

Solo allí se detuvo el zumbido. ¿Cómo había podido dormir Rylan con eso? ¿Formaba parte de su plan siniestro para volverme loco? ¿O solo

intentaba echarme?

Ya me había despertado a una hora que ningún humano sabía que existía hasta ahora mismo. ¿El paso dos era volverme hetero? Tenía que ser eso. Por eso el neón tenía una mujer. ¡Los heteros habían descubierto la terapia de conversión!

¡Eructar! ¡Calcetines con chanclas! ¡Tirarse pedos delante de los amigos! ¡Lo notaba! Estaba pasando. Me estaba convirtiendo en la peor pesadilla de cualquier mujer: un tío que no puede ocultar que tiene razón en todo.

—Buenos días— dijo Percival, capturando mi mirada masculina.

Qué agradecido debía de estar de que yo hubiese descubierto con valentía esta hora de la mañana, hasta ahora desconocida. Era como Colón. Dentro de cuatrocientos años me pondrían una estatua.

—Buenos días— respondí, bajando la cara al lavabo para echarme agua.

Al levantar la vista, vi el reflejo de Percival mirándome.

—Las clases, ¿no?— empezó Percival. —O sea, son muuucho diferentes que el instituto. Ya tenemos 20 páginas que se supone que hay que leer. ¿Te lo crees? Es una locura, ¿no?

¿De verdad me estaba hablando de lecturas obligatorias mientras mi compañero de habitación… no, el hombre al que una vez creí que podría amar, me estaba tomando medidas para unos Crocs?

—Sí, aquí lo hacen. Es toda esa cosa de la «discusión en clase». ¿Tu profe dijo algo de que la nota depende de participar?

—Creo que sí.

—Por eso lo hacen. Es normal. Te acostumbrarás.— A diferencia de las fantasías homoeróticas con Ryan Reynolds que, como hombre hetero, estaría obligado a tener.

—Ah, vale. Guay— dijo Percival antes de sonreírle a mi miseria y desaparecer en la ducha.

Tenía que recomponerme. No iba a dejar que esto acabara así. El zumbido no me iba a ganar. Si Rylan creía que lo haría, estaba equivocado. Iba a luchar contra estos impulsos antinaturales con todo lo que tenía.

Enderecé la espalda —y nada más— y me miré al espejo. Una cosa estaba clara: tenía que acordarme de desmaquillarme antes de dormir. Así que, volviendo a mi habitación como un soldado, entré, crucé hasta mi cuarto por encima del zumbido ensordecedor y me metí otra vez en la cama.

Era ridículamente temprano. Y no era como si pudiera manchar más la almohada de maquillaje. Pero, ahí tumbado, me di cuenta de otra cosa. Rylan

no había estado en su cama. ¿Había estado allí cuando yo fui al baño? No estaba seguro. Pero me levanté, entré en su cuarto, apagué la baliza gimiente de la hegemonía hetero y, al final, volví a dormirme. Sueño glorioso. Sueño que te arregla el alma.

Me desperté unas horas después, volví a levantarme y me preparé para el día. Con una falda negra un poco más discreta, me puse un top blanco y una chaqueta corta que creía que no volvería a tener ocasión de ponerme.

Ya era tarde para desayunar, así que metí mis cosas en la mochila y fui a clase. Me senté al lado de Jordan en el laboratorio de biología, me olvidé del zumbido y, por supuesto, se lo conté. Le dije lo muchísimo que él se habría quejado. Y que alguien podría considerar aquello un delito de odio.

Luego, durante física, le recordé a Jordan lo mucho que me estaba conteniendo al dejarlo pasar del todo. Y lo buena persona que estaba siendo al guardármelo y no montar un drama.

Después de otra noche tortuosa bajo el zumbido ensordecedor de la intolerancia, yo, por supuesto, lo llevé con dignidad silenciosa. Explicárselo a Jordan en el laboratorio de química me llevó un rato. Pero, al final, pudo ver lo noblemente que estaba afrontando la injusticia que me había caído encima. Y después de que ampliara lo poco que estaba hablando del tema durante nuestra clase de biología del tercer día, Jordan hizo una sugerencia muy considerada.

—¡¿Puedes dejar de dar la tabarra con eso?!— ofreció, constructivo.

—¿Cómo?

—Mira, lo pillo. Tiene un neón. No te gusta. Pero si no te gusta, pídele que lo quite.

—No puedo hacer eso. Es su espacio. Puede tener lo que quiera.

—Vale, perfecto. No tienes que decírselo. Pero si no vas a hacerlo, entonces acéptalo y pasa página.

—Ya lo he aceptado.

—Lo que estás haciendo no es pasar página— dijo mientras íbamos al correo. —Lo que estás haciendo es obsesionarte.

—No lo estoy haciendo.

—¿Qué fue lo último que me dijiste que no fuera sobre este supuesto zumbido que, según tú, se oye desde el espacio?

—Es muy agudo. Las longitudes de onda más cortas viajan más lejos — expliqué.

Al llegar a los buzones, dijo:

—Mira, Tea. Dile lo que piensas de su neón o déjalo estar. Tienes dos opciones.

—¿Por qué estás siendo tan malo?

—¿Por qué soy tan malo?— preguntó, elevando la voz, y luego se contuvo y se calmó. —Escucha. He hablado con Charlie sobre esto.

—¿Has hablado con Charlie?

—Sí. Y sabe perfectamente de qué neón hablas. Dijo que Rylan lo tenía también en su habitación. Pero, según él, el neón no zumba nada. Dijo que es completamente silencioso.

—Igual es un sonido que solo pueden oír los perros y los gays— sugerí.

Por alguna razón, a Jordan no le gustó. Porque, en cuanto lo dije, frunció los labios, me señaló y se largó. ¿Le habría venido la regla?

En fin. Dejé que Jordan se fuera. Al revisar mi buzón, encontré un resguardo de paquete. Confundido, lo miré y rebusqué en mi cabeza de quién podría ser. ¿Estaba esperando algo?

Lo entregué en el mostrador y me dieron una caja. ¿Había pedido algo? La abrí y encontré ovillos de lana y agujas de tejer. Apenas recordaba haberlo comprado.

—¿Comprando material?— preguntó Gabriel por encima de mi hombro.

—Ah, hola, Gabriel— dije, sobresaltado.

—Gay…

—…

—…

—…

—…

—Sí, yo…

—Bre-EL-A.

—Sí, estaba pidiendo unos colores nuevos— le dije.

—Nunca me diste tu usuario de Etsy. Me muero por verlo.

—Claro. Yo, eh… lo tengo en mis tarjetas, en la habitación. Es largo, así que es más fácil si te doy una la próxima vez que te vea.

—No hace falta, mándame un enlace.

Desplacé la cadera para tapar el bolsillo de las medias que llevaba bajo la falda y dije:

—Te lo mandaría, pero me he dejado el móvil en la habitación. Llevo toda la mañana perdido.

—Ah, vale. Entonces me paso por tu cuarto algún día.

—No hace falta. Casi nunca estoy. No me vas a pillar— dije, con una risita fabulosamente amable.

—Seguro que sí.

—Ni aunque lo intentaras— dije, ya metido en un concurso de sonrisas con el campeón mundial de la sonrisa falsa.

—Ya veremos. ¡Vamos a sacar adelante esta collab!— amenazó, regalándome el segundo dedo acusador del día.

—Sin duda— dije, agarrando mi caja y yendo hacia la puerta.

No hay nada peor que un perro gay con el rabo tieso. Da igual. Solo tenía que evitar a Gay-bre-EL-a el resto del semestre. Fácil.

No era como si ya estuviera en los círculos gays de la uni. Yo era persona non gaya. Por lo visto, si te acuestas con demasiados novios de otros, los gays empiezan a sentir cosas al respecto.

Agua pasada. Yo era una persona nueva. Tenía un posible novio nuevo, una actitud nueva y una saludable nueva ilusión por la vida. Volví a la habitación y, al encontrar el neón encendido y a Rylan fuera, lo dejé así.

Iba a ser mejor persona con esto. Aunque representara una humillación para mi gente y para el mundo en general, iba a seguir la sugerencia de Jordan y dejarlo estar.

Me senté en la cama, ensordecido por el zumbido, y cerré la puerta de mi cuarto. Como nada cambió, busqué una distracción. ¿Y si intentaba tejer de verdad en vez de solo decirle a Gabriel que lo hacía? ¿Tan difícil podía ser?

Saqué el móvil y busqué un vídeo de cómo tejer. Salieron varios. El que abrí se llamaba «Guía fácil para principiantes: tejer».

Le di al play, y una mujer que parecía tener muchísimo tiempo para tejer se puso a explicar todas las razones por las que alguien querría tejer. Yo empecé confundido porque… ¿por qué no había mencionado el despecho?

Después explicó cómo «montar los puntos». Extiende un extremo de la lana alrededor del pulgar, luego enrolla el otro extremo alrededor del pulgar y la aguja. Pasando al paso dos antes de que una persona razonable pudiera entender el paso uno, explicó cómo tejer.

Metes la aguja por la lana, haces una «X», pasas la lana alrededor de la aguja, vuelves a sacar la aguja, quitas la lana de la primera aguja y…

¡Brujería! ¡Tejer era brujería! Y antes se congelará el infierno que yo invite la depravación en mi casa, declaré, antes de apagar el móvil, cerrar la puerta con llave y ponerme a revisar el cajón de calcetines de Rylan.

Capítulo 7

Negándome a dejar que el zumbido se apoderara de mi vida, me comprometí a seguir con mi día. En vez de obsesionarme con cuántos pares de calcetines blancos de tubo se ventilaba Rylan en una semana, fui a clase, comí mis comidas y volví a casa.

¿Era raro lo poco que veía a Rylan? Sí. Cada mañana ya se había ido antes de que yo me despertara, y la mayoría de las noches no lo oía volver hasta después de que yo me hubiera acostado.

¿Dónde estaba todo el día? Sabía que tenía entrenamiento de fútbol por la mañana y que llevaba una carga de seis asignaturas como el resto de nosotros. Pero eso no explicaba de las cuatro de la tarde a medianoche.

¿Estaba saliendo en secreto con una mujer? Porque no me temblaba el pulso para rajar a una tía. Rylan era mi hombre. La persona perfectamente razonable, desaliñada, que puede que tuviera o no ramitas en su barba enorme, me lo había dicho.

Dejando a un lado cualquier duda que pudiera haber despertado la vibra de sintecho del tipo del mercado de agricultores, me puse a planear mi siguiente jugada con Rylan. La inspiración me llegó donde llegan todas las grandes ideas: en el váter.

En el cubículo de mi ratito a solas de «estoy en medio del día, así que no debería haber nadie más aquí», vi el anuncio de nuestra próxima cita potencial. En el espíritu de que los compañeros de habitación se conozcan, el comité social de la universidad organizaba un día deportivo con vóley y disc golf.

Después de haberlo hecho sentirse mal tras el Roomie Roundup, quería darle la oportunidad de recuperarse. Era un jugador atlético de fútbol. Un evento deportivo lo dejaría brillar.

El único problema era que era el sábado y hacía un tiempo que no lo veía. Iba a ser difícil conseguir que me invitara espontáneamente a algo si nunca nos veíamos. Iba a tener que abordar eso sin hacer algo verdaderamente psicótico como levantarme un poco antes. Pero ¿cómo?

Al volver a mi habitación y quedarme por allí y por la sala común el resto del día con la excusa de hacer deberes, me decepcionó descubrir que no volvió a la habitación en toda la tarde como yo esperaba.

Sin embargo, esa noche, al meterme en la cama, noté algo raro. Había un olor extraño en mi almohada. Me di la vuelta y enterré la nariz en ella para confirmarlo. ¿De repente estaba emitiendo un aroma inusual?

No olía mal, ni mucho menos. Solo era… distinto. No lo noté cuando olí mis sábanas, ni cuando me froté la nuca y olí mi mano. Por lo que pude ver, no era yo. Entonces, ¿quién?

Solo tardé un segundo en atar cabos. Puede que hubiera revisado una o dos de sus cajas cuando se mudó. Y puede que hubiera revisado su armario, su bolsa del baño y el cajón de los calcetines, pero empezaba a creer que Rylan podría haberse tumbado en mi cama.

¿Era Rylan un pervertido? ¿Cómo me había perdido eso de él? Desde luego, nada en su cajón de calzoncillos lo había indicado. Pero era la única otra persona con acceso a mi habitación. No podía ser nadie más. Y si se estaba tumbando en mi cama, ¿qué podía significar eso si no que estaba enamorado de mí?

El tipo del mercado de agricultores, el que puede que tuviera o no algunos dientes de menos, tenía razón. Rylan estaba enamorado de mí, y estábamos destinados a estar juntos. ¡Lo sabía, lo sabía, LO SABÍA!

¿Era demasiado pronto para planear nuestra boda? Porque definitivamente la íbamos a hacer en junio, y los sitios se llenan bastante rápido.

No me lo podía creer. Rylan de verdad estaba enamorado de mí. Quiero decir, claro que iba a estarlo. Pero ya lo estaba. Íbamos a tener los bebés más monos. Y yo me moría de ganas de hacerme mi sesión de fotos de embarazo, en plan Demi Moore.

Imaginándome la sesión y los esquemas de iluminación el resto de la noche, dormí poco. No ayudó que oyera a Rylan entrar después de la una de la madrugada. En serio, ¿dónde había estado? No podía esperar quedarse fuera hasta tan tarde después de que naciera Rylan Jr. Yo no iba a ser madre soltera.

A la mañana siguiente me desperté y salí disparado de la cama para decirle buenos días a mi amor, y me encontré con que se había ido otra vez. No, en serio, ¿pero qué cojones? Estaba seguro de haberlo oído llegar. Y su cama deshecha ahora estaba deshecha… de otra manera.

Había estado en casa. No hacía falta contar los bóxers en su cesto de la ropa sucia para confirmarlo. Había dormido en esta habitación.

Bueno, da igual. El día deportivo no era hasta mañana y estaba seguro de pillarlo en casa esta noche o el sábado por la mañana. A menos que tuviera partido, llevaba durmiendo hasta tarde los sábados por la mañana. Así que entonces sería cuando le regalaría la oportunidad de llevarme al día deportivo.

Me enseñaría a lanzar un Frisbee; su cuerpo duro se apretaría contra el mío. Incapaz de ocultar su atracción sexual mientras me acercaba a él tirando

de mi cuerpo, soltaría: te quiero. Sorprendido, yo me apartaría, diciéndole que me halaga pero que va demasiado rápido.

—Así de mucho te quiero —insistiría.

—Pero tú eres hetero.

—Si soy hetero, tú serías la única chica para mí —insistiría, antes de deslizar su mano fuerte detrás de mi nuca, alzarme la barbilla y besarme. Con su lengua ancha y gruesa llenándome la boca, yo forcejearía. Pero, firme y poderoso, me poseería, demostrando quién manda.

Abrí los ojos con la polla en la mano, me limpié el jugo de Frisbee del pecho, devolví los calzoncillos de Rylan al cesto y me fui a la ducha. Tenía un día por delante. Después de mi primera clase, volví a la habitación esperando verlo. Cuando no lo vi, me fui a comer.

Hoy era uno de esos días en los que comía solo. La mayoría de días encontraba a alguien, normalmente Jordan. Pero él tenía clase de Inglés a mediodía los viernes y yo tenía Geología cuando él estaba libre. Esos días simplemente comía y me largaba.

Comiéndome la triste comida que ofrecían en una mesa para dos, no pude evitar sentir que todo el mundo me estaba mirando. Oh, mira al tío sin amigos que tiene que comer solo. No es que me importara ni nada. Solo digo que lo notaba.

Como un beso baboso en la nuca, lo notaba. Imagina que alguien te lame el lóbulo de la oreja con la boca llena de saliva y que un hilillo se te escurre dentro del cuello. Eso. Eso era exactamente lo que se sentía. Y eso es lo que se siente ahora.

Era casi como si pudiera sentir sus miradas. Miradas incómodas. Miradas punzantes, raras… pensé, incapaz al final de resistirme a darme la vuelta.

¡Rylan! Me estaba mirando. Estaba en una mesa al otro lado de la cafetería y tenía los ojos clavados en mí. Sin saber qué estaba pasando, lo miré de vuelta. En cuanto lo hice, giró la cabeza con torpeza.

Podía ver sus pensamientos. Se encogió por lo que había hecho, avergonzado. Pero, reuniendo valor, se tomó un segundo y volvió a mirarme, ofreciéndome una sonrisa. Yo le devolví la sonrisa como si no estuviera actuando como un número de circo. Con los ojos saltándole, incapaz de sostener el contacto visual, me di la vuelta despacio.

¿Qué cojones fue eso?

Lo procesé y entonces sentí algo que no había sentido en un tiempo. Al respirar, noté cómo se me apretaba el pecho. Durante un momento, me costó más respirar.

¿Era la salsa sureña espesa de mi chicken fried steak atascándome las arterias? Eso parecía. Pero fuese lo que fuese, venía con la sensación de hormigas bajándome por el antebrazo por debajo de la piel.

¡Huh! Qué raro. Pero raro también era que Rylan me estuviera mirando. Así que, gemelitos.

Decidiendo que mi comida ya me había acortado la vida lo suficiente, raspé lo que quedaba en la basura y devolví la bandeja a la cocina. Me fui sin mirar atrás hacia Rylan y, por algún motivo, me dirigí al edificio de Geología y esperé a que empezara la clase.

No sé por qué estaba tan distraído en clase. Podía seguir el hilo, tomar apuntes. Ígneas, estalagmitas, erosión, lo que sea. Pero no podía ignorar que había algo en lo que no estaba pensando.

Había pillado a Rylan mirándome cuando yo no lo miraba. ¿No era eso algo bueno? Debería haberlo sido, y aun así cada vez que lo pensaba, la banda invisible alrededor de mi pecho se apretaba, haciendo que «tener razón» fuese un poco difícil de disfrutar.

¿De verdad era su olor el de mi almohada? Si soy sincero, no estaba seguro. Pero ¿y si sí? Súmale eso a su mirada loca e incómoda y ¿qué te da?

Por alguna razón, decidí no volver a mi habitación después de Geología, y en su lugar ponerme al día con trabajo en la biblioteca. Algún sádico había asignado cuarenta páginas para una semana, y las ojeras resultantes —si lo dejaba para el último momento— le robarían al mundo más belleza de la que se puede permitir.

Me ventilé la mayor parte y luego pasé a otros trabajos que pronto vencían. Al final salí de la biblioteca a tiempo de pillar el final de la cena. Como hacía tiempo que no comía en DK's, fui allí en lugar de la cafetería. Y cuando cerraron, echándome, volví a la habitación ignorando por completo la banda invisible que hacía que mi pecho de sujetador de entrenamiento se sintiera como una copa D.

Respirando hondo mientras subía las escaleras al segundo piso, me acordé de lo mal en forma que estaba. Estaba casi mareado cuando llegué arriba. Me senté en la sala común para recuperar el aliento antes de ir a mi habitación, y di una vuelta por la planta por si alguien tenía la puerta abierta, la señal universal de: «necesito hablar de sentimientos homosexuales que no sabía que tenía hasta que tú los señalaste».

Qué puedo decir. Yo soy de dar.

Con todas las puertas de las habitaciones del pasillo imposiblemente cerradas en un viernes por la noche, volví a mi habitación. Agarré el pomo y,

tras una respiración profunda y forzada, abrí. No estaba seguro de qué, o a quién, esperaba encontrar, pero la habitación de Rylan estaba vacía.

Me inundó el alivio. Entré a toda prisa en mi habitación como si nada y cerré la puerta detrás de mí. Intenté no olerlo, pero podía. Definitivamente ese no era mi olor. En realidad, podía haber sido el de cualquiera.

¿Cuándo fue la última vez que la lavé? Hubo un tío al que invité el semestre pasado que, ahora que lo pienso, podría haber olido exactamente así. ¿La había lavado desde entonces? A ver… habían pasado unos seis meses, así que…

Joder, sí.

Intenté con todas mis fuerzas no pensarlo, pero el olor me agarró la nariz como un perro de dibujos animados. Me levantó de la cama y me llevó hasta la habitación de Rylan. Me encontré olfateándolo todo como un beagle hasta las cejas. ¿Olía a su jabón, a su crema facial, a su cepillo? No.

¿Y su franela gruesa, su franela de vestir, su franela de diario? No.

¿Y sus sábanas? ¿Su almohada? ¡Su almohada! pensé, al captar un olor familiar.

Era tenue, pero ¿era el mismo? Aspiré muy hondo, enterrando la cara en ella. ¿Sí? ¿No? No lo sabía. Pero podría ser.

Lo intenté una y otra vez. A diferencia de todo lo demás, no podía descartarlo. Una parte de mí quería decir que sí. Pero si lo era, ¿qué significaba?

Tenía que estar seguro. No quería equivocarme con esto. Si eran el mismo olor, significaba que se había tumbado en mi cama, y la mirada que me había lanzado en la cafetería había significado…

Inhalando la almohada hasta marearme, me incliné hacia delante y dejé que el hombro descansara sobre la cama de Rylan. Estaba seguro de que, por mucho que se pareciera, quizá no fuera el mismo olor. Sabía que si simplemente lo inhalaba lo suficiente, la respuesta me llegaría.

No llegó, por muchas veces que lo intenté. O quizá sí y yo no quería aceptarlo. Pero sabía que si lo olía una vez más, obtendría mi respuesta. Y después, con la cabeza ligera, me quedé dormido sobre la almohada de Rylan en otro mundo, y todo se volvió claro.

No me había estado permitiendo verlo, pero lo tenía delante. El olor en mi almohada, la mirada que me dio, incluso su decisión de mudarse, todo estaba conectado. Cantaban en una sola nota, como un coro de chicos gais.

Era inconfundible. Todo decía que él…

—Tea?

No «Tea». Él…

—Tea, ¿por qué estás durmiendo en mi cama?

Se me abrieron los ojos como piernas… en un coro de chicos gais. ¿Me había quedado dormido? No había querido. No había manera de que lo hubiera querido.

—Quería —le dije a Rylan, habiendo perdido el control de mi boca.

—¿Por qué? —preguntó, confuso.

—Porque… eh… no iba a dejar que siguieras esquivándome.

—¿No te he estado esquivando?

—¿Ah, no? ¿No me has estado evitando para no tener que compensar lo que dijiste en el Roomie Roundup?

—Oh —dijo, poniéndose a la defensiva al instante.

—Así que lo admites. No intentes negarlo —dije, cortándolo, con mucha curiosidad por ver a dónde iba con esto.

—No intentaba negarlo. Sí, te debo una. Es que he estado muy liado.

—Pues no estás perdonado —dije, poniéndome de pie—. Pero quizá puedas compensármelo si me haces un favor.

—Dime. ¿Qué necesitas?

Ya totalmente despierto, sabía por dónde iba mi mente. Tragué saliva, consciente de lo que estaba a punto de decir.

—Resulta que no tengo a nadie con quien ir mañana a lo del disc golf y el vóley.

Me miró, intrigado.

—Ah, sí. Vi algo de eso.

—Claro —dije, mientras la habitación de pronto se sentía injustificadamente caliente—. Así que, si me llevas, quizá encuentre en mi corazón la forma de perdonarte.

Rylan me miró como si lo hubieran obligado a hacer matemáticas.

—Sí. Claro. Seguro —acabó diciendo, poco convincente.

—Si no te apetece… —empecé, escondiendo perfectamente el dolor que sentí.

—No, de verdad. Me encantaría llevarte. En serio —remató con una sonrisa—. ¿Jugaríamos al vóley o al disc golf?

Queriendo que el amor de mi vida luciera toda su hombría de hombre-hombre, dije:

—Vóley.

—Guay. Sí, eso estaría divertido. —Seguía en su cama—. Entonces… ¿era eso lo único que querías decirme? ¿O…?

Como «tómame ahora» estaba fuera de la mesa, dije:

—Eso es todo,

salí de su cama y me fui a mi habitación. Antes de cerrar la puerta, añadí:

—Y espero que estés aquí cuando me despierte por la mañana.

No contestó, lo que me hizo preguntarme si lo estaría.

Al cerrar la puerta detrás de mí, no sabía qué sentir. Me había pillado durmiendo en su cama. Una cosa era probarme su ropa interior cuando no estaba, ya sabes, solo para ver cuánto más grande era que yo. Pero otra era que Rylan entrara y me encontrara dormido, abrazando su almohada como si me emborrachara con el olor de su pelo.

No podía pensarlo. Si lo hacía, tendría que preguntarme cuánto tardaría en darse cuenta de que soy demasiado y desaparecer, diciendo algo como: «Estás actuando como un psicópata». O: «No puedes cosecharme los riñones para financiarte un implante de culo».

Así que, en su lugar, me distraje con… eh… Miré alrededor de mi espacio diminuto. Al ver la lana en mi mesilla, me dio de golpe. ¡Me voy a distraer tejiendo!

Agarré la lana, las agujas y el móvil, me senté en la cama con las piernas cruzadas y me preparé para una larga noche de tejido. Encontré un vídeo que describía las artes del tejer y le di a play.

«Quieres coger el extremo suelto de la lana. Luego sacas la suficiente lana para hacer un lazo. Después metes los dedos en el lazo, agarras el lado de la lana que va a la madeja y creas un nudo corredizo.»

—¡Demonios! ¡Te rechazo, Satán! —declaré, lanzando la lana a un lado, abriendo TikTok y cayendo en un scroll infernal muy productivo de «señales de que tu compañero de habitación está enamorado de ti», que duró el resto de la noche.

A la mañana siguiente me desperté sobresaltado con el pensamiento de que Rylan ya se había ido. Salí disparado de la cama y abrí de golpe la puerta entre las dos habitaciones. Seguía dormido. Era difícil verlo porque fuera todavía estaba oscuro. Apenas distinguía la baba reseca en su cara.

—Ay, qué mono —ronroneé, antes de sentir el impulso abrumador de chuparme el pulgar y limpiarlo frotándolo.

Resistí el impulso porque no era un psicópata y, en su lugar, me senté en el umbral y lo miré dormir. No fue mucho rato, solo hasta que salió el sol. Después me levanté, cogí mi cesta del baño y me preparé.

Volví y mi ángel seguía dormido. Regresé a mi habitación, me vestí y me arreglé. Hoy era día deportivo, así que me puse una falda de tenis que había comprado por capricho, unas medias, un top de punto sin mangas y unas zapatillas de entrenamiento.

Mi maquillaje sería un look limpio. No podía ir con la cara lavada porque necesitaba que mis ojos destacaran. Y una vez hice mi delineado sutil tipo ojo de gato, igualé el tono, marqué los pómulos y me quité unos kilos de la cara. Casi no era nada.

—¡Buenos días! —dije cuando entré otra vez y lo encontré aún dormido.

—Buenos días —gruñó, dándose la vuelta.

—Iba a coger desayuno. ¿Quieres venir?

Rylan me miró un momento, luego miró la hora en su móvil.

—¿Me das unos minutos? —preguntó, cerrando los ojos y acurrucándose.

—Sí, claro. No me había dado cuenta de que seguías dormido.

—Estoy despierto —confirmó—. Es que no… —dijo, quedándose frito.

—¿No qué? —pregunté, despertándolo.

—¿Qué? Ya estoy. Ya estoy.

—Vale. Yo estaré aquí. Cuando estés listo.

Abrió los ojos y me encontró de pie en el umbral entre las habitaciones. Intentó darse la vuelta y volver a dormir, pero por algún motivo no pudo. Y entonces, mientras yo seguía mirándolo, se incorporó, estuvo a punto de levantarse, luego echó un vistazo rápido entre las piernas y lo reconsideró.

—¿Vas a quedarte mirándome? —preguntó.

Por mucho que estuviera deseando el espectáculo, me retiré a mi habitación sin decir nada. Sentado en mi cama, pensé en lo que estaba pasando en la parte de la habitación que no veía. Justo cuando se estaba volviendo demasiado difícil de ignorar, asomó la cabeza.

—¿Listo?

—Eh… ¿no vas a lavarte los dientes? —dije, pensando de inmediato en bolsos Gucci arañados y otras tragedias.

—Pensaba que querías ir.

—¿Qué te ha dado esa idea?

—Tú solo…

Lo miré con inocencia.

—Da igual. Dame unos minutos —dijo, cogiendo sus cosas y yéndose al baño.

Cuando el pensamiento del saludo matutino de Rylan por fin se fue de mi mente y pude volver a estar de pie, me levanté y me instalé en su habitación. Me senté en su escritorio con las piernas cruzadas y el pecho fuera,

y tamborileé con el pie, esperando pacientemente la eternidad que tardó en volver.

—Vale, vamos —dije en cuanto regresó.

Rylan y yo cruzamos la sala común y el campus hacia Commons. Sintiendo un cosquilleo por tenerlo a mi lado, cogí una bandeja y escaneé el comedor.

—No sé qué debería comer. Todo se me va directo a las caderas —dije, asegurándome de que estuviera pensando en mi culo.

—¿Qué sueles comer?

—Algo ligero —proclamé, ignorando aquella vez que mi torre inclinada de gofres fue declarada zona de peligro.

—Pues yo voy a meterme un buen desayuno.

Y vaya si lo hizo. Mi jugador de fútbol se metió dos platos y luego añadió un bol de cereales.

—Necesito calorías —declaró, empujando su cargamento de comida hacia las mesas.

Preguntándome si habría sido más fácil plantarme con una silla en la ventanilla del servicio, lo acompañé, cogiendo requesón y fruta.

—¿Eso es todo lo que vas a comer?

—Yo no como mucho —le dije, me metí una cucharada y me declaré lleno.

—Tú mismo —dijo, devorando todo lo que yo deseaba estar comiendo.

—¿Eso es todo lo que comes? —dijo otra voz familiar al sentarse con nosotros—. Normalmente comes bastante más.

Levanté la vista y al ver a Percival, se me hundió el corazón.

—Tú vives en nuestra planta, ¿no? —preguntó Rylan, siendo desesperantemente simpático.

—Sí —respondió Percival con una sonrisa.

—Percival, este es nuestro experto residente en teorías conspiranoicas —dije, dejando claro a Rylan que todo lo que dijera Percival podía ignorarse.

—¿Ah, sí? —Rylan se animó—. Me encantan las conspiraciones. ¿Cuál es una buena que tenga que saber?

—Percival, cuéntale lo de los iluminati del punto. Cree que los comités sociales de la uni los manejan unos iluminati del tejido que van a por él. Y que lo culparon de vomitar en el baño —dije, burlón.

—O sea… quizá —dijo Percival, encogiéndose ante mis ojos.

—Es muy de sectas. Cuéntale lo de las sectas —insistí.

Rylan lo miró en blanco.

—Estoy pensando en diseñar una carrera sobre investigar sectas. No quiero unirme a una ni nada.

—¿Pero lo harías? Quiero decir, ¿no tienes un poquito de curiosidad?

—Yo… —empezó, con la mirada rebotando entre la mía y la de Rylan —. Me tengo que ir —dijo, agarró su bandeja y salió pitando.

Cuando ya no se lo veía ni se lo oía, Rylan se giró hacia mí, molesto.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué?

—Eso. La forma en que has tratado a… eh… como se llame.

—¿A Percival? Venga, se llama Percival. Estoy bastante seguro de que está acostumbrado.

—Eso ha sido muy cruel, Tea. ¡Nada guay!

—Pero si no me estaba inventando nada. Cree que hay unos iluminati del punto que van a por él. El tío está como una cabra —expliqué.

Se detuvo, sopesándolo.

—Aun así, no tenías que hablarle así.

—Vale. Lo que tú digas —dije, sintiéndome culpable, aunque estaba seguro de que era por algo totalmente distinto.

Aguantando el silencio que siguió, me pregunté si la había cagado con Rylan. ¿Era esto el final de lo nuestro? ¿Percival había arruinado lo que iba a ser un gran día y una gran vida juntos?

Estaba a punto de poner la banda sonora de Los Miserables y explicarle a Rylan mi infancia horrible cuando por fin habló.

—Entonces, ¿qué quieres hacer hasta que empiece el evento?

El alivio me inundó y me permitió volver a respirar. Seguro que no tenía nada que ver con el abismo aniquilador del alma del silencio al que me había sometido sin piedad, pero aun así, era bueno oír su voz otra vez.

—Podría enseñarte mis clases.

—Eso estaría guay.

Con Rylan insistiendo en que le enseñara mi alma académica, dejamos los platos y cruzamos el campus. Lo metí en el edificio de ciencias y le enseñé los laboratorios de química y biología.

—Debes de ser muy de ciencias.

—Supongo. Pero tampoco es que sea mi vida ni nada.

—¿Eres de ciencias?

—Puede. Todavía no he decidido.

—Está guay que te gusten las ciencias. A mí nunca se me dieron bien.

—Tú eras de los que acosaban a los empollones de ciencias, ¿no?

—Nah. Yo los admiraba. Era algo que siempre quise hacer. Pero no era tan listo.

—¿Qué dices? Dijiste que tu entrenador te cambió de posición para aprovechar tu cerebro gigante.

—Soy listo para el fútbol —dijo con una sonrisa sarcástica.

—Eso es ser listo —insistí.

—Sí, pero nadie va a pagarme por inventar la cura del fútbol ni nada.

—Bueno, a mí tampoco me van a pagar por inventar la cura de la ciencia.

Nos miramos hasta que los dos nos reímos.

—Solo digo que tienes que ser listo para ser de ciencias, y yo admiro eso. Mola que hagas asignaturas de ciencias. Deberías estar orgulloso.

No supe qué decir. Me habían acosado por muchas cosas al crecer. No es que yo pudiera ser un deportista masculino aunque quisiera. Y después de unirme a las olimpiadas de mates, aprendí que no todo el mundo apreciaba que el instituto nos diera el mismo tiempo que a «los equipos de deportes de verdad» en las asambleas.

Créeme, yo habría sido un gay de teatro si hubiera podido. Pero al parecer tenías que saber bailar para eso. Yo bailaba fatal. Así que, en vez de eso, me acosaban los deportistas por no hacer un deporte real y el club de robótica por apropiación cultural.

—¿Quieres que veamos el estadio después? —preguntó Rylan con una sonrisa vulnerable.

—¿Te refieres al que está al otro lado del campus?

—Quiero decir, sí. Pero no hace falta cruzar la Tierra para verlo.

Inhalé, preguntándome cómo explicarle que mis piernas eran solo de exposición.

—No hace falta si no quieres.

—Es que está lejísimos. Y el evento empieza en media hora. Para cuando vayamos andando, me lo enseñes y volvamos, no llegamos.

—Vale —dijo, decepcionado.

—Si te sirve de consuelo, ya he visto el estadio. Fui a un par de partidos el año pasado.

—¿Entonces me has visto jugar? —preguntó con una sonrisa.

—Si estabas en el campo durante el partido, entonces sí, te vi jugar. Eras el de la camiseta roja y el casco blanco, ¿no?

—Ese era yo —dijo, sin mucho entusiasmo.

—¿Ves? He estado allí —dije, animándolo.

—Ya.

—¿Quieres ir al quad sur? Me puedes dar unos consejos antes de empezar.

—¿Has jugado alguna vez al vóley?

Me lo pensé un segundo.

—No.

—Ah. Pues te enseño lo básico. Es fácil —dijo, feliz.

Me gustó eso. El futuro amor de mi vida iba a moldear mi cuerpo como arena sudada. Era todo lo que había esperado.

Mientras íbamos, mi corazón latía como una tarjeta de crédito en un concierto de Taylor Swift. Esto iba a ser el verdadero inicio de lo nuestro. Y cuando nos fuéramos, me iba a declarar su amor y viviríamos como Taylor Swift con el tipo con el que esté saliendo ahora mismo, felices para siempre.

Cuando llegamos a la pista de vóley de playa de arena, éramos el primer equipo. Los organizadores nos saludaron y nos dieron el resumen. Jugaríamos en equipos de dos hasta que llegara más gente. Cuando llegaran, los equipos se ampliarían, hasta que al final la gente iría rotando.

—¿Podemos coger uno de esos? —preguntó Rylan, señalando un balón.

—Claro —dijo el anfitrión de pelo rizado del Roomie Roundup, y le lanzó uno.

—Vale, el vóley es bastante simple. Hay dos golpes básicos: el toque de antebrazos y el toque de dedos.

Tras demostrar ambos, me dio el balón para que lo intentara.

—¡Eso es! —me animó.

Seguí, mejorando un poquito cada vez. Para cuando llegó el primer equipo, ya mantenía la pelota en juego pasándosela de antebrazos.

—¿Crees que estás listo para un partido? —preguntó, apoyándome.

—Creo que sí.

—Tú puedes. Y no te preocupes por equivocarte. Solo hemos venido a pasarlo bien.

Y nos lo pasamos bien. Rylan era el deportista, corriendo y lanzándose a por las pelotas. Yo era la novia adorable, luciendo piernas al saltar. No jugué bien, pero para eso estaba Rylan. Iba a salir de este evento con un novio y nada iba a detenerme.

Tras una hora, estaba funcionando. Entre partidos, se sentaba cerca, me preguntaba cómo estaba y me traía agua. Estaba siendo un novio estupendo. Y si esto era lo que me esperaba el resto de nuestras vidas juntos, yo quería que el resto de nuestras vidas empezara esta noche.

Solo por estar con él, era el más feliz que había sido en mi vida. Nada podía arruinar este momento. Nada.

—Oh, Dios mío, Teagan —dijo una voz familiar, agrediéndome los oídos.

—¡Gabriel!

—No, no. Gay…

No iba a hacerlo. No iba a jugar otra vez a su estúpido jueguito del nombre. Así que nos quedamos mirándonos.

No había manera de que le diera la satisfacción de cortarme. Yo no iba a hablar primero. Y ¿sabes qué? Necesitaba saberlo. Necesitaba que supiera que yo no iba a hablar primero. Lo NECESITABA… Así que se lo dije.

—Tú no vas a…

—Bre-EL-A.

Lo miré con la esperanza de que mis superpoderes por fin se activaran y derritieran su pelo embadurnado en gel como una de sus velas. No pasó.

—Bonito pelo —respondí en su lugar, con una ferocidad tan salvaje que quizá no se recuperara.

—Gracias. Tú también. Veo que has venido a esto también. Mi novio es el pívot titular del equipo de baloncesto de la universidad, así que esto era una cita obvia de sábado para nosotros. ¿Con quién vienes? —preguntó, mirando a Rylan.

Yo no quería presentarle a Rylan. De todas las cosas que menos quería, presentarlos a los dos era mi flequillo con mechas.

—Rylan, este es Gabriel —cedí.

—No, no. Gay…

—Bre-EL-A. Sí, ya lo pilla.

—Encantado —dijo Rylan, dándole la mano con auténtico encanto sureño.

—Y este es mi novio, Brad.

La respuesta de Rylan fue educada pero muy de bro.

—Nos hemos visto. ¿Qué tal?

—Bien. Bien —respondió Brad.

Nos miramos de una forma que no fue nada incómoda. Porque ¿por qué iba a serlo?

—En fin, Brad y yo vamos a calentar y meternos en un equipo. Supongo que nos veremos por ahí. Y no os preocupéis, solo hemos venido a pasarlo bien —dijo, tomando el brazo de Brad y pegándose a él.

—¿Por qué íbamos a preocuparnos? —pregunté, notando cómo mi latte empezaba a hervir.

—Ya sabes, porque Brad es el pívot titular del equipo de baloncesto —dijo Gabriel como si tal cosa.

—Claro. Porque no tendríamos ninguna posibilidad.

—No seas bobo. Claro que tenéis posibilidades. «Toda llama empieza con una chispa» —citó, antes de girar su culo más gay y largarse.

No iba a dejar que me afectara. Estaba a nada de conseguir todo lo que quería con Rylan. Estábamos teniendo una cita perfecta. Solo tenía que no morder el anzuelo de Gay-bre-EL-a y…

—Vamos a ganarles —le dije a Rylan, mientras fulminaba con la mirada al engendro gay del diablo.

—¿Perdón?

—Vamos a machacarlos hasta que estén llorando en los brazos de «sexo vainilla» el uno del otro.

—Estoy a tope si eso es lo que quieres. Pero conozco a Brad. Es… como, buenísimo en todo. Y, la verdad, nosotros no somos muy buenos.

—Habla por ti —dije, esperando a que Gabriel y Brad eligieran un equipo y arrastrando a Rylan al otro.

—Seis contra seis. Como un partido de verdad —comentó Gabriel—. Yo jugué en el equipo del instituto.

—¿Esto es lo normal? No lo sabía —respondí, antes de ordenar a todos en un 4-2 con cuatro atacantes y dos colocadores.

Me coloqué en la zaga derecha con Rylan delante, en el centro, para defender los remates de Brad. Coloqué al resto según habilidad y atletismo. Pedí el balón para sacar primero, di unos pasos atrás para coger carrerilla y lancé el balón al aire para un saque en salto con topspin. El balón cruzó la red y cayó exactamente entre Gabriel y Brad.

—Uno-cero —anuncié, pidiendo el balón de vuelta. El partido había empezado.

Hice tres aces antes de que el equipo de Gabriel se ajustara, poniendo a Brad como colocador para una devolución que cayó en el centro-izquierda de la pista.

—¡Joder! —grité, sabiendo lo que tenía que hacer después.

Con Gabriel sacando, grité:

—¡Mía!

Crucé la pista corriendo y me tiré antes de que tocara el suelo. Cuando Rylan colocó mi salvada, salté y corrí a por ella, llegando por los pelos antes de que mi «compañero» casi me hiciera un placaje. Pero la mía fue una devolución perfecta y suficiente para que volviéramos a sacar.

—¡Vamos! —animé al hetero de mi equipo que había fallado una fácil —. ¡Esa tienes que hacerla! —expliqué cuando un compañero mandó la pelota por el lado equivocado de la línea. En resumen, yo era el líder perfecto, inspirando a nuestro equipo hasta un 20-20, conmigo pidiendo el balón para sacar a victoria.

—¡Falta de pie! —gritó Gabriel desde el otro lado cuando mi saque le pasó zumbando.

—¿Qué, estás ciego? No puede ser falta de pie.

—¿Árbitro? —preguntó Gabriel al organizador de pelo rizado que estaba junto al saque.

—Sí, ha sido falta de pie.

—¿Vas colocado? —pregunté con toda la calma del mundo—. ¿O es que eres ciego? —ofrecí—. ¡No hay forma de que mi pie haya pisado esa línea! ¡Mira la huella! ¡Ahí! ¡Mira la huella! —señalé.

—¡Tea! ¡Era falta de pie! —gritó Rylan.

—No hay forma de que mi dedo del pie tocara la línea.

—Te estás dejando en ridículo —dijo, en un susurro lo bastante alto para que lo oyera todo el mundo.

Traidor. Eso era. Ni siquiera quería ganar. Así que le di lo que quería. Cuando el saque de Gabriel vino directo a mí, bajé las manos y lo dejé pasar. Y cuando hizo lo mismo otra vez, me fui de la pista, dándole a Rylan lo que me estaba pidiendo.

—¡Bieeeen! —vitoreó Gabriel, chocando los cinco con sus compañeros.

Yo estaba tan insensible que, si había algo en lo que todos aquí estarían de acuerdo, era en que era un juego estúpido que me daba igual.

—Buen partido, Tea —dijo Gabriel acercándose todo sonrisas—. Tendremos que repetirlo. Y no creas que me he olvidado de lo de tu usuario de Etsy. A lo mejor me paso por tu casa y veo algo de tu trabajo. Hasta luego.

Me importó tan poco ver marcharse a Gabriel que sentí que me iba a explotar la cabeza de desinterés. Cuando Rylan se me acercó, asumí que íbamos a expresar lo poco que nos importaba juntos.

—¿Quién eras tú ahí fuera? —me exigió.

Me desconcertó.

—¿Qué quieres decir?

—Pensaba que no sabías jugar.

Me quedé helado.

—Me dejaste humillarme pensando que te estaba enseñando. ¿Por qué me harías eso?

—Pero sí me enseñaste. Es que eres así de buen profesor.

—¿Por qué me estás mintiendo? Y cómo te comportaste ahí… Esto se suponía que era divertido.

—Ha sido divertido.

—¿Para quién? Desde luego, para ninguno de tus compañeros. Desde luego, no para mí. Me has hecho quedar como un idiota.

—Yo… no quería.

Rylan me miró y negó con la cabeza.

—Ahora mismo no puedo estar contigo. Te veo en la habitación —dijo, antes de irse.

No lo entendía. Si no fuera por mí, nos habrían destrozado. Yo mantuve al equipo en el partido. Yo fui el que evitó que nos humillaran. ¿Sabes qué? ¡Que le den!

No era el único que necesitaba largarse. Yo también. Estaba cabreado con Rylan, enfadado por esa falta de pie de mierda y fuera de mí con rabia de Gay-bre-EL-a.

Buscando el baño más cercano para no explotar en público, entré a toda prisa y me apoyé sobre el lavabo para calmarme. Cuando pasó la ola, levanté la vista hacia el espejo.

—¡Oh, no!

Se me había olvidado que llevaba maquillaje. Se me había corrido el eyeliner. ¡Parecía la niña de The Ring todo el tiempo! ¡Todo el mundo lo había visto! Rylan lo había visto.

¿Qué había hecho?

Capítulo 8

¿Me pasé la semana siguiente escondiéndome de Rylan? ¡No! ¿Por qué iba a hacerlo? No hice nada malo.

¿Me desperté a esa hora que había descubierto solo para escuchar el momento en que se despertaba y se iba a empezar el día? Sí.

¿También meé en un tarro si tenía que ir al baño después de que él volviera por la noche? ¡No! Claro que no. Sin embargo, si lo hubiera hecho, añadiría: ¿quién no se ha terminado la mermelada para poder mear en el tarro en vez de caminar decenas y decenas de metros hasta un baño? Nadie.

La parte buena era que volver lo bastante pronto como para ganarle y llegar antes que él me permitió hacer algo que llevaba tiempo queriendo hacer. Encontré otro vídeo de punto, lo vi un par de veces y volví a coger mis agujas y la lana.

No entendía por qué esto era tan difícil. Lo hacían señoras mayores en mecedoras. ¡Lo hacían también jugadores de fútbol americano! Yo era gay. Tejer y juzgar la ropa de los heteros es para lo que nacimos.

Mirando de reojo un tarro medio lleno de conservas mientras sopesaba mis opciones, decidí comprometerme. Iba a tejer. No iba a consentir la brujería. Iba a intentar lanzar un hechizo.

—Montar puntos —dije, anudando la lana y enganchándola a una de las agujas—. Uno del derecho… Espera. Uno del derecho… No, eso no tiene sentido. ¿Cómo lo hacía ella otra vez?

Después de ver el vídeo dos veces más, lo pausé e hice un intento de verdad. Con la lana enrollada en el pulgar, metí una de las agujas por detrás y me di cuenta de lo gay que era tejer.

—¡Ahora lo pillo! Siempre lo metes por detrás. ¡Eso tiene sentido!

Y luego, un minuto después, hice el segundo punto. Iba a toda pastilla como un loco. En un mes, lo que hubiera tejido sería lo bastante grande como para llevarlo de pulsera.

¿Ayudó que estuviera sujetando las agujas como si fueran remos en una barca? Quién sabe. Lo único que sabía era que había avanzado más de lo que había avanzado en dos semanas. Y la verdad era que tejer no estaba tan mal.

—Mierda.

De hecho, era hasta un poco fácil.

—¡Joder!

He nacido para esto.

—¡Nope! ¡Obra del diablo! —declaré antes de sacar mis veinte puntos de la aguja y lanzar todo al otro lado de la habitación. Dos horas de trabajo a la basura.

Suspirando mientras abría mi último tarro de mermelada, me hice la pregunta que ya no podía seguir ignorando: «¿Cómo puedo ser tan malo saliendo con Rylan?»

Él era dented. ¿Se suponía que iba a ser mi destino? Pero nuestras citas seguían acabando en desastre. Como no podía ser culpa mía, tenía que ser culpa suya, ¿no? Pero, por más que lo intentaba, no podía ver en qué era culpa suya. ¿Era un acto de Dios? Xochipilli, ¿eras tú?

De luto por la pérdida de Autumn y Skye, las gemelas idénticas cuya futura existencia había sido arrancada de cuajo por mi épico fracaso romántico, me perdí en lo que sabía que me distraería. Por mucho que lo odiara, tejer era un pasatiempo mejor que ver cuánto podía aguantar sin apretar antes de que el tarro rebosara. Incluso fui capaz de completar un par de vueltas.

Ni de lejos tejer era divertido. Pero la frustración que me tragaba como a un fénix gay doblado por la cintura me ayudaba a no pensar en Rylan. La distracción incluso me permitió salir de mi habitación cuando sabía que él no iba a estar.

Deambulando hasta la sala común con diez vueltas ya hechas de lo que parecía… diría que una bufanda, me planté en el sofá y presté media atención a lo que hubiera en la tele. Estuve allí un rato antes de que Percival hiciera lo mismo.

¿Me preocupaba que me acusara injustificadamente de haber sido un capullo con él la mañana del partido de voleibol? No, ¿y por qué iba a hacerlo? Se había colado en el desayuno de la primera cita de Rylan y mía. Debería haberlo sabido.

¿Es que no veía lo que estaba pasando entre nosotros? Todo el mundo lo veía. Si hubiera abierto los ojos, él también lo habría visto.

—Ey —dijo Percival con naturalidad antes de acomodarse en el sillón al lado de mi sofá.

Yo, por supuesto, no me preocupaba por lo que estuviera haciendo. Pero si hubiera estado prestando atención, me habría alucinado lo rápido que se movían sus manos mientras tejía. La virginidad tenía sus ventajas. ¿Dedos más fuertes, supongo?

—No sabía que tejías —dijo al mirar de reojo y ver lo que estaba haciendo.

No lo había estado ocultando. Pensé que si lo veía y me daba consejos, tampoco iba a poder impedirlo.

—Es algo que he estado probando —ofrecí, con desdén.

—Ajá —dijo de una forma irritante que dejaba claro que estaba pensando algo que no estaba diciendo.

Ignorándolo —y también las miraditas que siguieron—, seguí con mi tejido y con mi día. Me daba igual lo que tuviera que decir. Podía ser sobre cómo sostenía las agujas. O por qué la lana se cruzaba todo el rato. O por qué el tejido se me quedaba abultado en las esquinas…

—¿Qué? —exigí.

—Nada.

—Obviamente es algo. Así que ¿vas a quedarte ahí siendo irritante o vas a decírmelo?

—Es que estás moviendo las muñecas al tejer. Estás trabajando mucho más de lo necesario.

—¿Por eso se me acaban acalambrando las manos? —pregunté, estirando los dedos con alivio.

—En parte. También lo estás sujetando todo demasiado fuerte. Tiene que descansar entre los dedos. Es así. ¿Ves?

Percival abrió la mano, enseñándome cómo se apoyaban las agujas entre sus dedos. Ajustando mis agujas para imitarlo, observé sus manos cuando las cerró, usando el índice para maniobrar la lana. Se movía como una máquina de coser. ¡Guau!

Repitiendo sus movimientos a una décima de su velocidad, no podía decir que su método fuera mejor. Seguía consumiéndome cada neurona. Y seguía teniendo que sacudir los dedos cada tres puntos.

—Tienes que relajar las manos —insistió, como si se me hubiera olvidado que mis manos no se suponía que debían deformarse en forma de garra.

Aun así, relajé los dedos todo lo que pude y seguí. Y, oye, ¿sabes qué? Fui más rápido. No estaba ni cerca de la velocidad de Percival. Pero ya no odiaba absolutamente todo de esto.

—Lo estás pillando.

—Ya —dije, odiando que me gustara que se hubiera dado cuenta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, mirando mi desastre.

—Un tanga —dije, con la esperanza de asustarlo y que se largara.

—¿Qué patrón estás usando?

—¿Qué quieres decir?

—¿De dónde lo has sacado? ¿Te lo bajaste de Ravelry? Vi algunos patrones de tangas ahí. No he probado ninguno, pero me pareció que sería divertido.

—Espera, ¿se pueden tejer tangas de verdad?

—Oh, sí. De todo tipo.

—No tenía ni idea —admití, imaginándome de repente cómo le quedaría a Rylan uno—. ¿Y tú qué estás haciendo?

Percival dejó de tejer y usó el móvil para enseñarme el patrón más loco de un jersey trenzado que había visto en mi vida. Tenía cuatro colores, todos tonos de beige. Y era lo bastante gordo como para ahumar a un lagarto.

—¡Guau!

—Nunca he hecho uno de estos.

—Eso es mucho.

—Sí. Llevo unas semanas con él. Esto es un brazo —dijo, levantándolo para que lo viera.

—Guay —respondí, arrepintiéndome al instante.

Tejí un rato más. Y cuando la piel donde la aguja no paraba de pincharme el dedo empezó a pelarse, guardé la lana con un nuevo plan. Ya había descubierto lo de tejer; podía descubrir lo de salir con Rylan.

Cruzando el campus hasta la residencia de Jordan, llamé y me abrió la puerta Charlie, el novio.

—Oh, hola. ¿Buscabas a Jordan? —preguntó, incómodo.

—¿Está?

—Creo que está estudiando en la biblioteca. Dice que no puede estudiar conmigo cerca.

—Por todo el sexo que estáis teniendo. Sí, lo pillo. Qué pena. Pero en realidad quería preguntarte algo.

—¡Ah! Claro. ¿Quieres pasar?

Charlie me hizo entrar, cerrando la puerta detrás de mí. Podía oler el sexo en la habitación. Era esa combinación distintiva de crema de manos y vergüenza parental.

Sentándome en la cama hecha, observé cómo Charlie se sentaba en la otra, poniéndose cómodo de una forma incómoda.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó, recortando el tiempo que me quedaba para seguir dándole largas.

—Eeem, tenía una pregunta sobre Rylan.

Charlie sonrió. Sí, definitivamente había estado enamorado de él. Se le iluminó la cara solo con oír su nombre.

—¿Sobre qué?

—Eeem, ¿crees que hay alguna posibilidad de que a Rylan pudiera llegar a gustarle un chico?

La cara de Charlie se vino abajo. Mi pregunta lo pilló por sorpresa.

—¿Rylan?

—O eso es una locura. Es una locura, ¿no?

—O sea… —dijo, de forma irritante, dejando la idea en el aire.

—¿Te está dando un ictus? ¿Llamo a alguien?

—No. Es solo que… y no se lo he dicho a Jordan, no es que importe, pero la razón por la que primero salí del armario con Rylan fue porque pensé que él podría estar pasando por lo mismo.

—¿En serio?

—O sea, obviamente me equivoqué. Porque, ya sabes, él es hetero.

—Claro. Pero…

—Pero siempre tuve la sensación de que si conocía al chico adecuado…

Estaba al borde del asiento.

—Si conocía al chico adecuado, ¿qué?

—Que podría pasar algo.

Me quedé helado. Esto era justo lo que quería oír. ¿Por qué, entonces, también me aterraba?

—¿Y tú qué crees que es el «chico adecuado»?

—Bueno, le gustan las chicas. Eso no se puede negar. Se ha acostado con un montón. ¡O sea, un montón!

—¡Vale! —dije, incapaz de soportar oírlo otra vez.

Charlie me miró un segundo antes de seguir.

—Decía eso para decirte que probablemente sería un femboy.

Para empezar, oír la palabra «femboy» en la boca de Charlie —un chico hetero— era como oír a Blancanieves hablar de lo mucho que le ponen los tíos negros. Pero lo que decía tenía sentido. Si a Rylan le gustaban tanto las chicas, entonces le gustarían los chicos que le recordaran a ellas.

Yo podía ser eso. Yo podía ser un femboy. Casi ya lo era, ¿no? Me vestía como uno y me maquillaba. Simplemente aún no me había librado de la maldición que era mi aura intimidantemente masculina.

La forma marimacho en la que caminaba… Cómo temblaban los tíos cuando entraba en una habitación… O sea, yo era prácticamente una lesbiana. Pero por el amor de Rylan, podía soltar eso.

¡Eso era! Ya lo tenía. Para que por fin funcionara con Rylan, me volvería femboy al cien por cien. Seguro que así se enamoraba de mí. Y no habría forma de que nada pudiera salir mal.

Capítulo 9

Al levantarme a la mañana siguiente a la hora que había descubierto con tanta valentía, empecé mi transformación completa. Empezó por las uñas. Tenía dos colores, negro y burdeos. Sosteniendo cada bote delante de mis dedos, no podía decidir qué tipo de femboy iba a ser.

¿El tipo sarcástico y borde al que todo le da igual? ¿O el tipo que quería sentirse bonito y jamás pagaría una cuenta? Era una pregunta difícil, porque yo era naturalmente recatado y muy generoso… sobre todo en la cama.

Dejé los esmaltes a un lado y, en su lugar, me centré en el pelo. Necesitaba mechas. Nada loco. Solo serían unos cuantos mechones dos o tres tonos más claros que mi pelo naturalmente oscuro.

Por suerte, en el instituto pasé por mi fase de puntas rubias estilo *frosted tips*. Así que ya sabía todo lo que no había que hacer, incluido no cortarte el pelo tú mismo cuando te das cuenta de que has cometido un error horrible, HORRIBLE.

Abrí el kit de decoloración que había comprado en mi viaje de suministros después de mi conversación con Charlie, mezclé el polvo decolorante con el revelador en la bandejita incluida y, separando las poquísimas secciones que iba a aclarar, me pensé cada decisión dos veces.

Mirándome al espejo mientras lo hacía, me recordé las dos cosas que había aprendido en el instituto. La primera: con las puntas bastaba. Con los chicos de instituto, un poquito da para mucho. La segunda: solo debes aclarar secciones pequeñas de tu pelo.

Encerré unos cuantos mechones en papel de aluminio, los pinté con el decolorante, puse el temporizador y me puse a depilar. No había símbolo más grande de un femboy que unas cejas perfectamente depiladas. Así que, afinando sus puntas hasta convertirlas en una máquina letal para matar chicos, esperé a que sonara el temporizador y me escabullí junto al Rylan dormido para lavarme el pelo en el lavabo del baño.

¿Me salieron las mechas exactamente como lo había planeado? No demasiado. Pero, como había aprendido en el instituto, pasarte dolía mucho más que quedarte corto. Y los chicos iban a venir igual.

Volví a mi habitación sin despertar a Rylan y seguí aplicándome el maquillaje. Lo hice todo: prebase, base, contorno. Iba a tope, en plan estrella del K-Pop. No iba a quedar una curva en mi cara que yo no hubiese dibujado.

Cuando terminé, una hora y media después, apenas me reconocía. Estaba glamuroso y solo parecía un poco coreano. Perfecto.

Después me ocupé del pelo. Quería ese look de «me he levantado y me he pasado los dedos por el pelo». Lo conseguí en menos de treinta minutos.

Sin tener las orejas perforadas, encontrar pendientes era un reto. Tenía algunos que había comprado para disfraces de Halloween. Pero un par de mi colección de animales fornicando no daba el tono adecuado. Así que decidí saltármelo y di mi cara por terminada.

Me miré en el espejo. Estaba perfecto. Estaba seguro de que era el femboy de los sueños de Rylan. Lo único que faltaba era una gargantilla negra de encaje. Al ponérmela, el color de mis uñas se volvió obvio, lo cual era emocionante, porque ya nunca tendría que pagar una cuenta en mi vida.

Cuando ya estaba todo puesto y yo era el chico al que Rylan no podría evitar amar, el sol había salido. Al oír a Rylan levantarse para su pis mañanero, respiré hondo, miré por última vez a la nueva chica del espejo y abrí la puerta entre nuestras habitaciones.

Vestido con una blusa española amplia, esperé justo detrás de la puerta a que volviera. Con cuidado de no dejar que se escapara antes de poder hablar con él, esperé dos latidos desde que entró y salí, apoyándome en el marco.

No estaba preparado para la imagen de él delante de mí, con pantalones cortos de gimnasio y sin camiseta. No llevaba ropa interior. Lo sabía porque, a través de la tela fina, se le marcaba el relieve de la punta. No lo llamaría «erección matutina», ni de broma. Pero era el primo con el que todo el mundo querría acostarse.

—Tea. ¿Qué pasa? —dijo Rylan, levantando la mirada.

Ya no parecía enfadado. Bien. Iba a ser mucho más difícil decir lo que tenía que decir si lo estaba.

—Quería decirte que lo siento por cómo actué el fin de semana pasado. No estaba en mi mejor momento.

Los ojos de Rylan se movieron de un lado a otro, como si estuviera decidiendo cómo responder.

—Te agradezco que lo digas.

—Es que lo digo en serio. No debería haber fingido que no sabía jugar al voleibol. Y puede que me pasara durante el partido.

—¿Puede? —dijo con una sonrisa leve.

—Es que Gay-bre-EL-a tiene una forma de metérseme bajo la piel. Es tan perfecto… con su negocio exitoso y su novio, que encima es titular (el *center*). Me hace sentir que no hago nada bien y que soy el desastre que soy.

—No eres un desastre, Tea.

—Lo soy. Lo sé. Soy mezquino y pesado y puedo tomar decisiones muy malas. Por eso te has quedado aquí atrapado conmigo.

—Tea, no estoy atrapado contigo. Elegí estar aquí. Y, la verdad, me pareces un tío bastante genial… ya sabes, cuando no estás siendo mezquino y pesado —bromeó.

—Gracias —dije con sarcasmo.

—No, en serio, Tea. Me pareces bastante genial. Solo creo que a veces te pones tú mismo la zancadilla. Pero le pasa hasta a los mejores.

—¿O sea que a ti también te pasa?

—Oh, no. Yo soy perfecto. Estoy hablando de vosotros, simples mortales.

—Ah, gracias —sonreí.

—Es coña. No, nos pasa a todos. Solo tienes que aprender a perdonarte y hacerlo mejor la próxima vez.

—Entonces… ¿me perdonas? —pregunté, sintiéndome más vulnerable de lo que esperaba.

Se tomó un segundo para pensarlo, pero contestó rápido:

—Sí, te perdono.

El alivio me recorrió.

—¡Genial! Porque me encantaría empezar de cero.

—No hace falta empezar de cero. Podemos retomar donde lo dejamos —dijo con una sonrisa.

—¿Eso significa que considerarías venir conmigo al baile de los gofres esta noche?

La sonrisa de Rylan se cayó.

—¿Al qué?

—Es el último de los eventos de bienvenida de primero. Sirven gofres y luego hacen un baile silencioso.

—¿Un baile silencioso?

—¿Nunca has ido a uno? Te dan auriculares inalámbricos que están todos con la misma música y bailas con eso.

—Ah… no soy muy de bailar.

—Ah. Vale. Es que, con todo lo del celibato, no tengo con quién ir. Le pediría a Jordan, pero probablemente estará demasiado ocupado teniendo sexo con Charlie. Y pensé que, como mi apoyo al celibato, si tú estabas allí conmigo me impedirías tomar malas decisiones.

Rylan me miró sin decir una palabra. ¿Había dicho exactamente lo que tenía que decir para que fuese imposible que se negara? Sí. Gracias por darte cuenta.

Pero solo lo hice porque sabía que él quería bailar. Todos los chicos quieren bailar. Solo les da miedo parecer ridículos delante de sus amigos. Yo le

estaba dando a Rylan una excusa.

—No sé, Tea.

—Por favor. Creo que ir me ayudaría muchísimo.

—¿Ayudarte a mantenerte célibe?

Lo pensé, porque era exactamente lo contrario de lo que esperaba que hiciera.

—Exacto.

—Supongo… —cedió.

—¡Yuju! Te lo vas a pasar bien, te lo juro. Cero drama.

—¿Lo prometes?

—Me portaré de maravilla.

—Bueno… tampoco hace falta que seas tan bueno —dijo con la suficiente insinuación como para alimentar mis fantasías durante otro año.

—Bien saberlo —dije, devolviéndole la insinuación con una propia.

Lo dejé para que pudiera vestirse. Me pregunté si íbamos a pasar el día juntos como el fin de semana anterior.

—¿A qué hora quedamos para ir? —preguntó, asomándose por mi puerta abierta.

—Podemos ir a las ocho —respondí, ocultando mi decepción.

—Nos vemos entonces —dijo, y se largó.

¿Dónde se metía todo el rato? No podía ser todo entrenamientos o partidos de fútbol. Y no había manera de que estuviera estudiando tanto. ¿Estaría saliendo en secreto con alguien, verdad? Había dicho que se acostaría con chicas en su casa. ¿Desaparecer cada día era su forma de respetar mi celibato?

Si era eso, ¿por qué aceptó ir a un baile conmigo? ¿Era solo porque había aceptado ser mi apoyo? ¿De verdad no quería ir al baile conmigo y, hiciera lo que hiciera, solo me vería como el triste chico gay que nunca encontraría el amor?

Luchando contra el impulso de morderme el esmalte todo el día, fui a desayunar, pero no pude comer ni un bocado. Rasqué la comida intacta hacia la basura, volví a mi habitación e hice lo único que podía ocupar cada célula de mi cerebro.

Abandonando el punto interminable que estaba haciendo, decidí intentar algo que pudiera usar: un gorro. O sea, no podría llevarlo con mi nuevo look glam de femboy. Pero alguien podría.

Con una mejor idea de lo que hacía, me decidí por un patrón de dos puntos del derecho, dos del revés, usando las agujas circulares que había comprado pensando que estaban conectadas para poder colgártelas al cuello.

Al volver a la sala común, Percival me vio y sacó su labor para unirse. Era el típico círculo de punto gay.

Al notar a Percival mirándome, me negué a preguntarle qué estaba mirando. Si quería decirme algo, podía decirlo. No iba a suplicar…

—¿Qué? —pregunté, cediendo.

—¿Puedo darte una sugerencia?

—No hace falta que lo preguntes. Dímela.

—Tienes demasiada tensión.

…Porque llevaba meses sin follar y vivía con un bombón.

—¿Y eso qué significa, exactamente?

—Tus puntos. Los haces demasiado apretados. Por eso estás peleándote para pasar por el agujero.

—Así que esto es lo que se siente cuando te toca a ti —dije, saboreando el momento.

—¿Qué?

—Nada. Tú sigue.

Percival me miró confundido, pero lo dejó pasar.

—Si aflojas un poco, se te marcará más el canalé, con esas «costillas» bien definidas.

—Me gustan las costillas definidas. ¿A ti te gustan las costillas definidas?

—Supongo.

—O sea, ¿te acuestas por la noche y piensas en costillas definidas?

—Supongo… a veces.

—¿Sueñas con sentir costillas definidas pegadas a ti, bien calentitas y acogedoras?

Cuando la cara de Percival se puso roja, paré. No dijo mucho después de eso. Una parte de mí se preguntó si había dicho aquello como castigo por darme consejos de punto. Sería una locura, claro. Así que obviamente no lo hice.

Pero sí sentí cierta satisfacción al saber que él entendía que yo podía ver dentro de su armario. Porque quien tiene tejado de cristal no debería tirar piedras… No soy mala persona.

Tejiendo en silencio, descubrí que Percival tenía razón. La razón por la que mi labor anterior no se parecía a nada de lo que veía en los vídeos era porque estaba usando demasiada tensión. Hacía los puntos demasiado apretados. En cuanto aflojé, empezaron a salir esos eslaboncitos bonitos que veía en las fotos.

Tejí hasta que Percival me preguntó si quería ir a por algo de comer; guardé todo en mi habitación y me uní. Me cogí un bocadillo, pero todavía no podía comer. Me limité a mirarlo en silencio y luego lo tiré para volver al punto.

No podía volver a cagarla con Rylan. Si lo hacía, no estaba seguro de que me diera otra oportunidad. Y si él no me quería, ¿quién lo haría? ¿Cuántas profecías podía esperar de un tipo potencialmente sin techo?

Percival se unió a mí unas horas más de punto en la sala. Pero al final incluso lo aguanté más que él. Era lo único que podía hacer para no pensar en esta noche. Cuando llegó la hora de cenar y yo seguía tejiendo, empecé a sentirme un poco mareado y muy ansioso.

—¿Estás listo? —preguntó Rylan con una sonrisa al volver y encontrarme descansando las manos, con mi gorro casi terminado a mi lado.

Al estar a solo unas pocas vueltas de acabarlo, de verdad quería terminar.

—Ahora me preparo. Solo quiero rematar una cosa.

Sin ver lo que hacía, me miró confundido y se retiró a nuestra habitación. No sabía por qué no quería que se enterara de que estaba tejiendo. Al fin y al cabo, se me ocurrió por la caja de lana que había encontrado entre sus cosas.

¿Era porque no quería que supiera que había estado cotilleando? ¿Me daba vergüenza? ¿O era porque tenía el azúcar tan bajo que ya no tomaba decisiones racionales? Quién sabe.

Más importante: era hora de prepararme para la cita más importante de mi vida. Esta vez no podía salir nada mal. Y en cuanto terminara las últimas diez vueltas, podía empezar.

—¿Seguimos yendo? —preguntó Rylan treinta minutos después cuando volvió a la sala común con unos vaqueros limpios y su camisa de vestir puesta.

—Estás buenísimo —se me escapó porque no podía filtrar las palabras —. Quiero decir… muy bien.

Rylan se sonrojó.

—Gracias. ¿Vas a ponerte eso?

Miré hacia abajo. Llevaba los shorts y la blusa española que me había puesto esta mañana.

—No, yo… me visto ahora mismo —dije, mirándolo. Cuando no se movió, añadí—: Te veo en un rato.

¿Estaba actuando como un loco? No, no estaba actuando como un loco. Solo intentaba ocultar el punto que estaba haciendo para que no se diera

cuenta de que estaba loco. No tenía nada de loco.

Cuando volvió a meterse en la habitación, recogí mi labor —a dos vueltas de terminar—, la escondí junto al costado y me colé deprisa hacia mi cuarto. Tirándola a un lado, ignoré el mareo y me monté un outfit.

—¡Solo tengo que retocarme el maquillaje! —grité a través de la puerta mientras rescataba lo que quedaba del trabajo de esta mañana.

Con una minifalda de franela a cuadros y un top negro de tela suave, estaba listo. Me miré en el espejo y no estaba nada mal. A lo mejor la cita iba a salir bien al final y me había pasado todo el día preocupándome para nada.

—Estoy listo para ir —dije, encontrándolo tumbado, jugando con el móvil—. Perdona por tardar tanto en vestirme.

Rylan sonrió con cierta reticencia.

—Estás muy bien.

—Esta cosita —dije, para que se diera un buen festín visual.

—¿Vamos? Me muero de hambre.

—Yo también —le dije, por fin sintiendo que podía comer.

Caminando hacia Pearson's, nunca me había sentido tan cohibido. No sabía si era porque nunca me había vestido como un femboy antes. O porque Rylan estaba actuando como si le diera vergüenza.

¿Le daba vergüenza que lo vieran conmigo? No podía estar seguro. Si no le diera vergüenza, ¿no me cogería del brazo y me escoltaría? ¿La razón por la que no lo hacía era que, en realidad, nunca quiso hacer esto y yo le presioné?

Ese pensamiento me roía hasta que nos acercamos a la entrada del edificio y me ofreció el codo para que me enganchara. Lo acepté y el picor se fue… y me entró un pánico absoluto.

¿Esto era una cita? ¿Estábamos en una cita? ¿Estaba yo saliendo con Rylan Dent?

Intentando no sudar a través del maquillaje mientras subíamos al segundo piso, nos quedamos en el hueco de la escalera escaneando la sala grande y vacía. Habían empujado los escritorios de estudio y los sillones contra la pared, así que desde luego había un evento. Pero, como éramos los únicos allí aparte de los organizadores, todo el mundo se giró a mirarnos.

Si todavía hubiera conservado el poder del habla, habría sugerido que nos diéramos la vuelta y nos fuéramos. Pero no lo hice. Y el maldito Rylan pensó que era buena idea entrar igualmente. Con los brazos enlazados, yo no tenía elección.

—Bienvenidos —dijo el chico que había presentado el Roomie Roundup—. Podéis coger gofres —nos indicó, señalando a la chica detrás de

la gofrera de DK's—. Y cuando queráis, podéis recoger unos auriculares allí. Solo devolvedlos antes de iros.

—¡Hecho! ¡Genial! —respondió Rylan, mientras yo me reía como un idiota.

—Voy a darle caña a esos gofres —anunció Rylan, recuperando su brazo—. Me puedo comer como cinco.

Intenté decir «yo también». Pero lo que salió fue un sonido a medio camino entre un eructo burbujeante y los gritos agonizantes de mi dignidad.

Cuando Rylan se apiló el plato y yo cogí el mío, elegimos una de las mesas laterales y nos sentamos. Él se puso a comer en cuanto se sentó, apenas notando que yo miraba el mío, seguro de que, si lo comía, me volvería.

Nosotros —y la sala— estábamos completamente en silencio hasta que Rylan preguntó:

—¿No te gustan los gofres?

—Sí.

Me miró con la boca medio abierta, esperando que dijera algo más. Definitivamente había pensado decir más. Pero no se me ocurrió nada.

Después de cerrar la boca y de que siguiera el silencio, preguntó:

—¿No vas a comer?

—Sí.

Y cuando seguí sin moverme, dijo:

—¿No dijiste que tenías hambre?

—Sí. Yo… tengo que ir al baño.

Me levanté y casi vuelco la mesa, y prácticamente corrí al baño. Esperaba encontrarlo tan vacío como el baile, pero había otro chico allí. En pánico, inclinado sobre el lavabo, me miró, sobresaltado.

—¿Estás bien? —preguntó el jugador de hacky sack (la pelotita esa), pecoso y con el pelo esponjado.

Lo miré como diciendo: ¿te parezco bien? Cuando volví la vista al espejo, levantó una petaca y preguntó:

—¿Quieres un trago?

¡Sí! ¡Dios, sí! Un trago era exactamente lo que necesitaba. Necesitaba relajarme y la única manera de que eso ocurriera eran drogas duras o alcohol.

Sin decir palabra, le quité la petaca, me volqué el contenido en la boca y no paré hasta que estuvo vacía. Se la devolví y él dijo:

—Había tres chupitos de tequila ahí dentro.

¿Eran tres chupitos de tequila?, me pregunté. La falta de aire, cuando me quemó la garganta como si me arrancara la piel, lo confirmó. Era del mejor

tequila de tres dólares que el dinero puede comprar. Pero no pasaba nada porque, por suerte, me lo había bebido con el estómago vacío.

Los efectos fueron inmediatos. En cuanto mi cara dejó de retorcerse con expresión de muerte, pude hablar.

—Gracias —le dije al hetero amable con el que sin duda me habría acostado.

Y entonces, reforzado por el tequila nº1 de México para decapar pintura, respiré hondo y volví a mi cita.

No creí que estuviera mucho tiempo en el baño, pero cuando salí, ya no éramos los únicos allí. Había grupos comiendo y bailando. ¿Parecían ridículos bailando «a nada»? Sí. ¿Me importaba? Cada vez menos a cada segundo que pasaba.

—¿Quieres bailar? —dije, viendo a mi compañero de habitación buenorro terminarse el último gofre.

—Aah… —gimió con la boca llena y el miedo en los ojos.

—Venga. Será divertido —dije, cogiéndole la mano y tirando—. ¡Por fa!

—¿Puedo terminar de comer primero?

Solté su mano.

—Vale.

Rylan masticó su último bocado durante una eternidad. Mientras lo hacía, escaneó la sala. Quizá debería haberme importado lo cohibido que estaba actuando. Pero yo estaba guapo, con el chico más bueno de la sala del brazo.

Me sentía bien. Muy bien. «Muy, muy bien».

—¿Qué?

—¿Qué?

—Has dicho «muy, muy bien» —explicó Rylan.

—¿Lo he dicho?

—Sí.

Lo miré con duda.

—Estoy bastante seguro de que eso lo he dicho en mi cabeza. Dios, Rylan está buenísimo.

—¿Qué?

—¿Qué?

—Acabas de decir…

—Me aburro. ¡Vamos, bailemos! —dije, agarrándole la mano y moviendo las caderas mientras lo levantaba.

—¿Seguro que no quieres comer algo?

—Solo quiero bailar —respondí, arrastrándolo hacia la mesa de los auriculares de diadema.

Cuando la chica detrás de la mesa nos dio los auriculares, Rylan se los puso y yo me reí.

—Pareces Super Sonico.

Recordando lo que llevaba puesto, me puse los míos.

—¡Yo también parezco Super Sonico! —grité por encima de la música.

Rylan se llevó un dedo a los labios.

—¿Quién es Super Sonico? —susurró.

—¿Qué? —grité.

Rylan se giró hacia la mujer detrás de la mesa, que decía algo. Rylan hizo un gesto que parecía un «Ah» y volvió a colocarse la copa sobre la oreja.

—¡Vamos a bailar! —grité.

Volvió a ponerse el dedo sobre los labios. ¿Por qué seguía haciendo eso? ¿Se le estaban resecando los labios o algo? «Puedo imaginar una forma de ayudarle con esos labios resecos».

—¿Qué?

—¿Qué? —grité.

—Nada —cedió, y yo me rendí a Britney.

Había echado de menos esto. Muchas de mis mejores noches el año pasado empezaron conociendo a alguien en la pista. A menudo terminaban con mi cara en su regazo, pero ese era el Tea de antes. Yo nunca haría eso ahora… quiero decir, a menos que me lo pidiera. Negarme sería de mala educación.

Mirando las caderas tiesas de Rylan, me pregunté lo bueno que sería en la cama. Según su excompañero, tenía mucha práctica, aunque fuera con chicas. ¿Me inmovilizaría? ¿Era de los agresivos? ¿Me metería su dedo curvado en la boca y me montaría como si fuera un pez?

«Sin duda me montaría como si fuera un pez».

—¿Qué?

—¿Qué? —grité.

—¿Has dicho algo de montar a un pez?

—¿Estás hablando de tu cartel?

Rylan estiró la mano para atraerme hacia un beso, y por eso me confundió que, en cambio, me apartara una de las copas del auricular.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó.

—Te estaba preguntando por tu cartel.

—¿Qué cartel?

—El de tu habitación, con la mujer desnuda horrorosa.

Rylan se rió.

—Ah, el de neón. Sí, es bastante horrible.

Vale, puede que el tequila ya me estuviera pegando, pero eso sonó como si estuviera de acuerdo conmigo.

—Si te parece horrible, ¿por qué lo pusiste?

La sonrisa de Rylan era cálida e increíblemente mona.

—Era una broma recurrente en mi casa. Mi padre lo tenía colgado en el garaje, a lo que él llamaba su «cueva del macho». Y cada vez que mi madre entraba, le exigía que lo quitara. Él decía: «Si no te gusta, no entres». Y entonces ella se iba.

—Estoy bastante seguro de que lo mantuvo ahí tanto tiempo solo para fastidiarla —dijo riéndose—. Y cuando por fin lo quitó y yo me iba a la uni, lo pillé y lo colgué en mi habitación. Me recuerda a casa, ¿sabes? Me recuerda a buenos tiempos.

La sonrisa de Rylan se volvió nostalgia cuando bajó la mirada. No sabía qué estaba pensando, pero verlo así… estaba bueno. No pude evitarlo. Me acerqué, le puse una mano en el hombro ancho y moví las caderas.

Eso hizo que me mirara y soltara una risita. Bailó su baile rígido de hetero un rato, hasta que tuve que agarrarle las caderas y moverlas al ritmo. No se resistió. Se rió, lo cual no tenía sentido porque esto era un asunto serio. Yo no podía acostarme con un tío que no estuviera dispuesto a soltarse.

¿Se me deslizaron las manos a su culo cuando conseguí que sus caderas giraran? Puede. ¿Estaba duro como una roca y era increíble? Joder, sí. ¿Y luego me giré, pegando mi espalda a su pecho poderoso y mi culo a su entrepierna? No hace falta que te diga que sí.

Mirando por encima del hombro a sus ojos, balanceé las caderas de lado a lado. Cuando mi culo empezó a perder contacto con él, eché el brazo por encima del hombro y le apoyé la mano en el cuello. Entonces él me agarró por la cintura y me atrajo hacia sí.

Perdiéndome en su agarre, mi mente se fue por ahí. Pensé en él follándome. Nos imaginé en su cama, él tumbado y yo montándolo en vaquera inversa. Estaría mirando su horrible cartel de neón.

Curiosamente, desde hacía más o menos una semana, había estado encendido y yo no había oído el zumbido. ¿Me lo había imaginado? ¿Había funcionado eso de dejarlo pasar?

Al oír la historia mona de Rylan sobre el cartel y lo que significaba para él, me alegré de no haberle pedido que lo quitara. Supongo que era posible dejar ir las cosas. Deslicé la mano libre de vuelta a su culo y, atrayendo su entrepierna hacia mí, me restregué contra él.

Dios, cómo quería que me follara. Moviendo las caderas despacio, encontré su bulto.

—Aah… —gemí.

Con movimientos más pequeños, pude sentir cómo crecía. Podía ser que solo se estuviera recolocando, pero juraría que se estaba poniendo duro. ¡Ay, Jesús! Tenía que ser eso, ¿no? Había sentido un montón de pollas duras presionadas contra mí. Esto era así. Se estaba poniendo duro por mi culo. Estaba segurísimo.

Incapaz de resistir un segundo más, me giré en sus brazos, me puse de frente, le agarré del cuello y tiré de su cara hacia abajo para besarlo. Nuestros labios estaban a punto de tocarse cuando… él se apartó de un tirón.

La expresión de horror en sus ojos fue humillante. No quería eso. Estaba claro. Lo había malinterpretado todo.

—¡Lo siento! —dije, muerto de vergüenza—. Lo siento —repetí, antes de salir corriendo hacia la escalera.

—¡Tus auriculares! —gritó alguien. Pero me daba demasiada vergüenza darme la vuelta.

Así que seguí corriendo. Bajé las escaleras y salí por la puerta hacia la noche fresca de Tennessee. Sin frenar, seguí.

Menos mal que no llevaba tacones: crucé el campus hacia la zona de residencias. Me colé en mi edificio, subí las escaleras, esprinté hasta mi habitación y cerré con llave.

¿Cómo pude hacer eso? ¿Por qué intenté besarlo? Soy un idiota. ¿Por qué pensé que querría hacer algo así con un tío, y menos conmigo? ¿Por qué soy siempre tan imbécil?

Me derrumbé en un aluvión de lágrimas y caí en la cama. Lo único que me consoló fue restregar la cara contra la almohada. Había olvidado por completo que ahora era más maquillaje que hombre. Lo recordé cuando me empezaron a escocer los ojos.

Levanté la cabeza y miré hacia abajo. La funda de la almohada estaba apelmazada de tristeza y decepción. Qué idiota era. ¿De verdad creí que podía pintarme un poco y ponerme un vestido y hacerle creer que yo era alguien a quien pudiera querer?

Me levanté y me miré al espejo. Era un horror. La máscara de pestañas se me había corrido hasta media cara y, contrastando con mi piel pálida y desnuda, me veía ridículo vestido así. Me quité aquella intentona preposterosa de parecer un femboy y agarré los pantalones de chándal más negros que tenía.

Me los puse, me senté con la cabeza entre las manos y lloré… otra vez. ¿Por qué era siempre así? Me hacía creer cosas que jamás podrían ser verdad y

luego me engañaba a mí mismo para tener esperanza.

No soportaba mirarme, y aun así ahí estaba yo, devolviéndome la mirada en el espejo. Pero a la imagen le faltaba algo.

Rebusqué en mi cajón de decisiones malas anteriores y encontré el tinte. No sabía por qué había comprado negro azabache, pero lo tenía. Y, sin querer salir de mi habitación, cogí un bol y seguí las instrucciones.

Me puse los guantes incluidos, me apliqué vaselina en la línea del pelo y me trabajé el tinte. No tardé mucho. Cuando lo tuve todo cubierto, esperé a que el color actuara. Mientras tanto, me miré al espejo.

Piel pálida, ojos muertos, máscara corrida… Genial. Me había convertido en mi madre. Mirándome, incluso podía oír su voz.

—¿Quién podría quererte? —la oí decir.

Y tenía razón. Siempre la había tenido.

Capítulo 10

Lo único bueno de los días que siguieron fue cómo estaba yo. Porque, ya sabes, *slay*. Y además dormí muchísimo. ¡Muchísimo!

Hubo noches en las que me metí en la cama a las nueve. Aun así, me costaba horrores despertarme para mi clase de las once. Por suerte, mi nuevo look hacía que vestirme fuese facilísimo. Un poco de polvos blancos, un manchurrón de negro alrededor de los ojos, un rápido despeinado del pelo… y listo.

También ayudaba que no tuviera que pensar qué ponerme. Camiseta negra, pantalón negro y Dr. Martens negras. Me había cuestionado la compra durante dos años después de no ponérmelas ni una sola vez. Pero aquí estaba, ahora, pareciendo un puto genio. *Slay*.

Una cosa buena de mi nuevo horario era que nunca me cruzaba con Rylan. Se iba antes de que yo me despertara. Y yo estaba dormido antes de que él volviera a la habitación.

Era casi como si no me hubiese emborrachado como un cerdo e intentado liarme con él… seguido de ser rechazado delante de todo el mundo y de que me vetaran de por vida en cualquier evento social autorizado por la universidad por salir corriendo con unos auriculares de diadema. Como si nunca hubiera pasado.

Pero, por desgracia, sí pasó. Me acordaba de todo. ¿Por qué no pude simplemente quedarme en negro como un gay respetable? ¡Maldito hígado superdotado! Otro ejemplo de cómo la vida no es justa.

Resultó que mi única vía de escape de la humillación de lo que había hecho era tejer. Así que me llevé mi lana y mis agujas a todas partes. En cuanto se me colaba un pensamiento, yo empezaba a tejer. En clase, yo tejía. En la cena, yo tejía. Me planteé llevarme el tejido cuando iba a cagar, pero, obviamente, tampoco estaba tan perdido.

El cuarto día, mientras tejía en el váter, reconsideré mis decisiones vitales. ¿En qué estaba pensando? Tenía que centrarme.

No debía limitarme a tejer muestras y ampliar mi serie de bufandas con formas rarísimas. Había empezado a tejer por una razón: aplastar a Gabriel. Tejía para borrarle esa sonrisa soberbia y asexuada de la cara de «buen gay». Lo hacía para derretirle la cera a su tiendecita de velas de Etsy.

Tiré de la cadena, me lavé las manos y, al volver a mi habitación, busqué «tejidos» en Etsy. Había sorprendentemente un montón. Más de unos cuantos vendían tangas de punto. Pero, con diferencia, lo más popular eran los gorros tipo beanie.

Eso era lo que tenía que hacer. Tenía que dedicar todo mi tiempo a tejer beanies. No necesitaba a Rylan. No necesitaba a nadie. Solo necesitaba un par de agujas y un suministro infinito de lana. ¿Para qué iba a necesitar algo más?

Con mi nuevo look *black-pill* y mi nuevo enfoque, mi vida por fin estaba completa. ¿Quién iba a decir que no había descubierto esto antes? Porque esto era lo único que había necesitado siempre. Perseguir a Rylan y a otros chicos había sido para empujarme hasta aquí. No había nada más puro que el amor entre un gay gótico y su lana.

Aun así, era un poco raro que Rylan no hubiera llamado nunca a mi puerta para ver cómo estaba. La última vez que lo vi fue en el baile. Ni siquiera sé si volvió a casa esa noche. Y como dejé de rebuscar en su cesta de la ropa, ni siquiera sé si ha estado por aquí.

Pero daba igual. Rylan era parte de mi pasado. Hasta luego, que te vaya bien lejos, y gracias por el pescado. Estuviera o no estuviera aquí, no cambiaba nada. Así que no tenía por qué pensar en ello.

Y no estaba pensando en ello en absoluto. No estaba pensando en lo un poco turbio que era que ni siquiera me reconociera después de lo que pasó. A ver, borracho o no, yo me había lanzado. Eso tenía que valer algo.

Y no era como si lo hubiera atacado de la nada. No vi a un jugador de fútbol indefenso deambulando por la sabana y me abalancé sobre él con la lengua. Estoy bastante seguro de que noté su polla endureciéndose contra mi culo. Porque este chico sabe cómo se siente una polla dura. Se siente como… ¿una bolsa de arena?

¡Dios mío, se me ha olvidado cómo se siente una polla dura! ¿Contra qué me estaba restregando? ¿Desvirgué la cremallera?

No podía pensar en eso. Tenía que seguir tejiendo. Punto del derecho, punto del revés. *Slay*. Punto del derecho, punto del revés. *Slay*.

Un beanie y muchos demonios enterrados después, decidí no quedarme en la ignorancia. En vez de que me persiguieran las cosas, iba a actuar. Iba a… abrir una tienda en Etsy. ¡Eso! Porque eso era lo que estaba intentando no pensar.

Cuando por fin lo hice, todo el proceso llevó minutos. No podía creer que lo hubiera evitado tanto tiempo. Se me quitó un peso enorme de encima. Ahora no tenía nada más de lo que preocuparme. Nada en absoluto.

El siguiente paso era hacer fotos de mis tejidos. Ahora solo tenía unas pocas cosas, pero a este ritmo tendría un catálogo entero en nada. Y lo mejor de todo: ya no tendría que evitar a Gabriel. Y como eso era lo único que había tenido que preocuparme nunca, mi vida estaba completa.

…Aun así, una sensación de huevos azules —una bolsa de arena— en el fondo de mi mente seguía diciéndome que había algo más. No podía ignorarlo. Sabía lo que era. Era… que todavía no le había dado a Gabriel mi usuario de Etsy para restregárselo en la cara.

Se notaba que pensaba que yo mentía sobre tener una tienda. Si no, ¿por qué lo sacaba cada vez que me veía? Estaba obsesionado con pillarme. Ahora me tocaba a mí enseñárselo.

Con las fotos de mis tejidos subidas, lo dejé todo y me fui a cenar. Era noche de tacos, pero lo único que me apetecía era comerme una ración de humildad… Espera, puedo hacerlo mejor. Lo único que me apetecía era justicia, para mí y para todos los gays guarrillos, solteros y moralmente caóticos que bailaban demasiado cerca del borde del alcoholismo.

Tendríamos nuestro momento, y empezaba aquí, esta noche, en Taco Tuesday, que nuestra universidad, rarísima, celebraba en viernes. Lo encontraría, le tiraría el taco de la mano y diría: ¿cómo se atreve, señor? Y aquí tiene mi usuario de Etsy.

Con mi plan perfectamente pensado, marché hacia el comedor. Al entrar, escaneé ambos lados buscando a un solo hombre. Cuando lo vi, saboreé el momento. Podía ir directo a por él. No, primero cogería un taco.

Exigiendo tres y luego resignándome cuando la chica detrás del mostrador dijo que solo podía darme dos, cogí una bebida y fui hacia él. Por suerte, se había sentado en medio de la sala. Así podía fingir que pasaba por su mesa de forma casual, parar, darme la vuelta y decir:

—Oh, Gabriel…

—Gay…

—¡Joder! Bre-EL-A. ¡Sí! Tengo mi usuario de Etsy —dije, recuperando rápido mi despreocupación.

—¡Oh! ¡Genial! Lo miro ahora mismo —respondió, destrozado por mi casualidad despreocupada.

—Hazlo —dije, recreándome en su derrota.

—Y este sería el momento perfecto para colaborar. Acabo de pasar los 15.000 dólares al mes en ventas, así que tengo que empezar a pensar en cruces entre verticales. Y, ¿quién no quiere sentirse acogedor con una vela, una taza de cacao caliente y un punto gordito?

Gabriel inspiró tan fuerte que casi se aspira el taco.

—¡Dios mío! ¡Mezcla de cacao! Podría encontrar un proveedor de marca blanca y marcarlo como Comfort Cocoa para que combine con mis velas. ¡Eso es! ¡Ese es mi cruce de verticales! Sabía que nuestra colaboración iba a ser una gran idea. Estoy deseando ver tu tienda.

¿Había dicho que ganaba 15.000 al mes? ¿Vendiendo velas? ¿Qué les ponía, metanfetamina?

No podía competir con este tío. Era mejor que yo en todo. Tenía el negocio perfecto, el novio perfecto, y probablemente nunca se había humillado en público varias veces. De verdad era el mejor gay.

—¿No me vas a dar tu usuario? —preguntó cuando me alejé, perdido en mis pensamientos.

¿Cómo era posible que él lo tuviera todo mientras yo seguía sin tener nada? Quiero decir, he intentado cambiar, ¿no? Se suponía que este año iba a ser sobre el nuevo yo. Menos distracciones, menos penes desnudos… y a mí me encantan los penes desnudos. Estoy haciendo sacrificios.

Pero por mucho que intentara cambiar, nada cambiaba. Seguía siendo el mismo tío triste y patético de siempre. Era como si alguien me siguiera para sabotear cada intento.

Necesitaba hablar con Rylan. No sé por qué, pero lo necesitaba. Él sabría lo que tenía que hacer. O quizá no. Solo sabía que si no hablaba con él, mi vida se iba a desmoronar.

Jurando mantenerme despierto el tiempo que hiciera falta para verle volver, no pude. Me quedé dormido a las nueve, como llevaba días haciendo. Seguro que me despertaría lo bastante pronto para pillarlo antes de que se fuera por la mañana… pues no. Me desperté pasadas las diez y media, como cada día de esa semana.

Pero no pasaba nada, porque lo único que tenía que hacer era saltarme las clases. Me sentaría en mi habitación con la puerta abierta y tejería. Además, tenía que empezar con el inventario de mi tienda. Tejer 15.000 dólares de producto no se iba a tejer solo.

¿Cuánto tardó Rylan en aparecer? 1,25 beanies, eso tardó. Había estado ahí todo el día. No había salido a desayunar, comer ni cenar. No podía salir. ¿Y si lo hacía y justo era el momento en que él aparecía? ¿Y si, después de esperar todo el día, lo perdía?

No me encontraba bien cuando llegó. Pero estaba guapísimo. El pelo correctamente despeinado y el maquillaje de ojos perfectamente emborronado. Definitivamente era la mejor versión de mí mismo.

—¿Tea? —dijo Rylan, sorprendido cuando aparecí en el marco de la puerta—. Estás… diferente.

—Lo que tú digas —respondí, contento de que se hubiera dado cuenta.

Sin decir nada más, se giró y empezó a rebuscar en sus cajones. No iba a decirme nada. ¿De verdad le daba igual?

—¿Entonces eso es todo? —pregunté.

—¿Qué?

—¿Que ya no te importa?

—¿Qué? —preguntó, con cara de no entender.

—Que…

No estaba seguro de lo que iba a decir. Lo que quería preguntarle era si le importaba yo. ¿Le importaban dos mierdas si vivía o moría? ¿Pensaba que mudarse conmigo había sido un error? ¿Existía algún mundo en el que pudiera quererme?

—Mi celibato —solté.

—¿Tu celibato? —dijo como si lo oyera por primera vez.

—Sí, mi celibato. Ya sabes, eso con lo que aceptaste ayudarme. Ya sabes que tomo malas decisiones y hago cosas de las que a veces me arrepiento. Por eso estabas aquí, ¿no? Para ayudarme a no hacer gilipolleces enormes que lo arruinen todo.

—Tea —empezó, exasperado—. Mira, no todo va de ti. ¿Vale? Sé que tú te crees que sí. Pero hay más cosas en este mundo además de tú.

—Lo sé —dije, de repente descolocado.

—No creo que lo sepas. Vas por ahí como si el mundo entero girara alrededor de ti. Y no gira.

—Sé que no gira —respondí, en shock.

—Pues actúa como si lo supieras. Por una puta vez en tu vida, finge que te importan dos mierdas algo más que tú mismo.

—Vale —dije, metiéndome en mi habitación, mortificado, y cerrando con llave.

Yo… no podía pensar. Yo… apenas podía moverme. Lo único que pude hacer fue caer de espaldas en la cama. No podía llorar. No quería llorar. Si lloraba, no podría parar. No, no, no podía hacer eso.

Tenía que distraerme. Tenía que tejer. No, no podía tejer. No podía controlar las manos. Tenía que moverlas. Si me frotaba las manos, podría usarlas. Podría…

Oh, no, estaba empezando a llorar. No no no. No llores. Eres un niño gay idiota. Y nadie te quiere. No te mereces llorar. Nadie te quiere y no te mereces llorar.

¿Cómo pudo decir eso? ¿Soy tan horrible? No podía dejar que me oyera llorar. No quería que me oyera llorar.

Hundiendo la cara en la almohada, ahogué las lágrimas tristes y patéticas que no pude contener. Me había calado. Todo el mundo me calaba.

Yo no era nadie ni nada y todo el mundo lo sabía. Veían que jamás me iban a querer. Y sabían lo que yo siempre había sabido: que no se me podía querer.

Me gustaría decir que mis lágrimas terminaron cuando me dormí, pero antes de abrir los ojos al día siguiente, ahí estaban otra vez. Lo sé, Tea dramático. Todo es una crisis conmigo. ¡Trauma! Pero a esta perra le han arrancado el corazón, así que dame un respiro.

Además, nada de eso había pasado de verdad. ¿De verdad crees que Rylan me diría algo así? ¡Por favor! Igual que yo no intenté besarlo. Nada de eso pasó.

Yo iba a salir de mi habitación y Rylan estaría dormido en su cama. Con el tiempo lo invitaría a otro evento social y él fingiría que no quería ir, y luego aceptaría antes de pedirme matrimonio y que yo llevase a nuestro bebé. Todo estaba bien. Todo estaba bien. Ni siquiera sé por qué estaba llorando.

¿Había comido ayer? ¿Había comido el día anterior? No estoy seguro de haberlo hecho.

Eso era. Solo estaba teniendo una psicosis. Pasa todo el tiempo. Alguien no come durante unos días y luego tiene una pesadilla ambulante sobre el chico que ama metiéndole la mano en el cerebro y enseñándole lo que más teme.

Ni siquiera sé por qué estoy llorando otra vez. ¿Por qué estoy llorando otra vez? Jesús, de verdad necesito comer algo. Al mirarme en el espejo mientras me maquillaba, me costaba reconocerme. Pero, ¿quiénes somos, en realidad, eh? ¿Quién es nadie? ¿Quién es Justin Bieber y por qué siempre estaba desnudo fuera?

Con la cara puesta, salí de mi habitación y me fui a desayunar. No quería mirar por si esta era la vez que Rylan había decidido dormir desnudo. Quería respetar su intimidad. Pero su cama estaba vacía. No era raro. Había estado fuera mucho.

Lo que sí fue raro fue lo que encontré al salir. Era una nota con la letra de Rylan. Esperaba que no fuera una disculpa porque no tenía nada de lo que disculparse. No había pasado nada.

'Tea, no cuentes conmigo por un tiempo. Necesito espacio.'

El calor me atravesó el cuerpo, quebrándome la espalda. Empecé a sudar. Era real. Había pasado todo. La humillación cuando intenté besarlo. Él arrancándome el corazón.

Cuando se me asentó, me temblaron las manos. Miré hacia abajo. Me temblaban literalmente. Y no podía respirar. Dios mío, no podía respirar.

Tenía que escribirle. Todo era un malentendido. Solo tenía que escribirle.

'Oye, ¿podemos hablar?'

Enviado, y esperando respuesta, sentía que el corazón me iba a explotar.

'Entiendo si estás molesto. Perdón. Pero ¿podemos hablar?'

'Seguro que si hablamos, todo estaría bien. Solo tenemos que hablar.'

'Por favor, no me hagas esto.'

'Es que no sabes cosas de mi vida. Si las supieras, lo entenderías.'

'Lo siento. Solo necesito hablar contigo.'

'Por favor, no hagas esto. Tú no. Por favor, no.'

'¿Rylan?'

'¿Estás ahí, Rylan?'

'Mándame un mensaje para saber que estás bien.'

'Aunque no quieras hablar. Dime que estás bien.'

'Si supieras lo que me estás haciendo…'

'Te odio. Te odio muchísimo. Adiós.'

'No quise decir eso. Si pudiéramos hablar…'

'Por favor, Rylan, solo quiero hablar.'

'¿Rylan?'

'¿Rylan?'

'Te quiero.'

'No quise decir eso. Olvida que lo escribí. No sé lo que digo.'

'¿Rylan?'

'¿Rylan?'

'¿Rylan?'

…Luego lo escribí cincuenta veces más. Eh… no lo estaba llevando bien. Sorpresa, lo sé. Pero no.

Cuando el fantasma de mi autoestima me arrancó el móvil de las manos, decidí dejarlo en mi habitación y salir a dar un paseo. La verdad es que estaba anestesiado. Mi cerebro había dejado de procesar datos nuevos, así que al menos pude comer algo.

Hacía tiempo, así que se me había olvidado cómo era. La comida estaba bien. Hacía que el estómago dejara de gruñir.

No queriendo volver a mi habitación y convertirlo todo en real de nuevo, me fui a caminar. No sabía adónde iba, pero mis pies seguían avanzando y yo me dejé llevar.

Al cabo de un rato tuve una idea de adónde me dirigía. Era sábado y yo salía del campus hacia el pueblo. Iba al mercado de productores. Tenía sentido, teniendo en cuenta que se me había acabado la mermelada. Lo cual también

me recordó comprar un cepillo limpiabotellas y detergente, por ningún motivo en particular.

Al rodear el edificio hacia el aparcamiento, supe a quién iba a ver. Me preocupó un segundo que no estuviera. Pero sí estaba. El hombre que, sin duda, dormía al raso varias veces a la semana, estaba allí con más mermelada y miel.

—Eh, me acuerdo de ti —dijo, sonriendo y enseñando huecos donde deberían estar los dientes.

—Yo también me acuerdo de ti.

—¿Qué tal te va?

—dented —respondí ante su confusión.

Me miró esperando una aclaración y luego se rindió, cabeceando.

—Vale.

—Eso es lo que me dijiste antes. Dijiste que te sentías dented.

Volvió a cabecear.

—Vale.

—¿No te acuerdas? Yo hablaba de querer conocer al amor de mi vida y tú dijiste que te sentías dented.

—Si tú lo dices.

—¿O sea que no te acuerdas de nada?

—Solo estoy vendiendo mermelada, tío.

—¿Solo estás vendiendo mermelada? Pues mira qué gracioso: después de irme de aquí me cayó un nuevo compañero de habitación. Muy bueno, y se llama Rylan Dent. ¡Dented!

El reconocimiento apareció en su cara.

—Ah, qué guay.

—No. No es guay. Porque yo asumí que sería el amor de mi vida y ahora lo he jodido y me odia.

—Ya —dijo, asintiendo.

—¿Ya? —respondí, estupefacto—. ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—La vida es como un río.

—¿Qué?

—He dicho que la vida es como un río.

—No, eso lo he oído. Es que no sé de qué hablas.

—Es largo y hace curvas, ¿sabes? Y todos somos como hojas flotando en el río, ¿sabes?

—Espera, ¿qué? —pregunté, preguntándome cuál de los dos estaba teniendo un ictus.

—Mira, no puedes controlar tu vida. Crees que sí, pero el río te va a llevar adonde te lleve.

—Claro que puedes controlar tu vida. Fui a la universidad porque quise. He venido andando porque quise.

—No. El río te ha traído aquí. La corriente es fuerte. Puedes pelearte con ella, pero siempre te lleva adonde quiere que estés. La cuestión es cómo vas a llegar. Y si te rindes y confías en ella… —sacó la mano hacia delante y hacia arriba haciendo un silbido—. Viento en popa.

—Eso no tiene ningún sentido —dije, molesto conmigo mismo por haberle escuchado la primera vez—. Si quieres algo en la vida, vas y lo consigues. Así es como la gente logra cosas. Si no, acabas sin hogar y solo.

—Si quieres algo, ve a por ello. Solo no esperes conseguirlo. Hay mucha satisfacción en intentarlo. Pero solo lo conseguirás si el río te lleva allí.

—Tienes que pensar como una hoja. Fluye con la corriente y te llevará lejos. Lucha contra ella, intenta moverte de aquí para allá, y te quedas encallado en la orilla. Y ahí es cuando acabas solo… y cansado.

—Estás cansado, hombrecito. ¿Te has estado peleando con ella? No puedes luchar contra ella. No te lleva a ninguna parte. Sé como una hoja en el río.

Me quedé mirándolo un rato, luego compré mermelada y me fui. Culpa mía. Estaba tan desesperado por no estar solo que había escuchado las locuras de un tío con más dedos que dientes. Estaba claro que no tenía ni idea.

Al levantar la mano y rascarme la cara, miré mis uñas. Tenía maquillaje negro incrustado. Ahí fue cuando recordé cómo iba vestido. Lo había estado mirando como si estuviera loco, vestido así.

¿A quién estaba intentando ser? ¿Lo sabía ya?

Dios mío, ¿tenía razón? ¿Me estaba peleando con algo? Puede. Puede que sí. No lo sabía. Pero si me estaba peleando, no creo que pudiera dejar de hacerlo ni aunque lo intentara.

…¿Y si pudiera, sin embargo? ¿Y si pudiera? ¿Qué significaría eso? ¿Podría alguien… por fin… quererme?

Capítulo 11

Así que dijo: «Sé como una hoja en el río». Sé como UNA HOJA en el RÍO. Hmm. Espera, ¿y eso qué significa siquiera?

¿Ser una hoja en el río? ¿Qué tipo de hoja? ¿Qué tipo de río? ¿Una hoja de palmera cocotera? ¿Rápidos de aguas bravas?

¿Qué clase de consejo vago de *me meto demasiadas drogas* era ese? ¿Sé como una hoja en el río? Ja. Eso y un *crop top* harían que me dieran azotes hasta dejarme en carne viva y que anduviera raro todo el día… lo cual es, definitivamente, algo que no querría… ¿no? …Hmm.

Pongamos que siguiera su consejo, ¿cómo sería eso en la práctica? ¿Diría: «En plan, sí, guay, lo que sea, tío. Haz lo que quieras. Me da igual»? Eso sería el caos.

No. No podía. ¿Y quién querría? Si no controlas la situación, la situación te controla a ti. A mí me gusta un top dominante tanto como a la siguiente, pero esta perra necesita tener el control. No.

…Aunque, ¿cómo sería si dejara de intentar controlarlo todo? Con mi suerte, acabaría siendo uno de esos gays felices. Ya sabes cuáles. Sonriendo todo el rato… despertándose emocionados por la vida… uf. Suena agotador.

Dejar que las cosas te resbalen… perdonar a la gente… dar segundas oportunidades… a gente que te ha hecho daño y no se las merece…

Decidiendo que era mejor no pensar, yo, clic, apagué el cerebro y seguí caminando de vuelta a mi habitación… mi habitación ahora vacía… No, no. Clic. Y fuera.

Tejer. Eso era lo que necesitaba. Necesitaba tejer.

Como no quería estar solo, me fui al salón común y me puse a tejer allí. Estaba vacío. Al parecer hasta Percival tenía vida. ¿Cómo acabó él teniendo vida mientras yo…? No. No. Clic. Solo teje.

Solo estoy tejiendo. Eso es todo lo que hago. Estoy aquí sentado, haciendo un punto del derecho, un punto del revés. Un punto del derecho, un punto del revés.

¿Cómo sería una hoja en un río en un gorro? En plan, ¿cómo comunicas eso? ¿Sería todo azul con una hoja tejida encima, o algo así? Probablemente sería con una de esas lanas que van cambiando del azul al blanco.

Me pregunto si Percival tendrá de ese color. Podría preguntárselo. Quiero decir, seguramente no esté en su habitación, pero podría llamar y ver.

Decidiendo que no pasaría nada, me levanté, encontré su habitación y llamé.

—Eh —respondió, mirándome, confuso.

—Sí, era por si tenías lana azul —pregunté, de repente avergonzado de pedirlo.

—¡Ah! Sí. Pasa —ofreció, como si le hubiera hecho una pregunta trampa.

La habitación de Percival era exactamente como te imaginas que sería la de alguien que cree que el comité social de la universidad lo dirige una iluminati de tejedores. Había un montón de paneles de corcho y lana.

—¿Acotando a los sospechosos? —pregunté, fingiendo que todo era normal.

—¿Qué? Ah. Sí —confirmó, tímido, antes de apartar la mirada—. A ver, tengo esta —dijo, enseñándome un ovillo azul marino.

—Yo buscaba algo más… —paré a pensar—. Ya sabes, esa lana que va repitiendo del azul al blanco.

—¿Un ombré azul?

Me encogí de hombros.

—Sí. Vale. Eso.

Al ver que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, me lo explicó.

—Los ombré son los que tienen cambios graduales de tono, como rojo a naranja. O azul a blanco.

—Sí, justo. ¿Tienes alguno?

—Me queda un resto —dijo, sacándolo de su cesta de lanas—. Es tuyo si lo quieres.

—Gracias —dije, cogiéndolo—. Ah, y ¿tienes verde?

—¿Qué tono? —preguntó, sacando una selección.

Elegí un verde hoja y le di las gracias. Con las lanas en la mano, volví al salón común más contento. Y ni de lejos era porque estaba claro que Percival tenía aún menos vida que yo. No, era porque se me había ocurrido una idea.

Cuando terminé un segundo gorro, lo rematé y me imaginé las posibilidades. Podía meter una franja azul por delante. Igual tres vueltas. Y luego… hmm. ¿Cómo tejo una hoja?

Después de ver demasiados vídeos y páginas de punto, estaba agotado, pero tenía un plan. En vez de hacer un punto en relieve o alguna otra cosa muy por encima de mi nivel, la cosería encima. Con mi primera compra venía una aguja lanera, y ahora ya sabía para qué servía.

Cuando terminé de coser el patrón, no quedó tan mal. ¿Parecía una hoja en un río? Si entornabas los ojos.

En cualquier caso, estaba bastante satisfecho. Haciendo una foto rápida con la ventana y el sol poniéndose de fondo, la subí a mi tienda de Etsy

y la llamé «Sé como una hoja en el río — Gorro».

Lo único que quedaba era averiguar qué significaba realmente ser una hoja en el río. El tío de las mermeladas me había preguntado si estaba luchando contra algo. ¿Lo estaba? ¿Y cuentan los demonios?

Si era honesto conmigo mismo, los demonios probablemente eran de lo que hablaba. Pero sin mis demonios, ¿qué era yo? ¿Un diablillo sexy solo en un trono?

Mierda. Estaba solo. Rylan me había dejado. No podía pensar en eso. No podía pensar en lo que significaba. Mi padre me había dejado. Mi madre no se fue. Se quedó, pero me culpó de que papá se fuera. Nunca lo dijo, pero sé que su marcha tuvo algo que ver con que yo fuera gay. Por eso se esforzó tanto en hacer que no me gustaran los chicos.

Ya no hace nada de eso. Ahora es bastante comprensiva. Culpo de cómo me trataba entonces a su alcoholismo. Se ponía muy mala cuando bebía. Su jugada borracha favorita era echarme en cara que estuviera solo.

¿Era por eso por lo que me mataba tanto estar solo? ¿Era porque a mi madre la destruía estar sola? No siempre estaba sola, pero la mayoría de veces era solo una noche y…

¡DIOS MÍO! ¡Me he convertido en mi madre! ¡Ahhh!

No no no no no. ¡No quiero ser mi madre! ¡No quiero serlo!

Sé como una hoja en el río. Sé como una hoja en el río. Ayudaría muchísimo si supiera lo que significa. Podría beber algo. Eso ayudaría, ¿no?

No, eso es mi madre. Yo no soy mi madre. No quiero convertirme en mi madre.

Joder. ¿Qué hago? ¿Qué hago?

No puedo respirar. Necesito respirar.

Luchando por coger aire profundo, forcé el aire hacia mis pulmones. Y al hacerlo, mi corazón a golpes fue bajando el ritmo. Me dolía el pecho. Cada nervio del cuerpo me hormigueaba. Pero podía respirar.

Seguí respirando. Era lo único que podía hacer. Yo…

—¿Estás bien, Tea? —preguntó Percival, sacándome de lo que demonios fuera eso.

—Estoy bien.

—No pareces bien —dijo, mirándome, preocupado.

—Estoy bien.

—Estás llorando.

—¿Estoy llorando?

Me toqué la cara y noté lágrimas. Ni me había dado cuenta. Al mirar mi dedo, vi una mancha de maquillaje blanco y negro. Seguía maquillado. ¿Qué

pinta tendría?

—Perdona —le dije a Percival antes de ir corriendo a mi habitación.

Al mirarme en el espejo, estaba horroroso. ¿Por qué pensé que estaba bien? Parecía un descarte de una convención de payasos malvados. Solo me faltaba un cuchillo de carnicero y un niño dormido.

Demasiado avergonzado para mirarme más, cogí una toalla y mi neceser de ducha y fui a toda prisa al baño. Noté a Percival mirándome cuando volví a cruzar el salón común, pero no pude mirarlo. Me daba vergüenza todo. Mi aspecto, cómo me comportaba… Rylan tenía razón al dejarme. Yo también me habría dejado. Mi padre lo vio claro desde el principio. No merecía la pena quedarse conmigo.

Llorando en la ducha, esta vez sí noté las lágrimas. Y me las merecía. Todo lo que había pasado con Rylan había sido mucho. Con él, de verdad no había estado en mi mejor versión. Ni siquiera sabía ya cuál era mi mejor versión. ¿Qué tipo de falda llevaba él?

Al salir de la ducha, ya limpio y con el pelo lavado tres veces, parecía una versión familiar de mi yo antiguo. Seguía pareciendo un muñeco troll bañado en tinta. Pero con un gorro, seguro que podía pasar por un Labubu.

Al volver a mi habitación solo con la toalla, volví a notar las miradas de Percival. Esta vez eran distintas. Me acordaba de esa sensación. Me estaba mirando el cuerpo.

Por el rabillo del ojo, vi su boca entreabierta. Necesitaba confirmarlo, así que me giré. En cuanto lo hice, cerró la boca. Eso lo demostraba. Lo había pillado teniendo un pensamiento, y él sabía que yo lo había pillado.

Le atraían los chicos. Ya no había duda. ¿Era gay? No podía estar seguro. Pero ya no sentía que tuviera que fingir que no lo sabía.

De vuelta en mi habitación, me quedé frente al armario preguntándome qué ponerme. ¿Quién era yo ahora? Desde luego no era gótico. Ser *femboy* era demasiado trabajo. Y por mucho que me quedaran bien las piernas con ellas, las faldas no eran precisamente cómodas.

Me estaba rindiendo, ¿no? ¿No significaba eso pantalones de chándal? Rebicando al fondo del armario, saqué los pantalones de chándal grises que me había comprado para las noches frías de invierno. Eso y una camiseta serían mi nuevo uniforme. ¿Qué puede ser más hoja en el río que eso?

Rendirme, ceder… era lo mismo. Él dijo que lo que tuviera que pasar iba a pasar igual, ¿no? Entonces, ¿para qué esforzarse? ¿Para qué hacer nada?

¿Y por qué no sentarme en el salón común y tejer? Dios, sueno como una viejecita. Solo me faltaban gatos y unos caramelos de mantequilla, y mi transformación estaría completa.

Bueno, si tenía que convertirme en una vieja, al menos iba a meterme donde no me llamaban. ¿Por qué Percival no estaba saliendo con un chico majo? Tenía cualidades positivas como, por ejemplo, que tejía rapidísimo. ¿Qué gay bueno no querría a un tío así?

Y cree que hay una iluminati de tejedores que controla todos los eventos sociales de la universidad. Si eso no demuestra creatividad, no sé qué lo hará. ¿Y a quién no le ponen los creativos? A nadie. Eso es.

Está decidido. Este gay hot y popular le va a hacer un cambio de imagen al empollón tejedor y lo va a llevar a follar. Va a ser un reality de makeover mezclado con los ratones de Cenicienta. Le voy a hacer un «He's All That» a esta perra. Va a ser la comedia romántica gay que Hollywood nunca hizo.

Con un nuevo propósito y un nuevo soplo de vida, salí disparado de mi habitación, entré en el salón común y dije:

—¡Te llevo de compras!

Miré alrededor y, al ver que Percival se había ido, le hice un gesto al chico del pasillo —que se había emocionado— y me fui a la habitación de Percival. Llamé, esperé a que abriera y dije:

—¡Te llevo de compras!

—¿Qué?

—Me has oído —dije, colándome a su lado, directo hacia su armario.

—¿Qué estás haciendo?

—Estoy viendo qué cosas lamentablemente decepcionantes tienes en el armario.

—¿Por qué estás haciendo eso?

—Porque voy a hacer que folles. Espera, no serás asexual, ¿no?

—No, yo…

—Entonces voy a hacer que folles —le informé.

Se quedó sin palabras, lleno de gratitud.

Rebuscando entre su ropa, una cosa quedó clara.

—¿Por qué no tienes vaqueros?

—No lo sé.

Me giré y lo miré fijamente, dejando claro que no me lo creía ni por un segundo.

—Porque no soy una oveja. No va a venir un tío de Nueva York a decirme lo que puedo o no puedo ponerme —dijo, con convicción.

—¿Has tenido sexo alguna vez?

Sus ojos bajaron, incapaz de sostenerme la mirada.

—No.

—¿Te gustaría tener sexo algún día?

—O sea, quizá.

—¿Quizá? ¿Te daría igual pasarte la vida entera sin tener sexo jamás? ¿En plan, ni una vez?

—Sí, claro. Me gustaría tener sexo.

—¿Sabes qué lleva la gente cuando está teniendo sexo?

—Nada —respondió, con tono insoportable.

—¿Y qué llevaban justo antes de empezar a tener sexo? ¿Y lo que llevan mientras lo tienen si es un rapidito?

—¿Vaqueros?

—¡Vaqueros! Si quieres tener sexo, el primer paso es comprarte vaqueros. Y a eso vamos —dije, haciéndole un gesto para que saliera.

—¿Ahora?

—¡Ahora! ¡De compras! —anuncié, sin recibir ni de lejos el entusiasmo que merecía.

Vivir en un pueblo con una universidad grande tenía ventajas. Una era que había un Bonobos. Sí, podríamos haber ido a Target, pero buuu a Target. Yo voy a gastarme el dinero de otros donde no me explotan.

—¿Adónde vamos? —preguntó Percival después de seguirme medio kilómetro hacia el centro.

—Al paraíso gay.

—¿Al dormitorio de Timothée Chalamet?

Me paré en seco. Me giré hacia él y confirmé:

—¿Acabas de hacer un chiste? ¿Un chiste gay?

Percival me miró, cohibido.

—Y encima era gracioso. Para que conste, «una tienda que vende bombillas tontas» habría sido más gracioso. Pero ese es un chiste tan de nicho que solo los pasivos pillarían. Así que bien ahí.

Cuanto más hablaba, más rojo se ponía Percival. Creo que no pretendía decir lo que había dicho. Se le escapó.

—Sabes que no pasa nada si eres gay. Los mejores lo son.

—No soy gay —murmuró, a medias.

—Ni se te ocurra fingir que eres bi. No tienes los bajos remangados para eso.

—No soy bi. Soy hetero —dijo, poco convincente.

Vi que su negación ya estaba en las últimas, así que podía dejar que se estrellara sola. Yo tenía cosas más grandes que pensar, como si sabía traducir tallas de vaqueros a niveles de conspiranoia que él entendiera. ¿«Están volviendo gais a las ranas» era una M o una S? Ni idea.

Resultó que no iba a necesitarlo.

—¿Aquí íbamos? Está cerrado.

Le lancé una mirada, reconociéndole el sarcasmo gay, y lo llevé a Macy's.

—¿Pensabas que era gay por la nota que dejaron en el baño?

—¿Qué nota?

—Ya sabes, cuando alguien vomitó y dejó una nota diciendo que había sido yo y que probablemente era gay.

¡Eso es! ¡La nota que había dejado yo!

—Puedo decirte sinceramente que la nota no fue por lo que lo pensé.

—Porque yo no escribí la nota. Todo el mundo cree que sí, pero no fui yo.

—Ya lo sé que no fuiste tú.

—¿Lo sabes?

—Claro. A ver, piénsalo. ¿Por qué ibas a escribir una nota acusándote a ti mismo? Era obvio que era una broma. Una broma hilarantemente ingeniosa y perspicaz.

—Pues a mí no me pareció tan graciosa. Porque, por culpa de eso, lo primero que todo el mundo pensó de mí fue que había vomitado en el baño y que era gay. Nadie volvió a hablarme después. Pensaban que era raro.

—Ay, cariño, no es por eso por lo que la gente cree que eres raro.

—¿Entonces por qué creen que soy raro?

Me quedé quieto, viendo el dolor en sus ojos. Le había hecho daño de verdad. No pretendía hacerle daño. Solo me pareció gracioso.

—Percival, la gente no cree que seas raro.

—Entonces ¿por qué has dicho que sí? Yo sé que soy raro. Me lo llevan diciendo toda la vida.

Vale, ahora me sentía mal.

—La gente no cree que seas raro, Percival. Aunque tu nombre es un poco… peculiar. ¿Has pensado en cambiártelo alguna vez?

—Me llamo como mi abuelo. ¡Era un gran hombre!

—Sin duda, sin duda. Es solo que si te llamas Percival, probablemente tampoco quieres… eh… que tu identidad sean teorías conspiranoicas. O una cosa o la otra. Nadie se libra con las dos.

Percival no respondió. Solo me siguió en silencio. Me hizo preguntarme si debería sentirme mal por decirlo.

Pero no me equivocaba. Percival no era una manzana o una pera. Era la cesta entera de fruta. Te lo comes todo hasta que llegas a los *kumquats*. Ahí

es cuando escupes. Solo los novios tragan, y eso era lo que yo estaba intentando conseguirle.

El orden del cortejo gay era: demasiado tequila, morreo baboso, polvo torpe, novio. No hice yo las reglas. Así que yo lo estaba ayudando a llegar al polvo torpe. Su encanto natural tendría que hacer el resto.

—¿Debería rellenarme los pantalones? —me preguntó, mirándose en el espejo del probador.

—¿Qué?

—Es que a lo mejor a las chicas les gusto más si creen que la tengo grande.

No supe qué decir.

—Ehhh… ¿no?

—¿En serio? Porque si quiero follar, voy a necesitar una polla grande, ¿no?

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté, en shock. Y mira que hace falta para dejar en shock a un hombre gay.

—No sé. De todas partes.

—Para empezar, tú sabes que soy gay, ¿no?

—Lo sé.

—Entonces yo no tengo ni idea de las preferencias de polla de esas imaginarias chicas de hermandad. Lo que sí puedo es ayudarte a que tengas sexo con un tío. Eso es mi especialidad. Lo tomas o lo dejas.

No dijo nada.

—¿Sigo? ¿O nos volvemos al campus?

Sus ojos bajaron.

—¿Percival?

—Podemos seguir —admitió, bajito.

—Bien —dije, dándome cuenta de que quizá había sido la primera vez que salía del armario con alguien, incluido consigo mismo—. Estoy orgulloso de ti.

Solo entonces Percival me miró en el espejo y sonrió. No sé por qué, pero eso me hizo sentir bien. Normalmente me daba mucho más placer aplastar a mis enemiamigas y pulverizar sus huesos. Pero esto también se sintió bien.

Volviendo al problema real, decidí que Percival no tenía un estilo, sino ropa que cubría su cuerpo desnudo. Y no necesitaba un estilo para meterse en los pantalones de un tío. Solo necesitaba parecer que no lo vestía su madre. Quiero decir, ¿quién se pone camisas de botones de manga corta?

—¿Qué tal te sientan las camisetas con dibujos? —le pregunté mientras se probaba el quinto par de vaqueros.

—Pensaba que solo íbamos a comprar pantalones de vestir.

—Son vaqueros. Di vaqueros. No estamos comprando un fedora.

—¿Vamos a comprar un fedora? —preguntó, emocionado por primera vez.

Por tentador que fuera encajarlo en un pack inicial de hipster de la Costa Oeste, íbamos a pescar en Tennessee. Necesitábamos el cebo adecuado.

—No vamos a comprar un fedora. Y no vas a comprar pantalones de vestir. Vamos a comprar vaqueros. Vas a vestirte como si quisieras una polla en el culo y te va a gustar, jovencito.

No respondió. Se limitó a ponerse el sexto par de vaqueros que le pasé y mirar el espejo.

—¿Qué te parece? —pregunté, habiendo dado con unos que me gustaban.

Se encogió de hombros.

—Vas a comprarte dos de estos. Habla ahora o calla para siempre.

—¿Dos?

—Sí. Azul y negro. Mira, los vas a llevar todos los días a partir de ahora, así que querrás dos.

—¿Hablas en serio? ¿No puedo llevar chándal? —dijo, señalando lo que llevaba yo.

—No. El chándal es para cuando has follado tanto que ya no puedes mirarte al espejo. Eso es demasiado avanzado para ti.

—¿No puedes mirarte al espejo? ¿Qué te ha pasado? —preguntó, mirándome como si le importara de verdad.

—Nada. Solo… nada.

—¿Estás bien?

En cuanto lo preguntó, noté las lágrimas queriendo salir. Tuve que contenerlas. ¡No iba a llorar en la sección «husky» de Macy's!

—Es que pensé que quizá pasaba algo con mi compañero de habitación, y él dejó claro que no.

—¿No? Yo pensaba que vosotros dos estabais juntos.

—Eso pensaba yo también.

—Lo parecía. Parecía que llevabais saliendo tiempo. Creo que todo el mundo lo pensaba.

—¿Quién es «todo el mundo»?

—La gente que se junta en el salón común.

—Pues todo el mundo se equivocaba, porque dejó claro que no me soporta. De hecho, me dijo que necesitaba un descanso de mí. No, ni siquiera me lo dijo: ¡dejó una nota!

Me metí en la sección ultra *slim fit* para llorar con dignidad.

—Lo siento mucho —dijo Percival, sonando como si lo dijera en serio —. Es un idiota si no ve lo genial que eres.

—¿Verdad? ¡Soy genial! —dije, antes de aspirarme los mocos hacia dentro.

Recogiéndome, Percival y yo terminamos lo que empezamos. Compramos dos pares de vaqueros y luego dimos tres vueltas por la zona de camisetas mientras yo señalaba lo que podía y lo que no podía comprar.

—Sí. No. No. No. Definitivamente no. Solo si quieres parecer que te lo compró tu abuela y que adoras a tu abuela.

Después juró que volvería y pillaría algunas. Y con eso, mi buena acción del día quedó hecha. Mírame siendo buena persona. Era prácticamente una Kardashian.

Con lo caritativo que me sentía ese día, no se convirtió en algo de diario. La mayor parte de la semana siguiente me la pasé en mis pantalones de chándal, yendo a clase y tejiendo. No fue hasta que terminé dos gorros cuando abrí mi tienda de Etsy y vi algo raro.

Había vendido algo. ¿Cómo? ¿Cuándo? Mirando más, vi que era el «Sé como una hoja en el río — Gorro». ¡Santa mierda!

Esto era increíble. Alguien había entrado en mi tienda, había visto algo que yo había creado y había dicho: «Eso. Pagaré dinero por eso». Y era algo hecho por mí.

Salí corriendo al salón común a buscar a Percival. No estaba. Fui a su habitación y llamé a la puerta.

—¡He vendido un gorro! —proclamé en cuanto abrió.

—¿Qué? —preguntó, sin contexto.

—Creé una tienda de Etsy porque Gabriel es una perra gay de manual y, por hablar con un tío de las mermeladas medio vagabundo, he vendido un «Sé como una hoja en el río».

Percival me miró, claramente desbordado por mi éxito.

—Eso es todo —le dije, dándome la vuelta para ver a quién más podía contárselo.

La lista era corta: solo Jordan y su novio hetero. Todos estaban igual de eufóricos por mí que Percival.

¿Había alguien más a quien me hubiera gustado contárselo? Obvio. Pero estaba claro que no le importaba. Y además, si no respondió a mis

primeros setenta y dos mensajes, no iba a responder al setenta y tres.

Una parte de mí quiso probarlo, porque a lo mejor no había respondido porque había tenido un accidente horrible en el que perdió el móvil. En el hospital, durante una semana, mandó a un enfermero guapísimo a comprarle uno nuevo. Como no recibió ninguno de mis mensajes anteriores porque se perdieron en el accidente, ya no tenía mi número. Y menos mal que le envié uno nuevo, porque si no habría estado allí años sin acordarse de quién era. Porque, tristemente, también había perdido la memoria.

Pensándolo así, sería un acto de crueldad si no le escribía para contarle lo de la venta. Saqué el móvil y empecé a redactar el mensaje.

—No —dije, parándome a tiempo y guardándome el móvil antes de enviarlo.

En su lugar, hice lo que debería haber hecho tres días antes, cuando entró la venta. Compré un sobre acolchado y lo mandé. Tan emocionado estaba que lo envié urgente.

¿Significa eso que me costó más hacerlo y enviarlo de lo que iba a ganar vendiéndolo? Sí. ¿Entonces por qué lo hice? Porque… eh… ¿«empresa»?

Ahora que mi tienda de Etsy era un éxito arrollador, me sentía mejor. No lo bastante como para dejar los pantalones de chándal de «he renunciado a la vida», pero sí lo suficiente como para que me pareciera que seguir consejos de un vagabundo de montaña no era lo peor del mundo.

A lo mejor había algo de verdad en lo que me dijo. Si la idea podía vender un gorro, ¿por qué no iba a arreglar el hecho de que nadie vaya a quererme jamás? Prácticamente es lo mismo, ¿no?

Volviendo a centrarme en mis clases, elegí no ir a ninguna de las mil fiestas de fraternidad que hubo la semana siguiente. En vez de eso, me instalé en el salón común y tejí. Percival solía estar conmigo. Y aunque acababa de salir del armario, no lo mencionó.

Pero sonreía más. No mucho más. No podía permitir que los conspiradores lo pillaran desprevenido bajando la guardia. Pero parecía más ligero.

—¿Has tenido más ventas? —me preguntó una noche mientras tejíamos con el sonido de coreanos hablando dramáticamente en la tele.

—¿Qué? No. Nada —dije, habiendo dejado de refrescar compulsivamente la página después de unos días sin ventas.

—Pero está guay que tuvieras esa. Puedes decir que has ganado dinero tejiendo. Eso es más de lo que puedo decir yo.

—Está bien. Estoy pensando que si se me ocurren un par de diseños más, podría vender unos cuantos.

Dándome cuenta de que en realidad llevaba un tiempo sin mirar mis ventas, saqué el móvil y abrí Etsy.

—Qué raro —dije, sin entender el diseño de Etsy.

—¿Qué pasa?

—Parece que tengo… espera… ¿he tenido tres ventas más?

—¿De qué?

Navegué por los menús, conteniendo la respiración para que lo que veía fuera real.

—Es del «Sé como una hoja en el río — Gorro» —dije, confundido—. ¿Tengo tres ventas más?

—¡Eso es increíble! —dijo Percival, emocionado—. ¿Puedo ver el gorro?

—No tengo más. Vendí el único que tenía.

—¿Tienes una foto?

Abrí la foto de la tienda y se la enseñé.

—Ah, eso es fácil de hacer. Tienes más gorros, ¿no?

—Tengo dos y medio —le dije, levantando el que aún estaba sin terminar.

—Solo tienes que añadir el diseño a esos. Hay webs donde metes una foto y te hacen un patrón para que bases todos tus tejidos futuros.

—¿Hay una web para patrones?

Percival me miró con severidad.

—Sí. Como tejedor profesional, deberías saber estas cosas.

—¡Llevo una semana siendo tejedor profesional! —dije, antes de darme cuenta de que quizá estaba bromeando.

Cambiando a la web de Percival y añadiendo las puntadas a mis gorros terminados, me dije que los enviaría a la mañana siguiente por correo normal. Esto era increíble. Jamás había esperado vender más.

Eso no es verdad. Una parte de mí esperaba vender millones y retirarme en cinco años como milmillonario del punto. Pero otra parte no esperaba, honestamente, vender ninguno. Porque, ¿por qué iba alguien a comprar algo que yo hiciera?

Pero ese no era el momento de pensarlo. No quería gafarlo. ¿Y si descubrían que era yo quien los hacía y cancelaban los pedidos? No. Yo solo quería enviarlos y cruzar los dedos para que más gente cometiera el mismo error.

Lo loco fue que, a los pocos días, lo hicieron. En la semana siguiente tuve cinco pedidos más, cuatro de los cuales no podía cubrir.

Me convertí en un taller clandestino de una sola persona. Cada momento que no estaba en clase o comiendo, estaba tejiendo. Incluso tejía mientras estudiaba.

La verdad es que se volvió bastante relajante. Y me estaba volviendo rápido. Terminaba gorros en día y medio. Lo cual era bueno, porque después de esos cinco pedidos, me entraron ocho más.

Ahí fue cuando decidí parar y ver qué estaba pasando. Los pagos seguían entrando en mi cuenta, así que no me estaban troleando. Entonces, ¿qué era? De todas las tiendas de punto en Etsy, ¿por qué la mía tenía tantos pedidos?

—Escribe el nombre de tu gorro en Google —sugirió Percival.

Lo hice. Para mi sorpresa, salió algo. Era un foro de chat a la antigua.

—¿Qué es «Cuenta atrás para la remisión»? —pregunté, confuso.

—A ver —dijo Percival, acercándose—. Suena a tema de cáncer.

Tenía razón. Una mujer que estaba perdiendo el pelo por la quimio había subido una foto llevando mi gorro. Sonreía y un montón de gente le había dado «me gusta». Debajo, alguien había puesto que acababa de pedir uno, y también tenía un montón de «me gusta».

Debajo de eso, otros mensajes de gente que había pedido uno. Me quedé sin palabras. Las mujeres estaban usando mi gorro como símbolo de fuerza. Estaban usando algo que yo había creado como señal de valentía. Parpadear y sorber por la nariz fue lo único que pude hacer para evitar que se me escurriera un moco por la cara.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía significar algo para alguien algo que yo hiciera? Apenas conocí a mi padre. A mi madre le importaba una mierda, ¿pero yo había creado el símbolo de esperanza de alguien?

—Eso está bastante guay —dijo Percival cuando ya no pude contener las lágrimas.

No podía hablar. No podía pensar. Nada de esto tenía sentido. ¿Cómo había pasado? Yo empecé a tejer porque vi una caja de lana en la habitación de Rylan y luego le puse una frase que me dijo un loco. ¿Cómo acabaron esas dos cosas en la foto de una mujer que no conozco sonriendo con esperanza?

Pensándolo toda la noche y todo el día siguiente, no lo supe. Lo que sí supe fue que iba a tejer hasta que me sangraran los dedos para cumplir esos pedidos. Apenas podía pensar en otra cosa. Afectó a lo atento que estaba en clase y a cuánta tarea hacía. ¡Pero saqué esos gorros!

Esto siguió durante semanas. Tejer se convirtió en toda mi personalidad. Iba por ahí con una monísima bandolera con mi lana. Y yo era el

twink sexy que siempre tejía de camino a clase… y luego en clase… y luego al salir. Era un look.

Lo gracioso es que saqué un beneficio minúsculo. No estaba ganando 15.000 dólares al mes como algunas personas. Pero me entraban pedidos suficientes como para entrar en DK's con alguien y decir:

—Guarda la cartera. Tu latte de precio moderado, lo pago yo.

Eso es. Me había puesto fino.

—¡Rylan! —chillé al entrar en nuestra habitación y encontrarlo sentado en su cama. Mi impulso fue preguntarle qué hacía aquí. Me contuve—. ¡Has vuelto! —dije en su lugar, quedándome en el umbral con las agujas en la mano.

—Hola, Tea —respondió, con una tristeza desgarradora en los ojos.

En un instante, desaparecieron todas mis vibras de tejedor chill. Volví a ser el tío al que había mandado al infierno por no pensar en nada más que en sí mismo. Se me secó la garganta al momento y no pude tragar. Se unieron a la fiesta mis manos sudorosas y mi corazón a martillazos.

Intentando hacer como que no pasaba nada, como si no me hubiera abandonado durante semanas, hice que mis pies se movieran y entré en mi habitación. No sabía qué hacer una vez allí. ¿Cerraba la puerta entre nosotros? ¿Había estado esa puerta cerrada?

La dejé abierta, me senté en la cama y recuperé el aliento. Llevaba semanas fuera. Al principio tenía esperanza de que volviera enseguida. Pero, ¿por qué iba a pensar que se acordaba de mí, y mucho menos que volvería?

Notando cómo me temblaba el cuerpo, me di cuenta de que tenía que calmarme. Tenía que recomponerme. De alguna manera había conseguido estar en un buen lugar mental mientras Rylan estaba fuera. ¿Cómo lo había hecho?

Tejiendo. Eso es, había tejido. Así que eso hice. Seguí tejiendo.

Sin moverme de mi sitio, no oí ni una palabra desde el lado de Rylan. ¿Por qué había vuelto? ¿Venía para quedarse o iba a volver a irse?

En mis pensamientos revueltos, surgió otra pregunta. Rylan parecía con el corazón roto. ¿Por qué? ¿Porque tenía que volver? ¿Porque no quería verme?

No, para, Tea. Esto no va de ti. Rylan estaba triste por otra cosa. Pero después de lo que me dijo, ¿tenía yo derecho a preguntarle?

Cuanto más pensaba en esa mirada dolorida, menos importaba el permiso. Rylan estaba sufriendo. Aunque terminara volviéndome a poner en mi sitio, iba a averiguar qué pasaba.

Cuando decidí levantarme, mi corazón golpeó y una oleada de calor me subió a la cara. Noté pinchazos por la piel y me vi empezando a

descontrolarme. Estuve a punto de echarme atrás cuando vi uno de mis gorros.

Mirarlo me calmó. No sé por qué. Necesitando más fuerza de la que me daba, lo agarré y me lo puse. Nervioso pero ya sin pánico, me levanté y crucé hasta la puerta.

En el marco, vi a Rylan todavía sentado en su cama, perdido en sus pensamientos.

—Eh —dije, suave.

Rylan levantó la vista, sin verme del todo.

—Eh.

—Entonces… ¿has vuelto?

—Sí —respondió, y bajó los ojos otra vez.

—He estado… eh… gestionando mejor el estrés.

—¿Sí? —contestó, sin levantar la vista.

—Sí. Creo que me está ayudando a ser mejor persona. Quiero decir, no es que no fuera perfecto ya… —me quedé sin terminar, ya no sintiéndome cómodo haciendo como que era la persona segura que fingía ser—. Pero me ayuda.

—¿En serio? —dijo Rylan, sin implicarse.

Acordándome de que su caja de lana me había puesto en este camino, dije:

—He estado tejiendo.

Al oírlo, Rylan levantó la vista, conectando un poco.

—¿Sí?

—Sí. Me ha ayudado muchísimo. Nunca pensé que sería tejedor, pero siento que es lo único que he hecho desde que te fuiste… —volví a apagarme, dándome cuenta de que estaba revelando demasiado.

—Me alegro por ti —dijo Rylan, bajando los ojos.

—¿Sabes tejer? —pregunté, sin querer decirle que había cotilleado y encontrado su caja.

—No.

—¿Quieres aprender? Puedo enseñarte. Por favor. Te ayudará.

Rylan se preparó para quitarme de encima.

—Yo…

Intentando pararlo, crucé la habitación y me quité el gorro para enseñárselo.

—Lo he hecho yo. Y además los vendo. Es fácil y ayuda un montón. Mira —dije, ofreciéndoselo a Rylan.

Rylan levantó la vista y, a regañadientes, cogió el gorro.

—Bien —dijo, educado. Al girarlo entre las manos, vio el bordado de hoja y río. Se quedó helado—. ¿De dónde has sacado esto?

—Lo he hecho yo —dije, orgulloso.

—En serio, Tea. Sin bromas. ¿De dónde has sacado esto?

—Te lo acabo de decir. Lo he hecho yo. Lo he estado vendiendo en Etsy. Te lo enseño si quieres.

—Enséñamelo —insistió Rylan, poniéndose nervioso.

—Vale —dije, un poco asustado.

Llevándolo a mi lado de la habitación, saqué el tejido en el que estaba trabajando y el ovillo de mi bandolera. Al enseñarle mis cosas, dije:

—Es lo único que hago, la verdad. Es difícil seguir el ritmo de la demanda. Pero también me calma la mente. Me evita descontrolarme, ¿sabes?

—¿Has hecho tú esto? —preguntó Rylan, sentándose en mi cama.

—Te lo estoy diciendo. Lo he hecho yo —pensé un segundo—. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

Rylan no podía apartar la mirada del bordado de colores del gorro.

—Yo compré uno de estos.

Me quedé helado, recordando quiénes eran mis clientes.

—¿Uno de estos? ¿Uno mío? ¿Por qué? —dije antes de sentarme a su lado.

Cuando Rylan no respondió, le puse la mano en el brazo, animándolo a hablar. Rylan cogió aire.

—Hace unos ocho meses mi madre no se encontraba bien, así que fue al médico. Resultó que tenía cáncer de pulmón. Fue una sorpresa para mi padre y para mí porque no sabíamos que fumaba. Supongo que se escapaba a veces y se fumaba un cigarro de vez en cuando.

—Bueno, cuando se enteró de que iba a tener que pasar por quimioterapia, compré toda esta lana y agujas y cosas pensando que le haría un gorro. Pero no supe cómo hacerlo. Así que supongo que no lo hice.

—Luego, cuando pasó por la quimio y se le cayó el pelo, empezó a llevar todo tipo de gorros distintos. Y cuando vimos que la primera ronda de quimio no había funcionado y que necesitaría otra, empezamos a ver hacia dónde iba todo.

—Ahí decidí que necesitaba pasar más tiempo con ella y me volví a casa. Y cuando los médicos nos dijeron que el cáncer seguía avanzando, y ella buscaba fuerzas para seguir luchando, vio tu gorro en uno de sus foros.

—Me pidió que se lo comprara, y lo hice. Ahí he estado, ayudando a cuidar de mi madre —concluyó Rylan, mirándome con el corazón hecho pedazos.

Apenas podía hablar, pero sabía que tenía que hacerlo.

—¿Cómo está tu madre?

—Creo que es la primera vez que me preguntas algo sobre mí —dijo Rylan, intentando sonreír y fallando.

—¿Está bien?

Cuando Rylan no respondió, le apreté el brazo.

—Lo siento muchísimo, Rylan. Lo siento muchísimo —dije, con lágrimas cayéndome por las mejillas.

Eso fue lo máximo que pudo aguantar. Sin poder contenerse, se derrumbó sobre mí llorando.

—Se ha ido, Tea. Mi mamá se ha ido.

El dolor lo arrolló. Aferrándose a mí, la espalda de Rylan se sacudía mientras sollozaba. Era un llanto desgarrador e interminable. Yo solo podía abrazarlo y llorar con él.

Aún agarrado a mí, Rylan se secó los ojos en mi cuello. Buscando consuelo, frotó la cara contra mi piel. Fue la sensación más reconfortante que había sentido jamás, así que acerqué mis labios a los suyos.

Abriendo la boca, Rylan me besó el cuello. No sabía qué estaba pasando, pero me gustó. Mis lágrimas se detuvieron y fueron sustituidas por gemidos suaves. Alimentándose de eso, me besó más. Escapando de su duelo, subió los labios hasta mi oreja. Mordisqueándola, metió los dedos en mi pelo y me sujetó la nuca.

Perdido en el momento, froté mi mejilla contra la suya. Necesitando más, le agarré la camiseta y susurré:

—Tómame.

Eso fue todo lo que necesitó. Perdiéndose, Rylan cambió sus labios a los míos. Cuando se tocaron, fue eléctrico. Mi cuerpo se encendió. Y cuando separó mis labios y entró buscando mi lengua, mi cerebro se derritió.

Enredados el uno con el otro, nuestras lenguas bailaron. Había encontrado hogar. Rylan deslizó una mano para sostenerme la cara. Me relajé contra ella. Y cuando esa mano guio mi cabeza hacia la cama, busqué su camiseta y se la quité.

—Tómame —dije otra vez.

Sin camiseta, Rylan metió la mano por debajo de mi camiseta y me la quitó. Subiéndose encima, dejó mis labios y fue bajando con besos por mi pecho. Se detuvo un momento para mordisquearme los pezones y mi cuerpo se arqueó. Entonces su mano se deslizó más abajo, pasó mi cintura y me agarró la polla dura.

En su mano, palpitaba. Siguiendo con besos por mi cuerpo liso, metió la lengua en mi ombligo. Mientras lo hacía, me agarró por los lados del chándal y la ropa interior y me los bajó.

Ya desnudo, Rylan agarró mi polla dura, bajó a besar más abajo y luego besó la punta. Con la punta de su lengua dando vueltas alrededor de mi glande sensible, rodeó hasta hacer cosquillas en el borde. Me estremecí y le agarré la cabeza.

—Sí —gemí.

Pero Rylan se lo tomó con calma. Sintiendo cada centímetro de mí con su lengua, tardó un rato en meterme en su boca, mientras su mano bajaba a mis huevos. Apretándomelos mientras chupaba, apenas podía contenerme. Gemir era lo único que podía hacer para no explotar en su boca.

Cuando Rylan movió un dedo hacia mi culo y me tocó, se me encogieron los dedos de los pies. Notó mi tensión. Justo antes de que el orgasmo fuera inevitable, levantó la cabeza, volvió a tocarme y dijo:

—¿Sí?

—¡Sí! —gemí, sin aliento, antes de estirar el brazo por encima del hombro hacia la mesita de noche para coger el lubricante.

Al cogerlo, Rylan no perdió un segundo. Desnudándose y dándome la vista de lo que había fantaseado durante tanto tiempo, me giró boca abajo y apoyó el pecho en mi espalda. Se lubricó la polla y la deslizó entre mis nalgas, frotándola.

La polla de Rylan era enorme. La forma en que me abría la carne era todo lo que había imaginado. Me habría conformado con solo eso. Pero cuando se recolocó y apoyó la punta de su cabeza gruesa en mi culo, contuve la respiración.

Cuando empujó, gimoteé. Rylan se sentía incluso más grande de lo que parecía. Eché el brazo atrás para tocarle el hombro; él bajó y entrelazó sus dedos con los míos. Y con los dos conectados en cuerpo y alma, embistió y me llenó por completo.

Con su pelvis contra mi culo, me dio tiempo para adaptarme. Cuando lo hice, se retiró y volvió a embestir. Rylan sabía que debería haber ido más despacio, pero no podía parar. Perdiéndose dentro de mí, me folló con fuerza.

Mi mente dio vueltas, inundada de placer y dolor. Lo único que podía recordar era que era Rylan dentro de mí. Y cuando ese pensamiento me lo invadió todo, el orgasmo que siguió fue brutal.

—¡Me corro! —dijo Rylan, incapaz de frenarlo—. ¡Me corro! ¡Ahhh! —bramó, mientras yo soltaba un sonido ahogado y explotaba sobre las sábanas.

Sudando y agotado, Rylan se dejó caer sobre mi cuerpo más pequeño. Intentó no cargar todo su peso, pero mientras siguiera duro, no quería irse.

Estremeciéndome sin control cada vez que se movía, no quería que ese momento se acabara. No podía creer que hubiera pasado. No quería despertarme de ese sueño, si era un sueño.

Pero no lo era. Rylan estaba dentro de mí. Cuando por fin se ablandó y se salió, me rodeó con los brazos, abrazando mi cuerpo pequeño y desnudo. Y, perdiéndonos lentamente en el calor del otro, nos quedamos juntos, como uno solo, hasta quedarnos dormidos.

Capítulo 12

Mis sueños no fueron lo que habría esperado después de la mejor noche de mi vida. En ellos, yo era o el capitán o la buscona de un barco pirata. Al principio, ser la buscona tenía su punto, con toda la tripulación deseándome.

Pero después de mucho coqueteo con todo el mundo, el barco se metía en una tormenta y, de repente, todos me miraban a mí para que nos sacara de ahí. El problema era que yo no había navegado un barco en mi vida. Así que me quedaba al timón, mirando el muro de tormenta que se nos venía encima, en pánico.

En vez de hacer literalmente cualquier otra cosa, como pedir ayuda a la tripulación, me quedaba mirando cómo el mar se embravecía hasta que el barco daba bandazos. Y entonces, tras ir de banda a banda, una ola nos cubría y me desperté.

Sin saber dónde estaba, me incorporé de un salto en la cama. Tardé un segundo en reconocer mi habitación del dormitorio. Me sentí aliviado por un instante… hasta que recordé lo que había pasado la noche anterior.

Rylan y yo habíamos follado. Había sido increíble. Me había dormido en sus brazos. ¿Entonces por qué no estaba ahora en mi cama?

—¡Mierda!—dije, recordando cómo había empezado nuestra noche juntos. No muchas historias de «así me enamoré» empezaban con: «Bueno, se le había muerto la madre y, cuando estaba en su punto más vulnerable, ¡follamos!»

—¡Mierda!—repetí, saliendo de la cama a toda prisa.

Al darme cuenta de que estaba desnudo, agarré la sábana para taparme. Aunque había dejado abierta la puerta entre nuestras habitaciones, esta mañana estaba cerrada. ¿La había cerrado él al irse? ¿Rylan intentaba decirme algo? ¿Nos había cerrado la puerta en las narices?

¿Por qué me había acostado con él? Podía recordar haberlo abrazado mientras lloraba, y luego él besándome el cuello. Después, me había mordisqueado la oreja.

¡Ugh! Se suponía que yo nunca era el fuerte. Por eso había necesitado un apoyo al celibato. Así que, si acaso, él se había aprovechado de mí, ¿no?

Por muy bien que sonara ese argumento en mi cabeza, nadie se lo iba a creer, y menos que nadie Rylan. Yo debería haberlo parado sabiendo que no estaba bien. Debería haber estado pensando en él.

Pero, otra vez, por eso necesitaba un apoyo al celibato. Si yo dejaba de hacerme pajas pensando en Timothée Chalamet y él aparecía ofreciéndose a

ayudar, ¿qué se suponía que debía hacer? Porque yo le pongo mi polla en la mano y pienso en melocotones.

¡Eso es lo que haría todo el mundo! Por desgracia, eso aquí no ayudaba, porque en este caso Timothée me había dado el melocotón y mi Chalamet probablemente no iba a volver a tocarme la polla jamás.

¡Aaaaaah! grité dentro de mi cabeza mientras el pánico me daba vueltas.

Haciendo lo que pude para calmarme, agarré el pomo y abrí despacio la puerta entre nuestras habitaciones. Asomándome, con la esperanza de que simplemente hubiera querido dormir en su propia cama, encontré su habitación vacía. Se había ido otra vez. Ni siquiera eran las ocho de la mañana, y ya había desaparecido.

No iba a entrar en espiral por esto. Tenía entrenamiento de fútbol americano. O algo. O quizá había faltado a demasiadas clases y tenía una reunión temprana con el decano. Había un montón de explicaciones perfectamente razonables para que volviera a esfumarse. Y yo iba a decirme: «Sé como una hoja en el río»… y ahogarme en el lavabo.

…No, espera, no era eso. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? Eso: no iba a entrar en pánico. Iba a confiar en el río.

Eso sonaba sabio, ¿no? Sí. Haría eso… y fingiría que no me estaba muriendo un poco cada minuto que pasaba sin verlo.

Mira qué bien. Tenía un plan.

Vistiéndome con el recuerdo de Rylan empujando dentro de mí, decidí no ponerme pantalones de chándal. Parecía que mi etapa de haberme rendido se había acabado. Solo hizo falta hacer el amor con el hombre de mis sueños y pasearme con una erección constante por el recuerdo.

Después de asearme, fui a desayunar con la esperanza de cruzármelo. No pasó. De ahí a mi primera clase, luego a la biblioteca, luego a comer… y seguía sin nada.

Pude notar que Jordan sabía que algo pasaba cuando lo vi, pero no preguntó. Después de nuestra segunda clase juntos, y la cabrona seguía sin preguntar, le di una pista sutil sobre lo que había pasado.

—¡Rylan me folló!

—¿Qué?

—Me dio la vuelta, me cabalgó a saco y luego me dejó ahí, chorreando. Pero no se lo puedes decir a Charlie.

—Espera, ¿por qué no?

—Porque no sé cómo se siente Rylan con eso. No nos dio tiempo a hablar. Y estaba como… de un humor raro antes de que empezara todo.

—Hombre, claro. Se le había muerto la madre.

—¿Tú lo sabías?

—Charlie me lo dijo.

—¿Sabías dónde estaba todo este tiempo y no me lo dijiste?—pregunté, cabreándome.

—No todo el tiempo. Me lo dijo hace, en plan, dos semanas, cuando fue al funeral.

—¿Por qué no me lo dijiste?—pregunté, ya furioso de verdad.

—No sé. Porque parecías estar mucho mejor. Estabas emocionado con lo de tu negocio de punto. Parecías más feliz. No quería removerlo todo.

—O sea que, en vez de eso, dejaste que me pillara por sorpresa apareciendo así sin más.

—¡Pero si follasteis! Eso es bueno. Si lo hubieras sabido, le habrías dado mil vueltas a todo.

—¿Darle mil vueltas? ¿Yo? No sé de qué me estás hablando.

Sabía perfectamente de qué estaba hablando. Y tenía razón. Si hubiera sabido lo que pasaba, me habría saltado los mensajes y habría pasado directamente a torturar a Charlie para conseguir una dirección. Luego me habría plantado en la puerta de Rylan en plan gótico total, con un cuchillo de carnicero en una mano y una cabra para sacrificar en la otra.

—Estás fatal—le dije a Jordan, remachando mi punto.

—Lo siento. Supongo que debería habértelo dicho.

—¡Sí, deberías!

No, no debería. Yo lo habría liado a lo Tea si lo hubiera hecho… y habría muerto virgen de Rylan.

—Te lo perdono esta vez. Pero que no vuelva a pasar.

—Te lo estás tomando mucho mejor de lo que pensé. Supongo que sí has madurado desde que se fue.

—He aprovechado para crecer. Ahora soy un hombre nuevo.

Jordan se quedó quieto y luego preguntó:

—¿De verdad crees que fue buena idea acostarte con él tan pronto después de que se le muriera la madre? O sea, seguro que va a ir bien y vosotros vais a estar juntos para siempre, pero… ¿no crees que fue un poco pronto? Charlie decía que está un poco hecho polvo ahora mismo.

—Y si tú me hubieras dicho algo de lo que estaba pasando, como haría un buen amigo, igual no lo habría hecho.

Espera. Eso era, en realidad, un buen punto.

—En cambio, me enteré segundos antes de que me estuviera besando el cuello y mordisqueándome la oreja. No me dio tiempo a procesarlo. Y antes

de darme cuenta, estábamos desnudos, con su polla tan al fondo que juraría que me asomaba por la nuca, y me estaba haciendo girar como un molinillo.

—O sea… ¿me estás diciendo que la tiene grande?

—¡Jordan! ¿Cómo puedes preguntarme eso? Fue un momento privado entre yo y el hombre con el que podría pasarme el resto de mi vida. Obviamente no puedo decirte que la tenía tan grande que me partió como un tronco y que estoy bastante seguro de que ahora sé lo que se siente al ser la Madre de Dragones… porque eso sería una falta de respeto a nuestra relación.

—Tienes razón, Tea. Perdón por preguntar.

—Te perdono, Jordan, porque ahora soy una persona más grande que puede con todo.

En realidad no podía. Y una de las cosas que no podía soportar era que Rylan volviera a desaparecer. Ni me lo imaginaba. Después de lo de anoche, ¿que se largara otra vez? Una chica solo puede aguantar tanto.

Convenciéndome de que estaría en la habitación cuando volviera, me mantuve fuera todo lo que pude para darle tiempo a llegar. No era que no quisiera verlo. Sí quería. Y quería hacer todo lo de anoche una y otra vez.

Pero ¿podría soportarlo si me decía que fue un error? Peor aún: ¿y si me culpaba? ¿Y si decía que lo engañé? ¿Y si se arrepentía y me acusaba de haberme aprovechado de él cuando estaba vulnerable?

No estaba seguro de poder con eso. Sobre todo porque no estaba seguro de que estuviera equivocado. Me dijo que su madre había muerto. Estaba llorando en mis brazos. Yo debería haberlo parado. Pero no lo hice, porque no me apetecía. Rylan tenía razón. Yo lo hacía todo sobre mí.

Si iba a ir con lo de «Sé como una hoja en el río» y toda esa mierda, necesitaba empezar a pensar en los demás. ¿Qué fue lo que dijo Rylan después de que le preguntara por su madre? ¿No dijo que era la primera cosa que yo le había preguntado de él?

Eso no podía ser verdad. Le había preguntado un montón de cosas. Le había pedido que fuera al partido de vóley y al baile silencioso. Le había pedido que fuera a Roomie Roundup.

¿Y qué hay de todas las preguntas que hice para que ganáramos ese juego estúpido? Yo sabía cosas de él. Por ejemplo, sabía que era de… eh… me suena que era por la Costa Este o algo así.

Daba igual. Sabía que sus padres seguían juntos. O al menos, creía que eso fue lo que me dijo. Sabía que estaba en el equipo de fútbol americano y jugaba… sé que me lo dijo.

¡Mierda! Estaba enamorado de un tío del que no sabía nada. Tenía razón. Era la peor persona del mundo.

Voy a hacerlo mejor. Lo primero que haré cuando lo vea será preguntarle por él. Averiguaré de dónde es. Le preguntaré cuál es su comida favorita. Hasta le preguntaré su segundo nombre.

Sin ninguna prisa por volver a oír lo egoísta y horrible que era, evité volver a nuestra habitación todavía más. Estando con Jordan, cené, y luego me quedé por Commons todo lo que pude. Cuando por fin Jordan preguntó si estaba evitando a Rylan, lo negué por completo y me fui.

Le saqué tanta ventaja a un caracol en la carrera de vuelta a casa que daba vergüenza, así que le propuse un «mejor de tres»… y gané las tres. Luego, como no había nadie en la sala común para distraerme, al final abrí la puerta y entré en la habitación.

—¡¿Pero qué…?!—tosí, echándome hacia atrás por lo que vi.

Era una mujer. Estaba en la cama de Rylan, subiendo de un tirón la sábana para cubrirse el cuerpo desnudo. Me quedé congelado, con un shock que me reventaba la cabeza.

—Hola. Tú debes de ser el compañero de habitación de Rylan—dijo con un acento alegre de Tennessee… esa cabrona.

—Ah. Sí.

—Soy Mercedes—dijo la cabrona, ofreciéndome la mano para estrecharla.

—Ah. Sí—dije, sin moverme.

Al notar cómo se me iban los ojos por todas partes, añadió:

—Rylan se está duchando, por si te lo preguntabas. Espero que no te importe que esté por aquí—dijo con una risita… una risita de cabrona.

Bueno, estaba claro que no me necesitaban. Así que, con toda la gracia del mundo, recogí la mandíbula del suelo y me lancé casualmente a mi habitación, cerrando con llave detrás de mí.

—¿Qué co…?—susurré con calma, teniendo lo que estaba bastante seguro de que era un infarto.

¿Rylan acababa de acostarse con una tía en nuestra habitación la noche después de clavarme como un Post-it gay? ¿Cómo podía hacerme eso? Sabía que no había tomado la mejor decisión acostándome con él, pero yo no lo convencí. Y me había prometido que no traería a ninguna de sus tías aquí.

Era un mensaje, ¿no? Era él diciéndome lo poco que significó anoche para él. No iba a llorar por esto por mucho que doliera. Por mucho que me hiciera trizas el pobre corazoncito, no iba a derramar ni una sola lágrima.

Refugiándome en la almohada para llorar a moco tendido, recordé lo que había olvidado como un idiota: yo era imposible de querer. Incluso cuando pensaba que alguien podría quererme, incluso cuando actuaban como si me

quisieran, no. Nadie. Y las cosas malas que pasaban eran culpa mía por creer otra cosa.

Decidiendo que no volvería a salir de mi habitación nunca más, al menos mientras Mercedes estuviera ahí —lo cual podía ser para siempre—, me giré e hice lo único en mi vida que tenía algún valor. Tejí. Perdiéndome en ello, todos mis pensamientos oscuros se fueron.

…Hasta que miré hacia arriba de forma temeraria y los dejé volver de golpe.

No. Punto. Siempre tiene que ser punto.

Y lo fue. Durante los dos días siguientes terminé tres gorros a velocidad récord y se los mandé a unas cuantas señoras que me habían escrito por email diciendo que estaban emocionadas por recibirlos. Y como eso era lo único que pasaba en mi vida y nada más, NADA MÁS, la vida iba bien.

Esos buenos tiempos podrían haber durado para siempre si, al tercer día, no hubiera vuelto a la habitación y encontrado a Rylan… no es que lo estuviera evitando. Es solo que no esperaba que la primera vez que lo viera después de nosotros follar fuera mientras él estaba en la cama medio desnudo con otra mujer. No Mercedes… esa cabrona. Una guarra completamente distinta que, desde luego, NO era yo.

—Hey—dijo Rylan, casual, mientras yo lo miraba.

Lo gracioso era que no sentía nada. Ni tristeza. Ni asco. Ni mis manos ni mi cara. Nada. Y, sin sentir nada, me giré y me fui a mi habitación.

¿Qué se suponía que tenía que decir? Estaba claro que le importaba una mierda. Ni siquiera estaba seguro de que se acordara de que había pasado algo entre nosotros.

¿Por qué iba a acordarse? No era como si yo fuera tan memorable. Solo era un agujero con patas para tíos que no tenían nada mejor que hacer, y a nadie mejor a quien hacérselo.

Eso era lo que siempre había sido. Eso era todo lo que sería.

Supongo que lo que quizás dolía un poco era que Rylan me había hecho creer que yo podía ser más que eso… y ni siquiera sabía cómo lo había conseguido. ¿Fue la atención que me dio? ¿Estaba tan hambriento de ella que me enamoré del primero que me enseñó un poco?

Pregunta trampa. Sabía que sí. Claro que sí. Porque no sabía ser otra cosa.

No sabía cómo hacer eso de «Sé como una hoja en el río». ¿Cómo se supone que se hace, en serio? ¿Te quedas ahí y dejas que el río te lleve? ¿Aceptas que no tienes control y que la vida hará contigo lo que le dé la gana?

Si así funcionaba, entonces era una mierda. ¿Por qué elegiría alguien eso? No, en serio: si puedes elegir entre controlar tu vida y hacer eso de «Sé como una hoja en el río», ¿por qué elegirías lo segundo? Y esa era exactamente la pregunta que pensaba hacer al día siguiente, cuando fui al mercado de agricultores.

—Me he quedado sin mermelada—le dije al tipo despeinado y barbudo que hoy tenía una pinta especialmente de sintecho.

¿Qué le pasaba? Ese hombre claramente tenía casa. No había forma de que pudiera hacer la cantidad de mermelada que vendía sin una. ¿Cuál era su rollo?

—Elige—dijo, señalando su selección.

Fingí estudiar los tarros. Pero cuando ya no pude más, pregunté:

—¿Eres una persona sin hogar o algo así?

—¿Sin hogar?

—Ya sabes. En plan… no tener dónde vivir.

—¿Quieres decir sintecho?

—Quiero decir que eso ya no se dice.

—¿Y por qué no?—preguntó, genuinamente confuso.

—No sé. Porque es más digno o algo.

El hombre de la mermelada alzó la barbilla y se rió.

—Es más fácil cambiar cómo lo llamas que hacer algo al respecto, supongo.

Uf. Eso fue incómodo.

—Para responder a tu pregunta: no, no soy una persona sin hogar. El mundo es mi casa—dijo con una sonrisa de dientes separados.

—Ya veo.

—¿Y tú? ¿Eres una persona sin hogar?

—No. Yo voy a la universidad—dije, a la defensiva.

—Ajá—asintió.

Volví a mirar los tarros. Sabía lo que quería preguntarle, pero no sabía cómo.

—¿Qué pasa cuando te pasan cosas malas?—pregunté por fin.

—¿Qué es «malo»?—preguntó con una sonrisa caprichosa.

—Ya sabes, cosas malas. Cosas muy, muy de mierda. Cosas que duelen tanto que apenas puedes respirar cuando piensas en ellas.

—Ajá—dijo, entendiendo. Tras un momento, preguntó—: ¿Conoces algún proverbio chino?

—No… no puedo decir que sí—admití, confundido.

—Me paras si ya la has oído. Había un granjero que tenía un caballo, y un día el caballo se escapó. Cuando pasó, la gente del pueblo fue a ver al granjero y dijo: «Hemos oído que tu caballo se escapó. Qué horrible. Ahora no puedes arar tus campos ni llevar tus cosechas al mercado». El granjero los miró y respondió: «Quizá».

—Al día siguiente, el caballo volvió y trajo con él a otros cinco caballos. Los del pueblo corrieron de vuelta y dijeron: «¡Tu caballo ha vuelto! Ahora tienes seis en vez de uno. ¡Qué maravilloso! ¡Qué suerte tienes!». El granjero respondió: «Quizá».

—Al día siguiente, el hijo del granjero intentó montar uno de los caballos, se cayó y se rompió la pierna. Los del pueblo volvieron y dijeron: «Tu hijo se ha roto la pierna y ahora no puede ayudarte en la granja. ¡Esto es horrible!». El granjero respondió: «Quizá».

—Pero al día siguiente llegaron soldados al pueblo y se llevaron a todos los jóvenes sanos para luchar y quizá morir en su guerra. No se llevaron al hijo del granjero porque tenía la pierna rota.

—Cuando la gente del pueblo se enteró, corrieron a ver al granjero y dijeron: «Como tiene la pierna rota, ¡puede que no pierdas a tu hijo en la guerra! ¿No es maravilloso? ¡Qué suerte tienes!». Y el granjero dijo: «Quizá».

El hombre de la mermelada terminó y me miró, como si yo tuviera que sacar algo de ahí. Y lo saqué: estaba diciendo que no puedes saber lo bueno o malo que es algo en el momento. Pero mi situación no era así. Estaba clarísimo si lo que Rylan hizo era bueno o malo. No necesitaba tiempo para descubrirlo.

—¿Y si lo que pasa no cambia con el contexto?—pregunté—. ¿Y si alguien te hace daño y no hay otra interpretación? A veces la gente muere y solo queda vacío.

El hombre de la mermelada escuchó y asintió.

—Soltar y dejar que el río te lleve no garantiza un paseo suave. Hay rocas en el río. A veces te chocas con ellas y te quedas atascado. A veces puedes quedarte atascado un tiempo.

—Pero el agua no se detiene por las rocas. Fluye alrededor de ellas. Y si sigues escuchando al río, aprenderás a fluir. No luches contra las rocas. No luches contra el río. Sé uno con él y fluye.

Gruñí.

—Sí. No luches contra el río. Fluye. Suena bonito. Pero ¿qué significa eso? Dices estas cosas como si yo tuviera que entenderlas.

El hombre de la mermelada me miró con más empatía de la que yo estaba dispuesto a tolerar. Era desarmante.

—Significa cosas distintas en situaciones distintas—dijo—. Somos el agua del río —al menos una diminuta mota de ella—, y creemos que somos la hoja porque es demasiado difícil imaginar que somos a la vez todo y nada. Así que somos la hoja. Somos las partes de nosotros que se resisten a fluir.

—Nos resistimos a fluir acaparando los sentimientos, el conocimiento y el dinero que deberían moverse a través de nosotros. Al aferrarnos a las cosas que nos hacen sentir felices y tristes y solos, nos convertimos en la hoja llena de daño y dolor y rabia.

—Pasión… cuidado… amor… si no nos aferráramos tan fuerte, ahí es adonde nos llevaría el río. Comparte tu tristeza y tu soledad como compartes tu alegría. Deja que te atraviese. Si lo haces, la roca no se moverá, pero se sentirá como si no estuviera.

—Me llevo estos cuatro tarros—le dije, y pagué y me fui.

No me gustó lo que dijo. Sonaba demasiado… verdadero. Yo sabía lo que tenía que hacer, y no me gustaba adónde me llevaba. Aún no estaba listo para soltar el sueño. Pero tenía que hacerlo. Y, por desgracia, cuando volví, Rylan estaba solo en la habitación.

—Me hiciste daño, Rylan—le dije, mirándolo con la espalda contra la puerta—. Y entiendo que se te haya muerto la madre y que tuvieras todas las razones del mundo para irte a la mierda. Pero eso no cambia cómo me hizo sentir lo que hiciste.

—Sabías que yo tenía sentimientos por ti. Lo habría visto hasta un ciego. Y tú seguramente podías notar cuánto quería estar contigo. Así que lo que pasó entre nosotros fue un sueño para mí.

—Y entiendo que no puedes controlar lo que pasa en mi cabeza, y que no se puede esperar que estés a la altura de mis fantasías locas ni que finjas que no estás destrozado por la muerte de tu madre. Solo digo esto: lo que hiciste dolió. Me causó dolor real. Y necesito que lo sepas.

Rylan me miró y escuchó. Cuando terminé, apartó la mirada y bajó los ojos.

—Me mudaré—me informó en voz baja.

—Vale—respondí, inspirando hondo mientras se me llenaban los ojos de lágrimas y me aplastaba un dolor brutal.

Capítulo 13

¿Por qué hice eso? No debería haberlo hecho. ¿En qué estaba pensando? Porque Rylan no solo amenazó con mudarse. Empaquetó todo, incluida su estúpida señal de neón, y se largó.

A la mañana siguiente, estaba solo en una habitación vacía. El eco hueco me agarró el pecho, hundiendo sus dedos en mi corazón. Lo había arruinado todo. Ahora Rylan se había ido y no tenía nada a lo que volver.

Ya no podía fingir ni esconderme. Todo en mí dolía. Estaba dolorosamente triste y no veía cómo esto podría cambiar alguna vez.

Me planteé quedarme de pie para siempre en la habitación vacía de Rylan. No lo hice porque, al cabo de un rato, se me cansaron las piernas. Así que me senté. Me planteé quedarme sentado para siempre en la habitación vacía de Rylan, pero me dio hambre y el vacío iba a seguir ahí después del desayuno también. Así que volvería a él.

Con la esperanza de que pedir algo refinado me hiciera sentir mejor, pedí una tortilla española. Yo, por supuesto, tuve que sustituir las patatas por beicon porque las patatas me recordaban a Rylan, siendo un tipo de carne con patatas. Y tuve que sustituir la cebolla por mantequilla porque la cebolla me recordaba demasiado a nuestro final amargo. Pero, por lo demás, era una tortilla española perfecta.

Entonces, ¿por qué no podía comérmela?

Clavando la mirada en el plato, con el tenedor en la mano, moví las tortitas… que había sustituido por los huevos. Pero no tenía hambre. O sea, me sentía vacío, pero no podía comer. Estaba a punto de mandarlo todo a la mierda y volver a mi habitación vacía cuando,

—¿Cómo sabes si le gustas a alguien? —preguntó Percival, colocando su bandeja al otro lado de la mesa.

Levanté la vista hacia él y luego hacia su comida, y me di cuenta de que estaba a medio comer. Había estado sentado en otra parte y se había trasladado conmigo. Volví a mirar su pelo largo y rizado y su bigote fino, intentando recordar qué me había preguntado.

—¿Cómo? —pregunté, rindiéndome.

—O sea, si a alguien le gustas, ¿te preguntaría por los deberes aunque nunca haya hablado contigo antes? —preguntó con una mezcla de tensión y emoción.

—No sé. Puede. ¿Por qué? ¿Alguien te ha preguntado por los deberes?

—Sí. Y después de que yo dijera que no lo sabía, se puso a hablar del partido de fútbol americano de la semana pasada.

—¿Llevabas una camiseta de fútbol americano o algo?

—Ahí está la cosa. No la llevaba. Nunca he ido ni siquiera a un partido. Pero él se puso a hablar de eso.

—¿Y tú qué hiciste?

—Dije: «Sí». Y entonces me miró y me preguntó si alguna vez he ido a un partido. Le dije que no, y me dijo que debería ir a uno. Le dije que no me va mucho el fútbol americano y dije que tengo un amigo al que sí… o sea, tú. Y preguntó si tú ibas a ir al partido de fútbol americano de este fin de semana. Dije que no lo sabía. Y entonces dijo que si tú vas, yo debería ir contigo. Y: «A lo mejor te veo por allí» —dijo Percival, mirándome, esperando una respuesta.

—Espera, ¿qué? —pregunté, habiéndome desconectado a mitad de la historia.

Después de repetirlo todo palabra por palabra, lo pillé. Había insinuado que yo iría al partido de fútbol americano de este fin de semana. Y algún tío le había dado una coartada plausible, que es cuando alguien deja caer una invitación que puede ser una cita si al otro le apetece. Y si no, tiene la coartada de que solo era una invitación platónica.

—Entonces, ¿qué crees? —preguntó Percival, ansioso.

Volví a mirar mi tortilla española.

—Quiere verte desnudo y follar contigo. Lo más probable es que en un baño o en una escalera. Pero seguramente puedas convencerlo de una cama si es tarde y no tienes compañero de habitación.

Como no recibí respuesta, se me fueron los ojos hacia arriba. Percival tenía la cara de cualquier personaje sorprendido al que acaban de convertir en piedra. Me planteé dejarlo así, pero eso me convertiría en Medusa, y mi autoestima no podía encajar otro golpe.

—¿Percival? Que sepas que no tienes por qué follar con él. Tu cuerpo, tu decisión.

Percival cerró la boca de golpe y se recompuso.

—Ya lo sé. Solo me preguntaba qué creías que significaba. No quería tener sexo con él.

—Vale —dije encogiéndome de hombros, porque en realidad me daba igual.

—Entonces, ¿vas a ir al partido el próximo fin de semana?

—¿Partido?

—El de fútbol americano.

—¿Por qué iba a ir yo a un partido de fútbol americano?

—No sé. Vi que Rylan había vuelto. ¿No estaría jugando?

Miré a Percival, preguntándome cuánto debía contarle. Pero, sinceramente, no tenía fuerzas para contarle nada. Aún no había decidido si debía sentirme humillado o simplemente destrozado.

—Supongo que si Jordan va.

—¿Quién es Jordan? —preguntó, recordándome que los dos no se habían conocido. Y ¿por qué iban a hacerlo?

—Es un amigo. Sale con un jugador de fútbol americano.

—¿Cuándo vas a saber si Jordan va?

—No sé. No se lo he preguntado.

—¿Cuándo se lo vas a preguntar?

—No sé. Supongo que cuando lo vea en clase el lunes.

—¿Tienes su número o sabes dónde vive? ¿Vive en el campus?

—Sí… Sabes que no hace falta que yo vaya si quieres ver a ese chico.

—¡Ya lo sé! —dijo a la defensiva—. Solo preguntaba porque nunca he ido a un partido de fútbol americano. Y pensé que si tú ibas a ver a Rylan, yo podría echarle un vistazo, quizá.

Por mucho que dijera Percival, yo sabía que en realidad solo buscaba una excusa para ver a ese chico. Pero eso implicaba ir a uno de los partidos de Rylan. Ni siquiera había ido a uno de sus partidos antes, cuando todavía no le molestaba que yo existiera.

Y, al mismo tiempo, decirle a Percival que Rylan se había mudado y tener que explicar todo lo que venía con eso era más de lo que podía manejar ahora mismo. Pensándolo bien, decírselo a Jordan sería igual de malo.

¿Aunque… no lo sabría ya por Charlie? ¡Mierda! ¿Cómo se suponía que iba a gestionar esto con Jordan? Podía fingir que no había pasado nada. Siempre era una opción.

Sé lo que diría el hombre de la mermelada. Diría: comparte tu tristeza como compartes tu alegría. ¡Uf! Escucharlo es lo que me había llevado a donde estaba: con el corazón roto y solo. No había ninguna manera de que fuera a seguir su consejo otra vez.

—Miraré si Jordan va. Si va, puedes venir con nosotros —le dije a Percival, demasiado cansado para pensar en lo que me estaba comprometiendo.

—¿En serio? ¡Genial! Gracias. ¿De verdad crees que intenta tener sexo conmigo?

—¿Se sienta detrás de ti en alguna de tus clases?

Percival parpadeó, sorprendido por la pregunta.

—Eh… supongo. Creo que sí.

—Sí. Significa que lleva mirándote todo el semestre y que ha ido acercándose poco a poco a hablarte. O quiere tener sexo contigo o planea robarte uno de tus riñones. Si alguna vez te pregunta cada cuánto meas, corre.

—¡Oh! Sí, me acordaré.

Después de recibir mi sabia recomendación, dejó de preguntarme por el partido. No me preguntó nada más después de eso. Creo que estaba sopesando cómo sería la vida con un solo riñón.

Yo, en cambio, había encontrado la motivación para comerme mi tortilla española, la pila entera. Luego Percival se unió a mí mientras volvíamos andando a la residencia.

—¿Vas al día con los pedidos de gorros? —me preguntó mientras subíamos las escaleras.

—Podría tejer cada momento de cada día y aun así no alcanzaría. Etsy permite las preventas, así que ahora dejo que la gente haga eso.

—Si necesitas otro tejedor, puedo ayudar.

—Esto no es precisamente un curro pagado.

—Ya lo sé. Pero iba a tejer igualmente. Y así por lo menos es por una buena causa. Tú pagas la lana, ¿no?

—Sí. Claro.

—Entonces, si quieres, estoy disponible —dijo Percival con una sonrisa.

Era difícil describir cómo me hizo sentir el gesto de Percival. Supongo que podría describirse como… ¿bien? Eso es cuando no sientes que tu mundo entero va a venirse abajo en cualquier momento, ¿no? Hacía tanto que me costaba recordarlo.

Y quizá «bien» era una palabra demasiado fuerte. «Mejor», tal vez. O quizá como «algo» en vez de la nada con la que me despertaba.

Como fuera que lo describiera, me sentí lo bastante bien como para pasar el resto del día tejiendo. Ayudaba saber que los gorros que estábamos haciendo Percival y yo irían a gente que los quería como símbolo de esperanza. Mi vida quizá era un incendio de contenedor sin fin, pero mis gorros eran los s'mores que la gente hacía con él… ya sabes, acampando al lado de un incendio de contenedor.

—Oye… ¿has averiguado si Jordan iba a ir al partido de fútbol americano? —me preguntó Percival cuando llegó la hora de cenar y era obvio que yo ni había tocado el móvil.

—Todavía no. Lo haré —dije, un 95% seguro de que lo haría. Porque Percival estaba haciendo algo muy bonito por mí. Lo mínimo que podía hacer era estar un 85% seguro de que llamaría a Jordan por lo del partido. O sea, si

no puedo estar un 75% seguro de que lo haré, ¿qué tipo de persona sería? Por eso era un sólido cincuenta-cincuenta que lo llamaría.

—¡Uf! ¡Vale! ¡Lo hago!

—¿Qué? —preguntó, como si no pudiera oír el vaivén dentro de mi cabeza.

—He dicho que lo llamaré —le dije a Percival, recogiendo mis cosas y volviendo a mi habitación. Mi habitación vacía, solitaria.

—¡Dios mío! ¿Quién se ha muerto? —preguntó Jordan nada más descolgar.

—Supongo que la respuesta correcta sería la madre de Rylan —le dije, pensativo.

—Ah. ¿Cómo estás?

—No lo sé. Se mudó.

—Ah —dijo, como si supiera más de lo que estaba diciendo. Tras un momento—: Sé que me dijiste que si yo sabía algo debía decírtelo…

—¿Sabes algo?

—Sí —dijo, vacilante—. ¿Quieres que te lo cuente?

¿Quería que me lo contara? Había una voz en mi cabeza gritando que sí. Pero había una voz diminuta susurrando que no. ¿Qué sería escuchar esa voz, por una vez?

—No —respondí, sorprendiéndonos a los dos, pero sobre todo a mí.

—¿No?

—No.

—Vale. Entonces… ¿hay algo que pueda hacer para ayudar?

—De hecho, sí. Estoy intentando que alguien folle y quiere conocer a un chico en el partido de fútbol americano del próximo fin de semana. ¿Quieres venir conmigo?

—Eeeh… ¡sí! Claro. Supongo que me sorprende que…

—¿Que esté haciendo algo por alguien más?

—Iba a decir que querrías ir al partido, teniendo en cuenta que Rylan estaría jugando. Pero sí, lo otro también.

Me reí por lo bajo.

—Ya, ¿verdad? Supongo que ahora soy una persona desinteresada. ¿Quién lo diría?

Yo esperaba que se riera. En vez de eso, preguntó:

—¿Seguro que estás bien?

Me quedé en pausa y luego respondí con honestidad.

—No lo sé —admití—. Pero voy a intentarlo.

—¿Quién eres y qué has hecho con Tea? Si lo has encerrado en el armario…

Sonreí.

—No he estado en el armario en años —dije con una sonrisa—. Buenas noches, Jordan.

—Buenas, Tea —dijo, colgando y devolviéndome a mi vacío.

Mis siguientes días fueron horribles, obviamente. Pero para mi sorpresa, tanto Percival como Jordan estuvieron ahí para mí. Jordan más que Percival. Aunque quizá era porque aún no le había dicho que Rylan me odiaba tanto que se había mudado.

Podía notar que Percival estaba emocionado por ver al chico en el partido, eso sí. No hablaba mucho del tema. Pero lo sacaba cada noche mientras tejíamos.

Normalmente en forma de preguntas sobre citas como:

—¿De qué se supone que tenemos que hablar?

—No sé, ¿del partido?

—¿Debería… no sé… cogerle la mano o algo?

—Si estuvieras ligando con chicos en los años cincuenta.

—¿Cómo sabré si quiere besarme por primera vez?

—Si te dice que la mamada que le hiciste estuvo caliente, esa es tu señal.

Creo que apreciaba todos mis sabios consejos. Y, ¿sabes qué? No acaparar mi sabiduría sí se sentía bien. A lo mejor el hombre de la mermelada no estaba loco.

Cuando llegó el día del partido de fútbol americano, tuve mis dudas sobre ir. Pensé que podría ser indiferente al ver a Rylan otra vez. Pero no podía.

Habíamos tenido sexo y había sido genial. Pero luego me hizo mucho daño. Me han hecho cosas de mierda los tíos con los que me he acostado, pero él había traído chicas a nuestra habitación y había tenido sexo con ellas.

¡En nuestra habitación! ¡En la misma cama en la que me daba placer! La había profanado con vaginas. Nunca podría perdonarlo por eso.

Y sí, su madre acababa de morir. Y sí, básicamente me había aprovechado de él cuando estaba más vulnerable. Pero, en mi defensa, llevaba meses en celibato. No metes la mano en la boca de un oso hambriento y luego culpas al oso cuando te la muerde.

Pero, supongo, si lo miraba con justicia, no era su responsabilidad moderar mis actos aunque la única razón por la que estaba allí fuera ser mi apoyo al celibato. Siento que le estoy poniendo excusas, pero quizá es

comprensible que se portara un poco como un gilipollas después de perder a la persona más importante de su vida.

Eso no significa que lo perdone ni que quiera tener nada que ver con él otra vez. Pero quizá no es la peor persona del mundo por ello. Porque esa sigue siendo Gabriel. No, perdón, Gay-bre-EL-a.

—Estoy muy nervioso. ¿Es normal estar nervioso? No sé por qué lo estoy —dijo Percival mientras yo me bajaba la gorra de béisbol aún más.

Aunque podía entender por qué hizo lo que hizo, no quería que Rylan me viera y pensara que lo había perdonado… o que lo estaba acosando. Con una orden de alejamiento más, me condenan a salir con mujeres. Eso es lo que significa «Scared Straight», ¿no?

—¡Percival! —dijo un chico razonablemente mono, atrayendo la atención de todos.

¿Cómo era mono este chico… y con pinta de hetero? No había manera de que Percival pudiera ligar con un tío así. A no ser que… ¡Espera! ¿Percival está bueno?

Volví a mirar a Percival. No lo clasificaría como twink. Tenía demasiado vello facial para eso. Tampoco diría que era un jock. ¿Un otter, quizá? Y si lo miraba desde esa perspectiva…

¡Dios mío, Percival está bueno! La mirada de alcoba, la sonrisita de «sé algo que tú no sabes». Si no supieras que es un conspiranoico chiflado, sería totalmente follable. ¿Cómo se me escapó?

—¡Eh! —respondió Percival… con esa sonrisita de «sé algo que tú no sabes».

Al ver a Jordan y a mí, el chico ofreció la mano y dijo:

—Soy Josh.

—Claro que sí —respondí, estrechando la mano del colega gay y empezando la cuenta atrás para que nos invite a jugar al Frisbee golf.

—Mis amigos están guardando asientos a pie de campo para todos. Os bajo —dijo Josh, guiándonos hacia el estadio.

—¿A pie de campo? Yo pensaba que podríamos encontrar unos asientos bonitos en medio de todo el mundo, para camuflarnos por ninguna razón en particular.

—Nah, estos asientos están de puta madre. Es tu primer partido, ¿no, Percival?

—Sí, nunca he ido a uno —dijo, con una tranquilidad sospechosa.

Espera, ¿Percival también es guay? O sea, yo lo conozco. Desde luego no lo es. Pero ¿lo es? Porque ya no sé distinguir.

—Guay. Sí, estos son los mejores asientos para una primera experiencia. Te van a encantar —dijo Josh, llevándonos hacia ellos antes de que yo pudiera inventar una buena razón para negarme.

—Guay —repitió Percival antes de quedarse un poco atrás y agarrarme la muñeca.

Cuando todo el mundo empezó a bajar las escaleras, se giró hacia mí y dijo:

—Estoy atacado.

Ahí estaba el Percival que yo conocía. El mundo volvía a estar en orden.

—Lo estás haciendo genial. Hasta a mí me la has colado.

—No sé si puedo seguir con esto.

—Sí puedes. Confía en mí. Lo estás haciendo genial.

—No te vas a ir, ¿verdad?

—No —dije, mientras un cosquilleo áspero me trepaba por la nuca—. Voy a estar justo a tu lado.

—Gracias.

Y por la expresión de pánico en sus inquietantemente sensuales ojos de alcoba, supe que lo decía en serio.

Siguiendo a todo el mundo hacia el campo, me bajé la gorra lo suficiente como para ver solo los escalones delante de mí. Estaba bien. Perfectamente bien. Sentarme lo bastante cerca de los jugadores como para olerles el pelo no había estado en mi plan, pero daba igual. Podía con esto.

—Por aquí —dijo Josh, metiéndose primero por el pasillo.

—Genial —respondió Percival, agarrándome la muñeca con una fuerza de tornillo de banco y arrastrándome detrás de él.

Guay. Guay guay. Guay guay guay ca ca guay.

Esto no era un problema. Para nada.

—Percival dijo que salías con uno de los jugadores —me dijo Josh desde algún lugar al otro lado de mi gorra.

—¿Yo? —pregunté, convencido de que los jugadores podían oír cada palabra de nuestra conversación—. No, ese es Jordan. Sí, él es el que sale con un jugador. Charlie. Sale con Charlie.

—Ah, pensé que había dicho que eras tú. Mi culpa.

—No… pasa nada. Sí… Charlie —me explayé con elocuencia.

Por suerte, el partido empezó poco después. Y cerca del descanso, me sentí lo bastante cómodo como para levantar la vista hacia el campo. No era como si yo fuera de esos gays a los que no les gusta el fútbol americano. A mí sí. Había ido a muchos partidos.

Así que, todavía sintiéndome cómodamente escondido bajo la visera, empecé a prestar atención. La universidad tenía una larga historia de victorias. Y verlos jugar todo el partido desde detrás era una putada. Quería animarlos, pero lo último que quería era llamar la atención. Porque si lo hacía,

—¡Rylan!

¡Mierda! ¿Me vio? Creo que no. Estaba mirando el campo. Nos daba la espalda. Solo supe que era él por su perfil. Era, sin duda, el perfil de un bisexual confundido.

Convencido de que era seguro levantar la vista, volví a mirarlo. O sea, era mono. Y el uniforme no hacía nada por ocultar sus inquietantemente anchos hombros y su cintura estrecha. Así que, cuando salió al campo y estuve seguro de que estaría centrado en el partido, levanté la visera y lo miré.

Creo que me dijo qué posición jugaba, pero por mi vida que no lo recordaba. ¿Había prestado atención a algo de lo que decía? Tío, igual ni siquiera fui un buen compañero de habitación.

¡Nah! Seguramente me lo dijo con la camiseta quitada o algo. Si de verdad hubiera querido que yo lo supiera, lo habría escrito en una nota y la habría dejado en su cajón de los calzoncillos. Así es como se nota que no le importaba.

No sé lo suficiente de fútbol americano como para nombrar las posiciones, pero creo que jugaba de running back o fullback. Era el que se coloca detrás del quarterback y se lanza contra todo el mundo para que el quarterback tenga tiempo de lanzar el balón.

Y por lo que pude ver, lo hacía bien. No era culpa suya que nuestro quarterback fuera malísimo.

—¡Eres malísimo! —grité cuando el quarterback lanzó su segundo pase incompleto. Y otra vez cuando lanzó el milésimo—. ¡Quarterback, eres malísimo!

—Tío, sabes que te pueden oír, ¿no? —dijo el colega gay Josh, molesto.

Me giré hacia él, necesitando corregirlo.

—Están a medio campo. No hay manera.

—¿Has estado alguna vez en el campo? Hay eco. Se oye todo.

—No se oye. Si eso fuera verdad…

Y al volver la vista al campo, vi a Rylan mirándome como si yo fuera la única persona aquí.

—¡Mierda! —dije, agachando la cabeza y encogiéndome en el asiento.

En pánico, me moví para largarme de allí.

—¿Adónde vas? —preguntó Percival, clavándome la mano en el brazo.

—Al baño. Voy al baño.

No iba al baño. Iba a mi habitación a hacer las maletas y mudarme lo más lejos posible. Subiendo las escaleras a toda velocidad —tantas escaleras. ¿Por qué había tantas escaleras?—, me metí en el pasillo.

Yo ya estaba fuera. Rylan me había visto y no podía volver. Y definitivamente habría seguido con mi carrera sin aire si no hubiera recordado la mirada de Percival cuando me fui.

Él… no tenía buena pinta. No sé por qué. Lo estaba haciendo bien. No había mucha conversación entre él y Josh, pero para eso se inventaron las mamadas.

Aun así, Percival no lo sabía. Seguramente pensaba que tenía que conectar por intereses mutuos o compatibilidad. Y, si pensaba eso, vale, podía entender que creyera que no lo estaba haciendo bien.

Me detuve, y no porque estuviera jadeando tanto que los buitres ya daban vueltas.

—¡Aaah!

Tenía que volver, ¿verdad? Mira, por eso no hay que ser majo con la gente. Porque empiezas a preocuparte por cómo se sienten. ¡Suspiro!

Vale. Volveré. Me tragaré la humillación y ya lidiaré con la orden de alejamiento cuando llegue.

Salir con mujeres no será tan malo. Seguro que acabaré cogiéndole el gusto a sus tetas y… no sé, camelback. ¿Eso existe?

Bueno, iba a tener tiempo de sobra para averiguarlo. Hasta entonces, iba a babosear todo lo que pudiera con esos tíos en el campo. Y me iba a gustar, teniendo en cuenta que sería la última vez que me permitirían estar a menos de quince metros de ellos.

—Gracias —susurró Percival cuando volví a mi asiento.

—Relájate. Solo fui al baño. Y por el amor de Dios, habla con el tío bueno que tienes al lado.

—¿Qué le digo?

—Pídele que te explique el fútbol americano. A los hombres les encanta cuando no sabes algo que ellos sí.

Percival respiró hondo y se giró hacia Josh.

—Entonces, ¿por qué siguen moviendo esa cosa en el lateral del campo?

—¿Te refieres a la cadena?

—¿Así se llama?

Josh miró a Percival y se iluminó. Yo estaba haciendo el trabajo de Dios.

Con eso resuelto, me subí la gorra bien arriba y me acomodé. Si este equipo iba a remontar catorce puntos, necesitaban todo lo que yo tenía. Y yo no iba a fallarles.

—¡Poned el culo en marcha ahí abajo! ¿Qué pasa, anoche vuestros novios no os dieron lo vuestro? ¡Jugad como os lo merecéis!

—¡Tío! —dijo Josh, como si tuviera la más mínima posibilidad de frenar este tren.

Costó, pero en la segunda parte los puse casi al día.

—¡Vamos a por ello! —grité cuando el ataque entró al campo—. ¡Corred el balón! —chillé, por si el entrenador no se lo había dicho ya.

Rylan me miró en ese. Me había mirado varias veces. Me dejó de importar.

¿Le molestaba? Probablemente. Pero a todo el mundo le molestaba que nuestro equipo de pena solo tuviera siete pases completados y tuviera que rezar para que la defensa los mantuviera en el partido.

Tras otro pase incompleto a ese tío del extremo que había llegado a su sitio con las manos abiertas, grité:

—¡Límpiate la lefa de los ojos y corre el balón!

Rylan me miró fijamente y volvió al huddle, agitado. De verdad pensé que él y el quarterback iban a acabar pegándose. No lo hicieron.

Pero cuando se colocaron, el tío que saca el balón se lo dio al quarterback. El quarterback se lo dio a Rylan, y Rylan se metió en la línea de hombres como una bola de bolos. Los cuerpos salieron volando.

Cuando terminó, repitieron la jugada. Y otra vez. Esto era increíble y, sinceramente, bastante caliente.

Luego, con tiempo en el reloj para una sola jugada más, el equipo cambió. Otro se colocó detrás del quarterback y Rylan, agotado, se apartó. Respiraba tan fuerte que pensé que se desmayaría.

Pero en vez de descansar la última jugada, hizo un quiebro y se quitó de encima al defensor que tenía delante. Libre, abrió las manos mirando hacia atrás. El quarterback supo lo que tenía que hacer.

Pasándole el balón a Rylan, Rylan bajó la cabeza, salió disparado y, con el nuevo tío delante de él preparándose para el placaje, Rylan saltó por encima como una valla, se quedó libre y anotó el touchdown.

Me levanté de un salto y grité. O sea, todo el mundo lo hizo. Nadie en la grada se lo podía creer. Y en vez de empaparse de la adoración, Rylan se giró y me fulminó como si le hubiera matado al perro. Uf.

—Deberíamos irnos —le dije a todos, sin esperar a que se levantaran.

Como último partido al que me dejarían entrar en mi vida, estuvo bastante bien. Sobre todo lo que hizo Rylan al final. Eso no cambiaba nada de lo que había pasado entre nosotros. Pero al menos ahora tenía una razón real para odiarme, en vez de cualquier cosa inventada que hubiera usado para justificar lo que hizo.

Quedándome un poco atrás con Jordan mientras Josh se despedía de Percival en plan colega gay, me planteé si debería haber venido. Solo sirvió para ponerme en una posición peor con Rylan. O sea, ¿era posible que dejara de cagarla con mi vida? Supongo que no. Pero dicen que hagas lo que se te da bien, ¿no?

—Gracias.

—¿Qué? —dije, saliendo de mi espiral apocalíptica.

—Solo quería darte las gracias. Significó mucho para mí que vinieras. Me ayudaste un montón —me dijo Percival—. No sé si habría podido pasar por esto sin ti.

—Sí. Claro. No fue nada —le dije, dándole vueltas a lo que había dicho.

Admito que no me lo esperaba. O sea, entiendo que mi presencia pudiera ayudar. Pero no hice nada. ¿No hay que hacer cosas para que la gente se sienta feliz? Ni siquiera estoy seguro de que este vaya a follar por esto. Josh no me daba vibras de «soy de los que dan».

Entonces, ¿por qué actuaba Percival como si yo hubiera hecho algo por él cuando lo único que hice fue venir con él? Estuve a punto de lograr que nos echaran a todos. Y… ¿por qué lo que me dijo Percival me hizo sentir bien?

Supongo que hay cosas que están hechas para seguir siendo un misterio. En fin.

Lo más importante era si iba a encontrar una muñeca de mí, mal cosida, con los ojos bizcos, cuando me despertara. Porque eso sería un delito de odio… perdón, un delito de hater, que es igual de grave.

Al comprobar fuera de mi puerta a la mañana siguiente si había calcetines con mi cara dibujada, no encontré ninguno. Eso era bueno porque a mí los pies no me iban tanto. Y, inspirado por lo que dijo Percival al salir del estadio, estaba de sorprendentemente buen humor.

Cruzando el campus camino del desayuno, de pronto me fijé en que las hojas habían cambiado de color. ¿Cuándo pasó eso? El campus era un mar de rojos y amarillos. Era bastante bonito. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta ahora? ¿Esto pasaba todos los años?

Entrando en Commons con un saltito en el paso, me di cuenta de que estaba feliz. Esta sensación era increíble. Lástima que hubiera llegado

completamente al azar, sin una causa rastreable, porque si no, querría sentir esto todo el tiempo.

Como era aleatoria y quizá no volvía a pasar, decidí aferrarme a ella. No iba a dejar que nada me hundiera. Y, ¿sabes qué? No había nada que pudiera hundirme. Era un hombre nuevo. Nunca iba a estar triste otra vez.

—¡Gabriel!

Mierda.

—No, no. Gay…

Él esperó. Yo esperé. Él esperó más. Yo esperé más. Yo estaba dispuesto a esperar eternamente. No iba a cortarme otra vez. No iba a darle la oportunidad y se lo iba a dejar claro.

—Ya sabes…

—Bre-EL-a —continuó, con esa misma cara de buen gay, engreída, estúpida.

No. No. No iba a dejar que me afectara. Por alguna razón, los árboles fuera estaban rojos. Y yo iba a marcar este evento nunca-visto con paz y decoro. Gabriel no iba a poder conmigo.

—Tienes razón. Siempre digo Gabriel…

—No. No.

—Gay-bre-EL-a. Lo pillo. Y es tu nombre y es como quieres que se pronuncie. Así que, si quieres que lo diga así, aunque seas de Minnesota…

—Wisconsin.

—¡Es lo mismo! —dije, cortándome antes de espiralar—. Mira, quería decirte que te mereces que tu nombre se pronuncie como tú quieras y, a partir de ahora, voy a hacer lo posible por respetarlo.

Gabriel me miró sorprendido y visiblemente encantado. Estaba claro que pensaba que había ganado. Y, ¿sabes qué? Me daba igual. Que tenga su victoria. De hecho…

—Además, cuando hablamos al principio del semestre, te dije que tenía una tienda de Etsy vendiendo tejidos. No la tenía. Mentí. Ni siquiera había tejido mi primera cosa en aquel momento. Pero ahora sí tengo una tienda en Etsy. Y he vendido bastantes gorros. Pero no estoy ganando 15.000 dólares al mes. Apenas saco beneficio.

—Pero no pasa nada. Porque a la gente que los compra le gustan muchísimo. Mis gorros significan algo para ellos. Y me hace sentir bien saberlo. Y para mí, con eso basta. Así que, ahí lo tienes —dije, por fin confesándolo.

Gabriel apretó los labios y me miró como si yo fuera un bebé que se hubiera puesto un cuenco en la cabeza creyendo que era un sombrero.

—Cada llama es el comienzo de una vela nueva —dijo, animándome.

Y no pude evitar…

—Espera, ¿qué? —pregunté, de pronto superado por lo ridículo de lo que había dicho—. ¿Qué significa eso siquiera?

—Es de mi nueva vela superventas —dijo, orgulloso.

Lo miré, intentando descifrar…

—Espera, ¿qué? Tienes que admitir que no tiene sentido —dije, incapaz de soltarlo—. O sea, ¡vamos! ¿Cada llama es el comienzo de una vela nueva? Venda mucho o no, no dice nada.

La mirada de Gabriel me dejó claro que quizá no le había gustado lo que dije.

—Perdona, mi novio me está esperando —dijo, dándose la vuelta y alejándose.

—Pero no puedes decirme que tú crees que eso tiene sentido —lo desafié mientras se sentaba junto a su novio buenorro de 2,06 y lo besaba.

Yo intentaba ser el gay más maduro. Lo intentaba. Pero, ¡vamos! Si yo podía admitir que estaba lleno de mierda, como gay superior, él también podía.

Me senté en una mesa desde la que Gabriel y Brad quedaban en el rabillo del ojo. No estaba intentando mirarlo, Dios sabe que no, pero la cantidad de arrumacos públicos entre esos dos era asquerosa. Yo no odio a nadie, pero verlos me decía todo lo que necesitaba saber sobre por qué a nadie le cae bien la gente como ellos.

¡Asqueroso! Perdona, ¡aquí hay gays privados de sexo! ¡Nadie tiene por qué ver eso! ¿A que sí?

Uf. Tardé días en que la imagen de esos dos haciendo cosas impías se borrara del reverso de mis párpados. Sí, ya lo pillo. Soy patético y estoy solo. Gabriel tiene a alguien que lo quiere. Yo no. Él probablemente tendrá bebés altos y preciosos. Y yo moriré solo.

¿Por qué no podía simplemente no estar loco? ¿Era tan difícil? No te acuestes con un chico solo porque te presta un poco de atención. No te enamores de cualquier tío que te sonría. Y cuando un jugador de fútbol americano buenorro se muda a tu habitación para ser majo, no te acuestes con él en cuanto se muere su madre.

Ahí está. Tan simple. Y aun así yo no era capaz ni de eso.

Gabriel tiene a alguien que lo quiere y yo estoy celoso por eso. Ya lo dije. Soy mezquino, un desastre, y nunca me van a querer. Debería poner eso en una vela. Porque yo nunca tendré lo que él tiene. Nunca tendré un Brad.

Conforme pasaban las semanas, también se me iba la juventud. Pero no fue hasta que encontré un pelo en el pecho cuando me di cuenta de que no

sería twink para siempre.

¿Qué hacía encerrándome a tejer todas las noches? Eso no era yo. Necesitaba salir. Necesitaba volver al mundo triunfante, más mayor y más sabio. Así que eso hice.

—Voy a una fiesta de fraternidad —le dije a Percival, recogiendo mi lana.

—¡Oh! ¿Puedo ir?

Me quedé en pausa. ¿Podía venir conmigo? No lo sabía. Con mi ayuda, había avanzado muchísimo como gay novato. Pero no estaba seguro de estar listo para que viera a este gay en pleno vuelo.

Porque, aunque no me había dado cuenta, había algo en el fondo de mi mente que había decidido que esta era la noche. Al principio del semestre me había jurado a mí mismo celibato. Y salvo una noche bastante cuestionable, lo había cumplido.

Pero toda cosa buena —y toda cosa en carne viva, con huevos azules y rozaduras— tiene que terminar. Este era ese momento. Iba a salir y a follar. Fuera en un cubículo de baño o en una escalera vacía, iba a follar y me daba igual con quién.

—Quizá la próxima —le dije a mi padawan mientras iba a mi habitación a arreglarme el sable láser.

—Jordan, ¿te apetece ir a una fiesta de fraternidad?

—Bueno, me estás llamando. Así que sé que vas en serio.

—Voy en serio. Mi periodo de duelo se acabó. Estoy listo para volver a montarme en alguien con una polla como un caballo.

—¿Estás seguro, Tea? Porque esto es justo lo que juraste que no ibas a hacer este semestre.

—Y tú juraste que viviríamos juntos y nos ayudaríamos a ser celibatos. Pero las cosas cambian. ¿No?

Jordan se quedó callado.

—Vale —dijo por fin—. ¿Puede venir Charlie con nosotros?

Aunque me esperaba que Jordan preguntara, ojalá no lo hubiera hecho. Habría estado bien tener una noche de gays como las de antes. Pero ahora las cosas eran distintas. Podía aceptarlo. Y si iba a salir con un hetero, supongo que había peores que Charlie.

—Sí. Claro.

—Vale. Entonces, ¿nos vemos allí?

Era mi primera vez volviendo a una fiesta de fraternidad y, sinceramente, no quería aparecer allí solo. Sabía que daba igual. Y sabía que me largaría con el primero que me echara la mirada. Pero quería al menos fingir

que tenía a alguien allí a quien le importaba, aunque no fuera con quien me fuera a ir.

—Iré a tu casa. Salimos desde allí.

—¡No! O sea, no, está bien. Nosotros vamos a tu casa.

—Sí, lo que sea —le dije, quedando a una hora.

Cuando llamaron, salí rápido, cerrando la puerta detrás de mí. La verdad era que no quería que vieran que el lado de Rylan seguía vacío. Teniendo en cuenta que ahora vivía allí solo, sabía que no tenía sentido seguir encerrado en el armario donde dormía.

Pero la verdad era que no había aceptado del todo que Rylan se hubiera ido. Una parte de mí creía que no debía mover mis cosas allí porque, como la última vez, volvería. Sabía que era idiota por pensarlo. Se había ido para siempre. Lo entendía. Pero si eso era verdad, ¿no significaba que no había nadie que quisiera estar conmigo? Ni Jordan, ni Rylan, nadie.

¡No! ¡No! Esta noche no iba a pensar en eso. Esta noche, lo único que importaba era acabar desnudo y pringoso con algún hermano de fraternidad en el armario y hacerle cuestionarse su vida. Si, al final de la noche, había un tío jurando que «nunca había hecho eso antes» y que «nunca lo haría otra vez», mi noche estaría completa.

Nada más llegar a la fiesta, que estaba poco concurrida, dejé tirados a Jordan y a Charlie y fui a por una bebida. Necesitaría unas cuantas para lograr la noche que quería y, hasta que me las bajara, tenía que recordarme mi rutina.

Había una ciencia para ligar con un tío de fraternidad en una fiesta. Para empezar, no pasa nada hasta que el tío está lo bastante borracho como para que su buen juicio se haya ido. Lo segundo más importante era colocarte en algún sitio donde el tío adecuado te viera y que no estuviera en el flujo de tráfico. Quieres que tenga la privacidad de creerse que nadie le pedirá cuentas por lo que haga.

Ese era mi objetivo ahora. Encontrar el sitio perfecto para que alguien se me acercara fuera de las miradas cotillas de los bros de la fraternidad. El primer candidato era junto a la chimenea en el salón de la casa. Obviamente no era buen sitio ahora porque había poca gente. Pero cuando se llenara…

—Tea, ¿no? —dijo alguien, sacándome de mis pensamientos.

—Sí. ¿Y tú eres Brad? —dije, al novio de Gabriel.

—Sí. Te he visto por ahí, claro. Pero no creo que nos hayamos conocido.

—Bueno, nos hemos conocido en el campo de batalla —bromeé.

—¿Perdona?

—La pista de voleibol —le recordé, antes de acordarme de cómo había acabado yo allí y arrepentirme de haberlo mencionado.

—Ah, sí. Cierto. Eres bastante competitivo —dijo con una sonrisa.

—Ya sabes, nosotros los jocks —dije, con descaro.

Se rió. Una risa buena.

—Entonces, ¿dónde está Gabriel?

—Oh. No viene a cosas como esta. Creo que piensa que le arruinará la reputación.

—¿Piensa que ir a una fiesta le arruinará la reputación? ¿Me estás vacilando?

—No. Es muy… —pensó un segundo—. Estricto con esas cosas.

—Ibas a decir frígido.

—No. Definitivamente no iba a decir frígido. ¿Quizá estirado?

—¿Esa es tu forma educada de decir «cero diversión»?

—Nunca diría eso de mi novio… por muy cierto que sea.

Empezaba a caerme bien este chico. La única vez que lo veía era como el accesorio de Gabriel. Pero quizá había más de él.

—Vale, tengo que preguntarlo. ¿Cómo puedes estar con él? Quiero decir, tú pareces guay. Y estás bueno…

—¿Crees que estoy bueno? —preguntó con una sonrisa.

—Claro. O sea, mírate. Y entiendo que él sea exitoso y esté bien de cara. Pero no hay manera de que estar con él sea divertido.

Brad apretó los labios y ladeó la cabeza.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, señalando mi bebida—. Necesito una. ¿Quieres otra?

Me bebí de golpe lo que quedaba de mi cerveza.

—Desesperadamente.

—Pues guía tú.

Cogiendo otra bebida y encontrando un rincón tranquilo, Brad se relajó.

—No es que Gabriel no sea un buen novio. Lo es. Y si vas a ser gay en una familia como la mía y vas a llevar a alguien a casa, no hay nadie mejor que Gabriel. Él es…

—…Un buen gay.

—¡Sí! Exacto. Es un buen gay.

—¿Y tú eres un buen gay? —le pregunté, preguntándome por dónde iba.

Los hombros anchos de Brad se tensaron y luego se relajaron en una risa.

—Depende de lo que te guste. O sea, puedo ser bueno.

—Ah, pues vaya. Porque yo buscaba a alguien malo esta noche.

—Yo puedo ser malo, sin problema —dijo con una mirada que hizo que mi mente se pusiera a buscar una escalera vacía.

—¿Ah, sí? ¿Y Gabriel?

—Tenemos un acuerdo.

—¡Oh! Eso me sorprende. No me imagino a Gabriel cediendo en nada.

—Bueno, digamos que ojos que no ven, corazón que no siente.

—¡Oh! ¡Eres malo!

—Él sabe cómo es nuestra relación.

—¿Y cómo es?

—Mira, a él lo único que le importa es que yo sea el pívot titular del equipo de baloncesto. Si perdiera esa posición, me perdería a mí. Y no es que nosotros dos tengamos sexo nunca. Dice que es por su medicación.

—¿Qué medicación?

—Para la depresión. Que lo entiendo. Pero tampoco es que estuviéramos follando antes de que se medicara. Y, ¿no se supone que la medicación hace que tengas más ganas de sexo? Lo leí por ahí.

—¿Gabriel tiene depresión?

—No le digas que te lo he dicho. Lo único que le importa es su imagen. Desde luego, no yo.

—Si es tan malo, ¿por qué estás con él?

—Como te decía… si tengo que ser gay…

—¿Por qué no estar con uno bueno? —completé.

—Lo entiendes —dijo, sonriendo.

Yo lo entendía. Pero no lo que él estaba diciendo. Entendía a Gabriel, y por primera vez. Obligar a esa pronunciación loca de su nombre. No perder una sola oportunidad de hacerme sentir mal conmigo mismo. Era falso y un fraude. Y ahora su novio venía a mí para darle lo que Gabriel no podía.

—Lo pillo.

—Bien. —Brad se quedó mirándome—. ¿Sabes que estás bastante bueno, no?

—¿Ah, sí?

—Sí que lo estás —dijo, pidiéndome la mano. Se la di.

—¿Qué dices si buscamos un sitio un poco más privado?

¿Iba a hacer esto? Gabriel desde luego no era mi amigo. Me hacía sentir peor que nadie que conociera. Y teniendo en cuenta que conozco a mi madre, eso ya era decir.

Y no se podía negar que Brad estaba bueno. Su tez caramelo, sus ojos marrón claro, su pelo rizado y suelto. Y con 2,06, era definitivamente el tipo de caballo al que yo quería volver a subirme.

—¿En qué estás pensando? —pregunté, tomando mi decisión.

—¿Podemos ir a tu casa?

—Yo…

¿Podíamos? O sea, no era como si yo le estuviera calentando la cama a nadie. Rylan había dejado claro que lo nuestro se acabó y que era hora de pasar página.

—¡Brad! —dijo una voz familiar a mi espalda.

Me giré y, al cruzarme con sus ojos, me quedé helado. Ni siquiera pude decir su nombre. ¿Qué hacía aquí?

—Rylan —dijo Brad, inmediatamente incómodo.

—¿Qué pasa, tío? —preguntó Rylan, todo sonrisas.

—Nada, aquí, siendo real. Ya sabes cómo va —respondió, sin mirarnos a ninguno de los dos a los ojos.

—¿Qué tal Gabriel? Ese es el nombre de tu novio, ¿no?

—Sí. Sí, está bien.

—Sí, vosotros dos hacéis una pareja estupenda. Desde luego no querría hacer nada que lo estropeara. Al menos… no otra vez, ¿eh?

Espera, ¿qué estaba haciendo Rylan? O sea, veía lo que estaba haciendo. Lo que quería decir era: ¿qué coño estaba haciendo?

—De hecho, Brad y yo ya nos íbamos —dije, agarrando el brazo de Brad y fulminando a Rylan con la mirada de la muerte.

—Os vais los dos juntos —repitió Rylan, con una cara de confusión tonta—. ¿Vais a quedar con Gabriel? Tendré que preguntarle por ello la próxima vez que lo vea.

—¿Sabes qué, Tea? Creo que me voy a ir.

—Voy contigo —le dije, viendo cómo mi caballo se me escapaba hacia el horizonte.

—No, no. Creo que me voy a ir a casa. Ya nos vemos por ahí —dijo, bajando la mirada y escabulléndose.

¡Yo… estaba… FURIOSO!

—¡¿Cómo te atreves?! —dije, girándome hacia Rylan, listo para matarlo —. Tú, de todos, no tenías derecho a hacer eso.

—Te he visto por ahí hablando con Gabriel. ¿No se supone que Gabriel es tu amigo? —dijo Rylan, las primeras palabras que me decía en más de un mes.

—Podría ser mi mejor amigo en el mundo entero y seguiría sin ser asunto tuyo porque, como dejaste muy claro, mi asunto no es asunto tuyo.

—Yo nunca dije eso —dijo Rylan, de pronto desarmado.

—A mí me sonó a eso.

—Nunca dije que no me importaras.

—No. Solo me follaste y luego te giraste y te follaste a un montón de mujeres en nuestra habitación.

—No pasó nada con esas chicas.

—¿Te refieres a las desnudas en tu cama? —pregunté, sin dejar que me mintiera.

—O sea, sí. Esas.

—¿Cómo puedes plantarte ahí y mentirme así? Las vi. ¿Te acuerdas? Yo estaba allí.

—Sé que estabas allí. Y, si soy sincero, ese era un poco el objetivo.

Sus palabras me dieron en el cerebro como un martillo contra el cemento. La vibración dolió.

—¿Qué?

—No tuve sexo con esas chicas. Apenas hice nada con ellas. O sea, lo intenté. Pero no pude. Luego lo intenté una segunda vez porque quería. Pero no todo mi cuerpo estaba de acuerdo.

—O sea, que intentaste tener sexo con esas chicas en nuestra habitación. ¿Cómo es eso mejor?

—No lo es. Por eso acepté mudarme.

—¿Aceptaste? Yo no te pedí que te mudaras. Eso fue decisión tuya —dije, enfadado.

—Tienes razón. Tú siempre tienes razón.

—No siempre tengo razón. No hagas como si yo fuera una persona horrible…

—No lo soy. Te lo prometo, no estoy intentando hacerlo. Es que no sé qué debería decir y la estoy cagando otra vez.

Rylan bajó la cabeza, como si de verdad se sintiera mal por todo.

—No la estás cagando. Y yo debería saberlo: soy un experto en eso.

Extrañamente, Rylan no me contradijo.

—Supongo que después de lo que pasó entre nosotros, me… asusté. No estaba en un buen sitio entonces —admitió.

—¿Y ahora? ¿Estás en un buen sitio ahora?

—O sea, mi madre sigue muerta.

—Claro. Y lo siento muchísimo —ofrecí, sin saber qué más decir.

Rylan bajó la cabeza.

—Lo siento. No sé por qué lo dije así. No estoy intentando dar pena ni poner una excusa por nada de lo que hice.

—Aunque es una excusa bastante buena.

Rylan no me contradijo.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunté, dudando.

—Sí. Claro.

—¿Por qué nunca me contaste lo de tu madre?

Rylan lo pensó.

—No sé. Supongo que no me preguntaste.

—¿Cómo iba a saber yo que tenía que preguntarte? O sea, siempre parecías estar de buen humor.

—Porque te veía a ti —respondió con sinceridad.

—Sí, claro.

—En serio. Verte era siempre lo mejor de mi día. Hacía lo que estaba pasando llevadero.

—Eso no tiene sentido. Si te gustaba tanto verme, ¿por qué hiciste lo de esas chicas?

—¡No lo sé! —admitió—. Solo puedo decirte que me equivoqué.

—Yo sé un poco de equivocarme. Y creo que el error que cometiste fue no contarme lo que estabas pasando con tu madre. Yo también cometí muchos errores. Así que no pienses que quiero echarte toda la culpa. Pero me gustaría pensar que, si me lo hubieras dicho, yo habría estado ahí para ti. Al menos, me habría gustado tener la oportunidad de intentarlo.

—¿Te refieres a como estuviste ahí para mí en mi partido? —preguntó Rylan, con un amago de sonrisa.

—¡Oh! O sea que me viste allí —dije, avergonzado.

—Todo el equipo te vio. Y te oyó.

—Sí… eh… perdón por eso.

—No pidas perdón. Fuiste lo que nos dio la motivación para ganar el partido —dijo, sonriendo.

—¿Quieres decir que te enfadé tanto que corriste el balón por la garganta del otro equipo?

—Algo así —dijo, riéndose—. Pero, siendo sincero, me gustó saber que estabas allí.

—A mí me gustó estar allí. No sé por qué nunca fui antes —admití, sincero.

—Yo tampoco. Y verte allí me hizo preguntarme si estarías dispuesto a… empezar de cero.

—¿Empezar de cero?

—Sí. Ya sabes, fingir que todos nuestros errores no pasaron.

—Rylan, no he sido un buen amigo contigo.

—No. Pero yo tampoco he sido buen amigo.

—Lo único que hiciste mal fue no compartir lo que estabas pasando. Yo… —pensé en todas las cosas cuestionables que hice mientras vivía conmigo—. Yo hice un poco más —continué, decidiendo no entrar en detalles.

—Sí, pero lo que hice yo fue bastante malo.

—¿Por qué no me lo dijiste? En serio. ¿Fue porque yo estaba tan centrado en mí mismo que no te fiabas de mí para eso?

—No, no fue eso. No fue nada de eso. Creo que simplemente no quería que fuera real. Y quizá porque no pensaba que tú me gustaras.

Lo miré, suspicaz.

—Entonces no estabas prestando atención.

—Pero tú nunca me preguntabas nada sobre mí. O sea, si te gustaba, ¿no me habrías preguntado al menos algo? Mientras tanto, yo me estaba enamorando de ti y…

—¿Te estabas enamorando de mí? —pregunté, en shock.

Rylan se rió.

—Sí, Tea. ¿Por qué crees que seguía con todas tus ideas locas? Estaba coladísimo por ti. Desde el momento en que te vi. Luego Charlie empezó a salir con tu compañero y se me ocurrió ese plan loco de mudarme contigo…

—¿Ese plan se te ocurrió a ti? ¿No a Jordan?

—Sí, a mí. Me enganchaste bien. Pero tú nunca parecías realmente interesado en conocerme.

Me quedé mirando a Rylan.

—No lo estaba, ¿verdad? —admití.

—No mucho.

Tenía razón. No podía recordar qué posición jugaba. Ni siquiera podía decir de dónde era.

—Empecemos de cero —acepté.

Rylan sonrió y me ofreció la mano.

—Hola, soy Rylan Dent.

Sonreí y se la estreché.

—Teagan Bray. Pero mis amigos me llaman Tea.

—Encantado, Tea.

—Encantado. Así que… ¿te han dicho alguna vez que estás bueno?

Capítulo 14

—No puedo creer que me hayas ocultado esto, ¡otra vez! —le dije a Jordan mientras cargábamos cajas con las cosas de Rylan de vuelta a mi habitación.

—No. Te pregunté si querías saber lo que yo sabía de Rylan. Y tú dijiste que no —protestó Jordan—. ¡Te lo pregunté!

—¡Estaba viviendo en tu habitación! Eso significa que cada vez que te llamaba, él estaba allí escuchándolo todo.

—Tea, me llamaste una vez.

—Te llamé por lo menos dos.

—Pues entonces deberías haberme dicho que querías saberlo.

—No debería tener que decírtelo. No tengo que decirte que me gustaría seguir respirando, ¿verdad?

—Yo… Tú… Ahhh. Perdón —concedió.

Para que conste, sí le dije que no quería saberlo. Y, vale, supongo que tiene sentido que se volviera a la habitación que le habían asignado en cuanto dejó la nuestra. Pero, en mi defensa, Rylan y yo no habíamos follado desde aquella primera vez, y todas las pajas que me estaba haciendo para compensar me estaban rozando los vaqueros.

—Dios mío, ¿cuánto falta para tu habitación?

—Lo mismo de siempre —me informó Jordan.

—Se siente más lejos.

Para distraerme del apocalipsis nuclear que estaba ocurriendo en mis pantalones, pensé en Rylan y nuestra primera cita. Me llevó a mi pizzería favorita y fue exactamente como me lo imaginaba. Bromeamos y nos reímos. Le di de comer un trozo de pizza. Él pagó.

Si no hubiéramos estado eclipsados por los dos perros de la mesa de al lado compartiendo espaguetis a la luz de una sola vela, habría sido lo más mono del mundo. Que todos los perros van al cielo, mis cojones. Esos dos iban directos al infierno por robarnos el protagonismo.

Pero esa fue la noche en la que me dijo que había estado viviendo con Jordan y Charlie. Total, los tortolitos llevaban compartiendo una cama todo ese tiempo, así que la cama de Rylan había estado ahí esperando por él.

En nuestra segunda cita, fui yo quien sugirió que se mudara de vuelta.

—¿Estás seguro? —preguntó Rylan, haciéndome pensar que en realidad no quería.

—Quiero decir, no tienes por qué. Solo pensé que estaría un poco menos abarrotado.

—No quiero que tengas que mover todas tus cosas por mí.

—¿Qué cosas? La habitación está ahí, vacía.

—¿En serio? Pensé que ya habrías ocupado el espacio. Nunca entendí por qué te encerrabas en la habitación pequeña, dejándome a mí esa habitación tan grande. No parecías alguien cómodo en un armario.

—Por favor, no existe un armario capaz de contenerme —bromeé, pero luego me quedé quieto—. ¿Y tú? ¿Qué tal llevas lo de los armarios?

El ambiente cambió al instante.

—Ah. Sí, supongo que es algo de lo que deberíamos hablar. Pues no sé. Nunca he hecho esto antes. ¿Puedo ser sincero contigo?

—Por favor.

Rylan bajó la cabeza.

—Por muy afortunado que me sienta de estar contigo, y por mucho que quiera presumir de ti ante todo el mundo, hay una parte de mí que está… no sé… asustada, quizá.

—¿De qué demonios podrías tener miedo? —pregunté, mirando a un hombre que se divertía corriendo a toda velocidad contra otros hombres igual de grandes.

—Quiero decir, si algún gilipollas dijera algo de que estemos juntos, yo me encargo, ¿sabes? Pero una parte de mí se pregunta qué va a cambiar cuando, yo qué sé, mi equipo se entere.

—¿Te refieres a tu equipo, que tiene por lo menos tres o cuatro jugadores gais abiertamente?

—Ya lo sé. Pero no sé cómo van a reaccionar cuando se enteren de lo mío. A lo mejor ya no es lo mismo. ¿Y qué pasa cuando se enteren las chicas con las que estuve…? Quiero decir, si es que alguna vez hay un «nosotros». ¿Van a pensar que les estaba mintiendo o algo?

—Ah. Ya. Te preocupa perder tu privilegio heterosexual —dije con una sonrisa que escondía mi fastidio.

—¿Mi qué?

—Es cuando puedes pasar por hetero y no tienes que preocuparte de que te pase nada malo porque todo el mundo cree que eres como ellos.

Rylan me miró horrorizado.

—No quiero eso.

—¿Seguro? —lo piqué, sin dejar que se escaqueara.

—Que no. De verdad que no.

—Entonces demuéstralo —sugerí, sin estar seguro de creerle.

Rylan me miró y se puso rojo. Probablemente me había pasado. Me encantaba tener razón tan rápido que se me olvidó pensar en cómo podía

hacerle sentir. Iba a disculparme cuando un Rylan rosa fosforito se levantó en la bocatería medio vacía.

—Perdonen todos. Siento interrumpir sus comidas. Pero solo quería decirles que estoy aquí en una cita con este bombón de aquí —dijo, señalándome—. Y que me considero afortunado de estar con él. Solo quería decirlo. Gracias por su atención.

Al sentarse, me quedé mirándolo, en shock. No podía cerrar la boca. Solo podía alternar la mirada entre él y los dos tíos detrás de él, cuya cara de sorpresa se transformó en rabia.

—No sé si deberías haber hecho eso —susurré por encima de la mesa.

—No quiero privilegio heterosexual. Quiero pasar por lo que tú pasas, porque en esto vamos juntos —dijo, estirando la mano y apretándome la mía.

—Eso es muy dulce, de verdad, muy, muy dulce. Estoy intentando no ponerme a llorar ahora mismo. Pero lo que quería decir es que hay dos tíos que parecen que quieren matarte.

—¿Quiénes son? —preguntó Rylan, con una expresión que se parecía mucho a la que le vi durante el partido.

—Están los dos detrás de ti. Y el de tu hombro izquierdo está muy cabreado. Pero muy cabreado.

Rylan me apretó la mano y se giró con la intensidad de un oso. En cuanto lo hizo, el tío se levantó diciendo:

—Perdonen todos, siento molestar. Solo quería mencionar que estoy con esta mujer preciosa y maravillosa. Y quiero que ella y todos ustedes sepan lo afortunado que soy de estar con ella.

En cuanto lo dijo, la cara de la chica sentada frente a él pasó de estar cabreadísima a estar embobada. Y en cuanto terminó, el otro tío enfadado se levantó y declaró lo afortunado que se sentía de estar con la chica con la que estaba.

Uno por uno, cada tío del local se levantó y declaró su suerte por estar con quien fuera que estuviera. Y en cuanto la cara de su pareja cambiaba a embobada, todos se giraban y fulminaban a Rylan con la mirada, intentando que les salieran láseres de los ojos.

—Ups —dijo Rylan, apretándome la mano con una risita.

—¿Ves? Por esto todo el mundo odia a los gais —bromeé.

Levantándose y apoyándose sobre la mesa, encontró mis labios y dijo:

—Bueno, pues se me ocurre un gay al que sí quiero.

Y entonces me besó… delante de todo el mundo. Y estuvo bien.

Sus labios suaves apretaron con firmeza. Su lengua bailó, explorando cada rincón de la mía. La sensación de su contacto me mareó, así que cuando

volvió a sentarse, lo único que pude decir fue:

—Deberías volver a mudarte aquí.

Y ahora estaba cargando cajas con la polla rozada, los huevos a punto de explotar y la frustración sexual de un cura católico en un coro de niños.

—Estas son las dos últimas —le dije a Rylan, encontrándolo en nuestra habitación.

—Puedes dejarlas ahí —indicó, mientras terminaba de hacer la cama.

Las dejé y miré alrededor de la habitación, que volvía a estar llena de cajas. Lo único montado era su neón de «Put beer here».

—Oh —empezó Rylan cuando me vio mirarlo—. Acabo de caer. ¿Te parece bien si lo cuelgo? Puedo quitarlo si quieres.

—No. ¿Sabes qué? Creo que hasta me gusta.

—¿Te gusta? —preguntó Jordan, alucinado.

Miré a Jordan, recordando todas las veces que me había quejado de ese letrero. No era raro que se sorprendiera. La verdad, yo también.

—Me recuerda un poco a tu madre —le dije a Rylan—. Quiero decir, no sé mucho de ella. Pero sé que no le gustaba ese letrero. Y eso me dice que me habría caído bien.

—Creo que a ella le habrías caído bien —dijo Rylan, con los ojos vidriosos.

¿Me hizo tragar saliva que dijera eso? Sí, justo después de secarme la lágrima de la mejilla.

—Me voy —dijo Jordan, mirándonos a los dos.

—No tienes por qué —le dije, casi en serio.

—Tengo que ir a comprobar que Charlie no se ha perdido en todo el espacio extra que tenemos. Que conste que nos ha gustado tenerte —le dijo Jordan a Rylan, antes de irse.

—Puedo volver cuando quiera, ¿no? —dijo Rylan con una risita.

—Cuando quieras. Llama antes —bromeó Jordan, dejando la puerta abierta.

Cuando se fue, me quedé en silencio, mirando a Rylan.

—Bueno… he vuelto —dijo él, rompiendo el silencio.

—Has vuelto —respondí con una sonrisa de labios apretados.

—¿Quieres que vayamos a cenar? —preguntó, buscando algo que decir.

Quería, pero no estaba preparado para que todo el mundo supiera qué estábamos haciendo, fuera lo que fuese. Y no sabía por qué. ¿No era él quien podía perder algo si todos se enteraban de que estábamos juntos?

Quizá era que me había dejado tantas veces que tenía miedo de que lo hiciera otra vez. ¿Cómo de humillante sería presumir de tener un novio estupendo para luego tener que explicar que no fui capaz de retener a otro tío?

Ignorando la presión repentina que me apretó el corazón, dije:

—¿Podemos ir a algún sitio fuera del campus?

—Sí. Claro. Donde tú quieras.

Cenando en un «taco show» del pueblo, no entendí de qué había estado preocupado. Todo fue genial. Mientras comíamos, le hice todas las preguntas que debería haberle hecho desde el principio.

Le pregunté por su madre, su padre, dónde había crecido. Resulta que tiene un hermano pequeño que lo admira. Y Rylan se toma muy en serio ser un ejemplo para su hermano.

También piensa mucho en hacer lo correcto… lo cual significaba que no era perfecto. Pero estaba dispuesto a perdonárselo porque, evidentemente, yo era mejor persona que él. ¿Y no tenía nada que ver con que su culo le quedara bien con todo?

Fue en el paseo de vuelta cuando saqué lo obvio.

—Entonces… ¿estamos saliendo?

Rylan tardó más de lo que debería en responder. Pero cuando lo hizo:

—Sí, estamos saliendo —dijo con una sonrisa.

Un calor me atravesó el cuerpo. Necesitando abrazarlo, me enganché a su brazo y me lo pegué. Dios, cómo lo quería.

—¿Eso significa que eres mi novio? —pregunté, borracho de poder.

—¿Novio?

…y volando demasiado cerca del sol.

—Quiero decir, si estamos saliendo, ¿eso no te convierte en mi novio? —aclaré, disfrutando de la brisa mientras volvía a caer a la tierra.

—Sí —admitió, tan sorprendido como yo de oírlo.

—¿En serio?

—Sí. Quiero decir… creo que te quiero un poco. Así que, si aguantas tenerme cerca, ¿por qué no? —dijo con una sonrisa.

Me iluminé. No pude evitarlo. Tenía novio. Mi primer novio. ¡Toma, a todos los tíos que he conocido! ¡A vuestra cara!

—Vale, regla número uno: siempre se dice buenos días —empecé.

—Espera, ¿hay reglas? No me dijiste que habría reglas. ¿Puedo buscarlas en internet o algo?

—No hace falta que las busques. Te las digo yo. Solo tienes que tomar notas. Regla número uno: siempre tienes que decirme buenos días. Nada de

desaparecer por las mañanas. Pero no puedes despertarme del todo cuando lo hagas. Tiene que ser lo justo para que lo recuerde.

—¿Va a haber examen luego? Porque no tengo el portátil para apuntes.

—No, solo tienes que acordarte.

Rylan apartó la mirada, sin responder. Al llegar a nuestra habitación, había otro asunto más urgente. ¿Iba a follarme el cerebro esta noche? Todavía no habíamos hecho más que besarnos desde aquella noche. Y ahora que era mi novio, teníamos que oficializarlo.

—¿Y si vamos despacio? —sugirió, para mi sorpresa.

—¡Oh!

—Quiero decir, ha sido mucho. Solo necesito un momento para que mi cabeza se asiente.

¿Necesitaba tiempo para que su cabeza se asentara? ¿Qué narices significaba eso? Si le gustaba, no debería querer ir despacio. Debería querer tenerme cada vez que pudiera. He visto películas. Sé cómo se supone que va esto.

—Sí. Claro. No hay prisa.

Sí que había prisa. Si pasaba un día más sin él encima de mí, a lo mejor me frotaba la polla hasta borrarla del mapa. Entonces sí que se arrepentiría de ir despacio.

—Gracias por entenderlo. Estoy muy cansado. Ha sido un día largo.

—No. Lo ha sido. Lo entiendo perfectamente.

¡No lo entendía! ¿Por qué actuaba así? ¿Ya se arrepentía de decir que era mi novio? Claro, me tenía que tocar a mí la relación más corta de la historia de los novios.

Pensé que dijo que me quería. ¿Qué había hecho yo para cambiar eso entre el «taco show» y aquí? Fue cuando le pregunté si era mi novio, ¿no? Podíamos deshacerlo si era eso. ¿Por qué se me daba tan bien cagarla?

—En fin, me voy a dormir —me dijo, echándome de su habitación.

—Vale. Buenas noches —dije, asumiendo que me quería fuera incluso sin un beso de buenas noches.

Pareció que iba a acercarse, pero me escapé a mi habitación antes de que pudiera echarme. Y detrás de la pared que nos separaba, hice la declaración de que no iba a llorar. No iba a llorar. Desde luego que no. Seguro que no.

Con la puerta entre nuestras habitaciones abierta, hundí la cara en la almohada para amortiguar mis sollozos. No estaba llorando por Rylan. Era por algo totalmente distinto. ¿Sabías que cuando las tortugas nacen tienen que correr hasta el océano mientras los pájaros intentan comérselas?

Así que si alguna tortuga le pedía a otra tortuga que fuera su novio, y la otra decía que sí, podía perder a su novio a los dos segundos de encontrarlo. Y daba igual que la otra tortuga hubiera dicho que lo quería; podía acabarse así, sin más. Esa tortuga triste quizá nunca encontraría a nadie que la quisiera otra vez. ¡Totalmente injusto!

Por suerte, yo no era esa tortuga. Yo había encontrado a alguien que me quería. Y estaba seguro de ello porque, por la mañana, iba a despertarme con su cara diciéndome buenos días. Iba a pasar. Estaba segurísimo.

Había dejado completamente claro lo que necesitaba. Y él me quería. Lo había dicho. Y no había manera de que fuera a fallarme… no si me quería.

Tumbado en la cama, no podía dormir. No dejaba de pensar en qué pasaría si no me decía buenos días. Aunque lo iba a hacer. Lo iba a hacer seguro. Pero ¿y si no? Dios mío, ¿y si no?

¿Qué significaría? ¿Que nadie podría quererme jamás? ¿Que soy demasiado? ¿Que cualquiera que de verdad me viera decidiría que no quiere estar conmigo porque soy imposible de querer?

Por favor, eso no. Cualquier cosa menos eso. Que sea porque soy superficial o pesado o loco. Tiene que haber visto que estoy muy loco.

Le he dado un montón de razones buenísimas para no quererme. Podría elegir entre muchas. Solo… por favor, que no sea porque soy imposible de querer. Por favor, por favor, que no sea eso.

Fue después de las cuatro de la mañana, cuando decidí quedarme despierto toda la noche para ver sus buenos días, que por fin me dormí. Mis sueños no fueron buenos. Había un donut que intentaba saltar a la boca de la gente pero nadie lo quería. Al final, me ofrecí a comérmelo, pero él no me quería a mí. Y mientras lo comía, me sentía triste por él porque no sabía a nada.

Para ser un sueño de donuts suicidas, fue devastador. Así que cuando abrí los ojos y vi una habitación vacía y bañada por el sol, me sentí destrozado.

No era porque Rylan no me hubiera despertado con un buenos días. Lo habría hecho si yo no me hubiera despertado antes que él. Seguía en la cama. Había una pared separándonos, así que no podía verlo, pero tenía que estar ahí.

No se habría ido otra vez sin decirme buenos días. No después de dejarle claro lo muchísimo que lo necesitaba.

No estaba pidiendo el mundo, ¿no? Solo era un reconocimiento de que yo le importaba. ¿Era demasiado pedir? Y si no podía hacer esa cosa tan simple…

El corazón me martilleó cuando me di cuenta de lo que tenía que hacer. Tenía que levantarme e ir a verlo. Me había despertado antes que él, así que tenía que decirle yo buenos días. Mañana él me lo diría a mí.

El corazón me latía tan fuerte que lo sentía por todo el cuerpo. El zumbido en los oídos era ensordecedor.

¿Por qué dudaba? Estaría ahí. Estaría ahí seguro.

Me levanté y di un paso. La puerta estaba justo ahí. Me asomaría y…

Se había ido. Dios mío, se había ido. Pero había una nota, ¿no? No quiso despertarme, así que dejó una nota.

¿Por qué estaba llorando? Había dejado una nota, seguro.

Busqué por todas partes y no la encontré. Nada. Se había ido y, a pesar de que le dije lo importante que era, no pensó que yo mereciera ni siquiera un buenos días.

Sentado en su cama, llorando, esperé a que volviera. Quizá solo había ido al baño. Quizá había hecho una escapada rápida para traerme desayuno a la cama.

Pero cuanto más tiempo pasaba, más me daba cuenta de que no. A pesar de todo lo que dijo, simplemente no me quería. ¿Y por qué iba a hacerlo, si nadie lo hacía?

Cuando por fin perdí la esperanza, estaba entumecido. No sabía qué hacer conmigo. Espera, sí lo sabía. Era sábado. Se me había acabado la mermelada.

En piloto automático, me preparé, me vestí y crucé el campus hacia el pueblo. Sabía adónde iba, así que no tenía sentido fingir que no. Iba a ver al hombre de la mermelada en el mercado de agricultores. Y cuando lo vi, parecía que me estuviera esperando.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

Él apretó los labios y asintió.

—¿Por qué? No lo entiendo —dije mientras las lágrimas me corrían por las mejillas.

—Porque somos hojas y hay rocas en el río. Siempre habrá rocas y no podemos escapar del río. Incluso siendo agua, nos enfadaremos. Sentiremos dolor. Pero ¿lo acumularás o dejarás que fluya a través de ti? ¿Se quedará tu hoja atrapada detrás de una roca mientras el río pasa de largo? ¿O lo sentirás —todo— y luego lo soltarás para poder seguir fluyendo?

—¿Pero cómo? ¿Cómo puede doler tanto algo y luego simplemente soltarlo?

—Perdonando incluso cuando no puedes olvidar. Aceptando incluso cuando no puedes continuar. Viendo el mundo como es y actuando desde la

pasión y no desde el miedo.

—¿Y si no puedo perdonar ni aceptar?

—Entonces te quedarás atrapado detrás de esa roca. Y ahí te quedarás. Pero el río seguirá fluyendo. Y si algún día te sueltas y continúas tu viaje, descubrirás que siempre hubo un destino. Siempre ibas a acabar allí; la única pregunta era si ibas a permitirte disfrutar del trayecto o luchar en cada paso del camino.

—No acumules tus sentimientos. Ni tu herida, ni tu dolor. Ni tu tristeza, ni tu alegría. Déjalos entrar en ti, y luego perdona sin olvidar y acepta sin continuar, permitiendo que salgan. Cuando lo hagas, volverás a sonreír. Tendrás que hacerlo, porque se siente bien ser el agua —dijo con una sonrisa mellada.

El hombre de la mermelada estaba… equivocado. Estaba seguro. No había manera de que yo pudiera perdonar o aceptar lo que Rylan había hecho.

No le pedí tanto. Si le resultaba tan difícil hacer algo tan simple, entonces nosotros dos nunca podríamos ser. Tenía que cortar con él. Y tenía que hacerlo ya, antes de perder la claridad.

Rylan no era la persona adecuada para mí. Nunca lo sería, porque nunca podría quererme.

De vuelta en el campus, tuve una idea de dónde estaría. Iba a encontrarlo donde siempre iba por las mañanas, en el estadio.

Quizá era el fútbol lo que nos separaba. A pesar de su gran gesto delante de extraños, quizá nunca podría admitir quién era delante de sus compañeros. Yo no quería estar con alguien así. Por fin lo veía claro.

—¿Tea? —dijo Rylan, sin ocultar la sorpresa cuando entré en el vestuario.

Su primer gesto fue mirar alrededor, comprobando quién había allí. Lo vi. Le daba vergüenza que yo estuviera, y eso dolió.

—¿Qué haces aquí?

¿Cómo le decía que se había acabado? ¿Cómo decía que nosotros nunca podríamos ser? Estaba seguro de que para Rylan era obvio y que se sentiría aliviado al oírme decirlo. Pero las palabras se me atascaron en la garganta, sabiendo que esto era el final.

Mirándolo, mientras su sorpresa se derretía en miedo, recordé su letrero de neón. Cuando se mudó por primera vez, lo odié tanto. Sin embargo, el zumbido que creía oír solo estaba en mi cabeza. Y en cuanto dejé de obsesionarme, el zumbido desapareció.

Luego pensé en mis gorros. No hay duda de por qué se están vendiendo. Es porque dejé salir lo que llevaba dentro. «Sé como una hoja en el

río» era una idea que me estaba dando vueltas. Y compartirla había ayudado a darle esperanza a decenas de personas.

Después pensé en cuando llevé a Percival de compras y cuando me quedé con él en el partido de fútbol cuando en realidad quería salir corriendo. Se sintió bien oír a Percival decir lo mucho que apreciaba que yo hiciera esas cosas por él. Y como aflojé mi agarre sobre mi tiempo y mis miedos, Percival ahora me estaba dando su tiempo tejiendo gorros gratis.

¿No eran todos esos ejemplos de lo que pasa cuando dejo de acumular y, en lugar de eso, dejo que las cosas fluyan?

Incluso cuando por fin le dije a Rylan lo mucho que me había dolido lo de estar con esas chicas, ¿no me llevó a reforzar mis amistades y a que mi vida se llenara más? Si no hubiera aflojado mi agarre sobre estar con Rylan, ¿me habría visto obligado a reexaminar mi vida? ¿Habríamos llegado Rylan y yo al lugar mejor en el que estábamos ahora si no lo hubiera hecho?

El hombre de la mermelada tenía razón. Cuando dejé de aferrarme tan fuerte a las cosas —a mis obsesiones, mi conocimiento, mi tiempo y mis miedos—, mi vida mejoró.

Así que ¿y si ahora, en vez de terminar con Rylan, tomaba una decisión consciente? ¿Y si soltaba quién quería que fuéramos Rylan y yo y aceptaba quiénes éramos? Porque eso fue lo que funcionó con el neón.

¿Y si en vez de castigarlo por no ser la persona que yo tenía en la cabeza, yo, sin juicio ni miedo, compartía cómo me hicieron sentir sus actos? Porque compartir fue lo que funcionó con los gorros, con Percival y la primera vez con Rylan.

¿Se cumpliría lo que dijo el hombre de la mermelada? ¿Se volvería mi vida más fácil? ¿Llegaríamos Rylan y yo al mismo lugar al que habríamos llegado sin sufrir el dolor del camino?

—¿Qué te pasa, Tea?

Me sequé las mejillas. No sé por qué seguía llorando. Me acerqué y le tendí la mano. Él la tomó. De pie, a centímetros de él mientras estaba sentado en el banco, por fin abrí el corazón.

—Voy a decir algo y me da miedo que haga que quieras dejarme. Pero voy a decirlo y solo voy a esperar lo mejor.

—Quiero que estés ahí para mí porque te quiero. Pero me da miedo que me hagas daño. Hay veces que me siento tan desbordado y solo que me pierdo intentando llenarlo con otra persona. No quiero ser así, pero lo soy. Y me da miedo que eso te espante. Que me haga perderte.

—Me da miedo que al final me veas tal y como soy y te des cuenta de que no tengo nada especial. Que puedes estar con alguien mucho mejor que

yo. Y cuando lo hagas, te irás, y yo no podré con ello porque no puedo volver a estar solo —admití, desnudo ante el mundo.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Rylan mientras escuchaba, antes de hablar.

—Sé que querías que te dijera buenos días esta mañana. Siento no haberlo hecho. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Tea, me da un miedo terrible no ser suficiente para ti. No ser lo bastante gay. O lo bastante gracioso. Y cuanto más tiempo pases conmigo, antes te darás cuenta. Así que me escapé en vez de tener el valor que tienes tú para hablarlo.

—Tengo pánico de perderte, Tea. ¡Pánico!

—Pero te prometo con todo mi corazón que, a partir de ahora, seré más valiente. Te prometo que voy a volver a ti cada momento que pueda, porque te quiero. Y pase lo que pase entre nosotros, vaya donde vaya nuestra vida, voy a hacer lo que sea para demostrarte que te voy a querer para siempre.

Por encima del sonido de mi corazón retumbando en el pecho, le pasé el pulgar por la mejilla y lo besé. Lo que había dicho, lo había dicho delante de todo el mundo. Y no me di cuenta de cuánta gente había hasta que empezaron a aplaudir.

Con el aplauso creciendo, me perdí en él. Y cuando volvimos a nuestra habitación, cerró la puerta y me quitó la camiseta.

Con su mano grande deslizándose por mi costado desnudo, sus labios presionaron los míos. Como no iba lo bastante rápido, me levantó metiendo la mano bajo mi culo. Con las piernas rodeándole, me llevó hasta mi cama. Me tumbó y se tumbó encima de mí.

Olas de calor se propagaron entre los dos. Acunando la nuca, nuestras lenguas se encontraron. Frotando su polla dura, todavía vestida, contra mí, ronroneé.

Lo necesitaba. Entero. Así que cuando bajó la mano y me desabrochó el pantalón, gemí. Metió las manos bajo mi ropa y me palpó la polla. Me sentí pequeño en su agarre poderoso, pero a salvo. Y cuando empezó a frotarme, apretándome suavemente los huevos, me derretí.

—Sí —gemí, suplicando más.

Al oírme, se apartó lo justo para quitarme el pantalón y los calzoncillos. Estaba desnudo ante él. Y él seguía totalmente vestido; era injusto. Así que, aprovechando la libertad que me daba, me puse de rodillas, cara a cara con él en la cama.

Volviendo a encontrar sus labios, metí las manos bajo su camiseta. Notando el calor de su piel en las yemas, deslicé las palmas por sus costados.

Al despojarlo de la parte de arriba, sentí la anchura de su cuerpo musculoso entre mis brazos. Ahogado en placer, se me cortó la respiración.

Cuando se quedó sin camiseta, me agarró la nuca. Yo era débil ante su voluntad, pero necesitaba más. Así que, moviendo las manos entre nosotros, le recorrí la línea entre las piernas. Recordando lo grande que era, el corazón me dio un golpe. Le desabroché y bajé la cremallera del pantalón, apoyé una mano en su pecho y lo empujé hacia atrás.

Había sentido su tamaño dentro de mí, pero aún no lo había visto. Quería eso también. Quería envolver mis manos pequeñas en su polla gruesa y probar el sabor de sus jugos. Así que, en cuanto su espalda tocó mi cama, le bajé el pantalón y exploré.

Sus huevos eran enormes, ocupaban casi toda mi palma. ¿Su longitud? Dos puños. Las venas hinchadas que recorrían su polla trazaban un camino hasta el casco prominente de la punta. Y al agarrarle el tronco y apretarle los huevos, perdí la lengua en el reborde alrededor de su cabeza.

Al hacerlo, él se estremeció. Yo le estaba dando placer. Me gustaba poder hacerlo.

Así que, cuando terminé de enroscar la punta, me lo metí en la boca. Al llegar al fondo de la garganta, deseé poder tragármelo. No podía. Su grosor y longitud eran más de lo que podía soportar.

Mientras lo acariciaba y chupaba, me agarró la nuca y me tiró del pelo. Me tembló todo el cuerpo. Se estaba perdiendo. Con los ojos cerrados, su cuerpo se retorcía. Balanceando los hombros de un lado a otro, noté cómo se le tensaban los huevos.

Esa fue mi señal para soltarlo. Me subí sobre su cuerpo y busqué la punta de su polla con mi culo.

Rylan se me adelantó. Ya había sacado el lubricante de mi mesilla y había empezado a ponérselo. Así que, cuando volví a encontrar sus labios, ya me estaba empujando dentro, recordándome cuánto lo había echado de menos mi cuerpo.

—¡Ahhh! —gemí cuando me abrió.

Era tan grueso. Más grande de lo que recordaba. Pero con él dentro de mí, se me apagó la mente. Éramos uno. Yo era suyo y él era mío. Una parte de mí que faltaba había vuelto.

Sintiéndome completo por primera vez en mi vida, se me encogieron los dedos de los pies. Podía oírlo correrse. ¿O era yo? No sabía dónde acababa él y empezaba yo. Así que, cuando levantó las caderas hacia las mías y hundió los dedos en mi cintura, nos corrimos. Estallé sobre su pecho,

estremeciéndome sin control. Él se corrió dentro de mí, llenándome de su calor.

Cayendo sobre su pecho sin querer separarme nunca más, me rodeó con los brazos y me apretó fuerte.

—Te quiero —susurró en mi oído—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. No voy a dejar que lo olvides nunca.

—Yo también te quiero —le dije, aún sintiendo su polla larga y gruesa palpitar dentro de mí.

Rylan me había dejado dented. Me había cambiado de un modo del que no podía volver… y del que no quería volver. Me gustaba quién era ahora. Nunca pensé que lo diría, pero lo dije.

Yo era yo cuando estaba con él. Antes de Rylan, ni siquiera sabía quién era ese yo. Y habiendo encontrado a los dos, no iba a soltarnos nunca.

Quería a Rylan Dent. De verdad. Y lo único que sabía con certeza era que, pasara lo que pasara entre nosotros el resto de nuestras vidas, iba a querer a este hombre para siempre.

Epílogo

—Estás sonriendo —señaló Jordan la siguiente vez que nos sentamos juntos a comer.

—¿Yo?

—Sí. Y lo has estado. O sea, mucho —confirmó.

—Será por mi tienda de Etsy —le dije.

—¡Oh! ¿Qué tal va?

—A ver, nada especial. No es que esté vendiendo a lo grande ni nada. De hecho, apenas saco beneficio.

—Pero estás tejiendo todo el tiempo. ¿Merece la pena si no ganas nada con ello?

—Es una locura, pero creo que nunca me había sentido más realizado.

—¿Realizado?

—Ya. Lo sé. Incluso estoy pensando en quizá donar mis beneficios a la caridad.

—Vale. ¿Quién eres tú y qué has hecho con Tea? —preguntó, más en serio de lo que me esperaba.

—Ja, ja. Qué gracioso. No era tan malo.

—Tu idea de caridad antes era no meterte con la gente que llevaba zapatos negros con calcetines blancos.

—Y eso fue muy caritativo por mi parte —confirmé.

Jordan se rio.

—¿Y qué tal con Charlie?

A Jordan se le cayó la mandíbula.

—¿Qué?

—Nunca me has preguntado cómo nos iba a nosotros.

—Venga ya. Seguro que te lo he preguntado mil veces.

—¡Ni una sola! Una vez creí que ibas a hacerlo, pero resultó ser un eructo.

—Hmmm —dije, pensándolo.

A lo mejor antes no era la mejor persona. Quiero decir, era posible que… ¡Nah! Siempre había sido genial. Jordan estaba loco, lo cual hacía aún más importante que yo me interesara por su relación altamente cuestionable con un hombre hetero.

—¡Tea, tienes que venir conmigo! —dijo Percival, llamando mi atención al llegar corriendo a nuestra mesa.

—Percival, ¿qué pasa?

—¡Los he encontrado!

—¿A quién has encontrado?

—¡A los Illuminati del punto!

Miré a Jordan en blanco y, al volverme hacia Percival, me eché hacia atrás en la silla y dije:

—Entonces, ¡vamos!

Seguí a Percival por el campus. Nos llevó hasta la capilla. Esquivando los bancos y subiendo al estrado, encontró un sitio detrás del púlpito y dio un pisotón con el talón. Se abrió una puerta en la pared del fondo.

—¿Pero qué…?

—Es arriba. Sígueme —insistió, con una seguridad que jamás le había visto. Así que, por supuesto, lo seguí.

Subiendo la escalera de caracol de metal, Percival miró hacia atrás con el dedo sobre los labios. ¿Tenía que estar en silencio? ¿Qué estaba haciendo?

Esto no podía ser real, ¿no? Porque ¿qué historia empieza con «entramos por una puerta secreta en busca de una sociedad secreta» y no termina en un sacrificio humano? ¡No! ¡Un sacrificio virginal! Que, con mi historial… eh… Bueno, supongo que esa parte estaba bien.

Reventando la puerta de la cima del campanario, la habitación tembló. Allí estaban. ¡Tejedores! Cada uno más siniestro que el anterior.

—¡Nos has encontrado, Percival! —declaró el tejedor jefe con una voz áspera, tan cargada de punto del revés que daba miedo—. Pero si crees que tú y tu amiguito twink podéis detenernos, te equivocas. Hemos controlado todos los eventos sociales de esta universidad durante generaciones. No hay presupuesto que se apruebe sin nuestro visto bueno. Y no vamos a ceder el poder ahora —dijo el líder, mientras el grupo sacaba agujas de tejer de treinta centímetros, de 5 mm, y nos las apuntaba.

Mirando las puntas de lo que sin duda sería nuestra perdición, lo único que pude pensar fue: joder. Qué ganas de contárselo a Rylan.

Fin.

*****

Sitio Web Oficial: www.AlexAndersBooks.com
Podcast: BisexualRealTalk
Visite el autor en Facebook en: Facebook.com/AlexAndersBooks
Consigue 5 libros gratis al inscribirse para la lista de correo del autor en: AlexAndersBooks.com

*****

Avance:
Disfrute de esta vista previa de 'Serios problemas':



Serios problemas
(Romance Gay)
Por
Alex McAnders

Derechos de autor 2021 McAnders Publishing
All Rights Reserved

Hombres para desmayarse. Una historia con muchos giros. Tensión sexual ardiente.

CAGE
Tengo a los cazatalentos de la Liga Nacional de Fútbol Americano observando cada uno de mis movimientos. Lo último en lo que debería estar pensando es en Quinton Toro, mi inteligente, torpe y sexy tutor, y los sentimientos calientes que genera en mí. Puedo fantasear con él por la noche, pero he trabajado muy duro durante mucho tiempo… y no puedo echarlo a perder ahora.

Pero, si tuviera que elegir entre él o una carrera en la NFL, ¿qué elegiría? La respuesta debería ser obvia, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no puedo dejar de pensar en la forma en que me mira?

Creo que estoy en problemas.

QUINTON

El problema de enamorarse por primera vez es que te hace creer en cosas imposibles, como que tienes una posibilidad con un hermoso mariscal de campo que no solo está enfocado en ser un jugador profesional, sino que, además, tiene novia.

Él insiste en que pasemos tiempo juntos. Eso significa que le gusto, ¿o no? ¿Por qué no logro entender qué es lo que está pasando?

Además, ¿cómo se sentirá cuando se entere de los problemas que implica salir conmigo? Mi única esperanza es que encontremos una manera de estar juntos. Pero ¿podrá el amor sobreponerse a todo lo demás?

Nota: Este libro es parte de la colección Amor es Amor, del mismo autor, y está disponible como un romance entre dos hombres en Serios problemas*, como un romance heterosexual picante en* Mi tutora *y como un romance heterosexual tierno en* Enamorándome de mi tutora.

*****

Serios problemas

Me estaba enamorando de Quin. No podía negarlo. Mientras yacía en la luz de la mañana, habiendo dormido casi nada, lo único en lo que podía pensar era en cómo haría para tocarlo de nuevo.

Cuando lo había oído poner una mano en la cama entre nosotros, había adelantado mi mano en busca de la suya. No sabía si debía hacerlo o si él quería que lo hiciera, pero no había podido detenerme. Necesitaba a Quin. Me moría de ganas de estar con él. Sentía que me iba a volver loco sin él. Y estar tan cerca sin poder abrazarlo era una tortura.

Estaba a punto de terminar con esa dolorosa agonía cuando sonó una alarma. Cuando sucedió, me di cuenta de que seguía medio dormido, porque me terminó de despertar. Conocía ese sonido. Era mi despertador. Me había olvidado de desactivarlo.

O, probablemente, no había sido tan tonto como para desactivarlo. Desde que había conocido a Quin, dormir ocho horas era imposible. Incluso si me acostaba temprano, cuando estaba solo y a oscuras era cuando más pensaba en él. Tenerlo ahí en ese momento era como un sueño hecho realidad.

La alarma volvió a sonar. Cierto, la alarma. No quería que despertara a Quin.

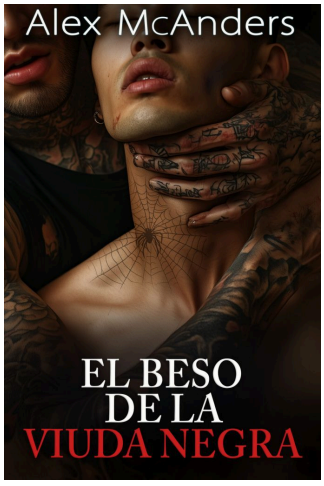
En lugar de dejar que sonara como hacía siempre, abrí los ojos para ver dónde estaba. Yo estaba del lado derecho de la cama. El despertador estaba del lado izquierdo. Tenía que pasar por encima de Quin para apagarla.

Sin pensarlo, me subí a horcajadas sobre él y presioné el botón para apagar el despertador. Cuando dejó de sonar, me di cuenta de dónde estaba. Aunque nuestros cuerpos no se tocaban, estaba encima de él. Me quedé helado y miré hacia abajo. Él estaba acostado boca arriba.

Deseaba inclinarme y besarlo. Estaba ahí. Tan cerca. En ese instante, abrió los ojos.

Lo miré. Me había atrapado. Él sonrió, ¿o se ruborizó? ¿Qué hago ahora?
Leer más ahora

Avance:
Disfrute de esta vista previa de 'El Beso de la Viuda Negra':



El Beso de la Viuda Negra
(Romance Gay)
Por
Alex McAnders

Derechos de autor 2025 McAnders Publishing
All Rights Reserved

¿Qué obtienes cuando casas a un mafioso calculador con la infame "Viuda Negra" de la yakuza?

Una unión empapada en sangre y traición.

Nunca esperé casarme, mucho menos con la figura más peligrosa de la familia Sato. Pero cuando se presenta la oportunidad de fortalecer el control de nuestra familia en el inframundo de Nueva York, sé que no puedo rechazarla. Mi lealtad al nombre Ricci exige este sacrificio, incluso si significa unir mi destino a alguien que podría estar planeando mi muerte.

Pero nada es lo que parece. En lugar de un asesino despiadado, Kuroi Sato se ha convertido en una fuerza caótica de la naturaleza: impredecible, letal e irresistiblemente cautivadora. Nacido de una unión escandalosa que casi destruyó el imperio de su padre, no se parece en nada al asesino silencioso que yo esperaba; es una tormenta que amenaza con arrastrarme si no está esposado, disciplinado y marcado.

A medida que profundizo en los secretos que rodean a Kuroi, cada pista apunta a que él planea hacerme su próxima víctima. Pero cuanto más me acerco a la verdad, más me doy cuenta de que nuestras vidas están entrelazadas de un modo que nunca hubiera imaginado.

En una ciudad donde la lealtad es poder y la sangre es el precio, no hay escapatoria. Conquistaré su corazón o me uniré a las tumbas de sus amantes pasados.

*****

El Beso de la Viuda Negra

Al entrar en mi apartamento, la sala estaba vacía.

“Kuroi, ven aquí ahora mismo,” dije lleno de furia y deseo.

Kuroi salió de mi habitación mansamente. Había estado en mi cuarto. Otra razón más para castigarle. Vestido con una bata japonesa bordada en seda dorada, se acercó a mí, inclinó la cabeza y dijo, “¿Sí, Señor?”

Al escucharlo, volví a sentirme excitado. Con él frente a mí, imaginé deslizar mis dedos por su piel caoba.

"Te presentaste en mi oficina sin mi permiso."

"Sí, Señor," contestó con la cabeza aún baja.

"¿Qué dije que haría si no seguías mis reglas?"

"Dijo que me castigaría, Señor."

"Así es. Y aun así lo hiciste de todos modos. ¿Querías ser castigado?"

"Sí, Señor."

"¿Estás listo para tu castigo?"

"Sí, Señor."

"De rodillas."

Sin levantar la cabeza, Kuroi se arrodilló.

"Ahora quédate."

"¿Este es mi castigo?"

"Hablarás cuando se te hable. ¿Está claro?"

"Sí, Señor."

Dejándolo de rodillas con la cabeza inclinada, me retiré a mi habitación para prepararme. Preparé todo y saboreé el momento. Al darme una ducha caliente, sentí cada gota de agua humeante en contacto con mi piel. Me sentí vivo.

Me puse una bata de seda, volví a entrar en la sala para comprobar que Kuroi no se había movido. Observando su cuerpo inmóvil, tomé una bebida y la bebí lentamente esperando otra razón para castigarlo. No me dio ninguna.

Así que, en su lugar, volví a colocarme frente a él y le dije que se levantara. Lo hizo sin mirarme.

"Ve a mi habitación," ordené con severidad.

Lo hizo y lo seguí. Cuando entró y se detuvo, pasé junto a él, me puse al lado de la cómoda y le mostré lo que había encima.

"Por desobedecerme, elegirás," dije señalando el látigo y la fusta que contrastaban con la tela blanca debajo de ellos. "Cada uno vendrá con una serie única de disciplinas. ¿Lo entiendes?"

"Sí, Señor."

"Vas a soportarlo. Si ya no puedes, dirás la palabra cerezas. Nada más hará que me detenga. ¿Entiendes?"

"Sí, Señor."

"Dilo."

"No, Señor."

"¿Por qué no?" Pregunté con mi temperamento a flor de piel.

"Porque no quiero que te detengas."

Me calmé y sonreí.

"Elige."

"¿Puedo elegir ambos, Señor?"

"Tu castigo es lo que debes elegir."

Vi que lo estaba entendiendo. Si se hubiera portado bien, podría haber elegido ambos. Pero porque me desobedeció, solo podía elegir uno sin saber lo que había dejado pasar.

"Por favor, Señor, ¿puedo elegir ambos?"

"¡Dije elige! …O no tendrás ninguno."

Fue entonces cuando me miró, con lujuria y miedo brillando en sus ojos. Apresurándose hacia la cómoda, los miró.

"¿Puedo tocarlos, Señor?"

"No," dije aumentando su castigo. "Elige."

Puso sus manos sobre las dos y tembló de deseo.

“¡Dije que elijas!”

“El látigo,” contestó lamentando lo que había elegido.

“Muy bien,” dije removiendo la fusta y guardándola en el cajón.
Leer más ahora

*****

Libros de Alex McAnders

Romance Bisexual

Sus Dos Deseos; Libro 2; Libro 3; La primera vez de Aladino
Su mejor mala decisión
Su caperuza roja
Reglas para el Azote
La bella y las dos bestias
Huracán Laine & Tapa blanda; Libro 2 & Tapa blanda; Libro 3 & Tapa blanda; Libro 4; Libro 5; Libro 6
Dulce isleño & Tapa blanda; Libro 2
Bane: Precuela; Bane
Bajo la luz de la luna
Antes de Ser Famoso; Antes de ser famoso: Precuela
Amor agridulce

Romance Gay

Serios problemas & Tapa blanda; Libro 2; Libro 3; Libro 4; Libro 5; Libro 7
Problemas de Matrimonio Mafioso; Libro 2
El Beso de la Viuda Negra
Apoyo al celibato

*****

Los personajes y sucesos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y sin intención por parte del autor. La persona o personas retratadas en la cubierta son modelos y de ninguna forma están asociadas con la creación, el contenido o el tema principal de este libro.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá reproducirse de forma alguna y por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento de información o de recuperación, sin el permiso escrito de la editorial, excepto por un revisor que pueda citar pasajes breves en una revisión. Para obtener información, póngase en contacto con la editorial en: Alex@AlexAndersBooks.com